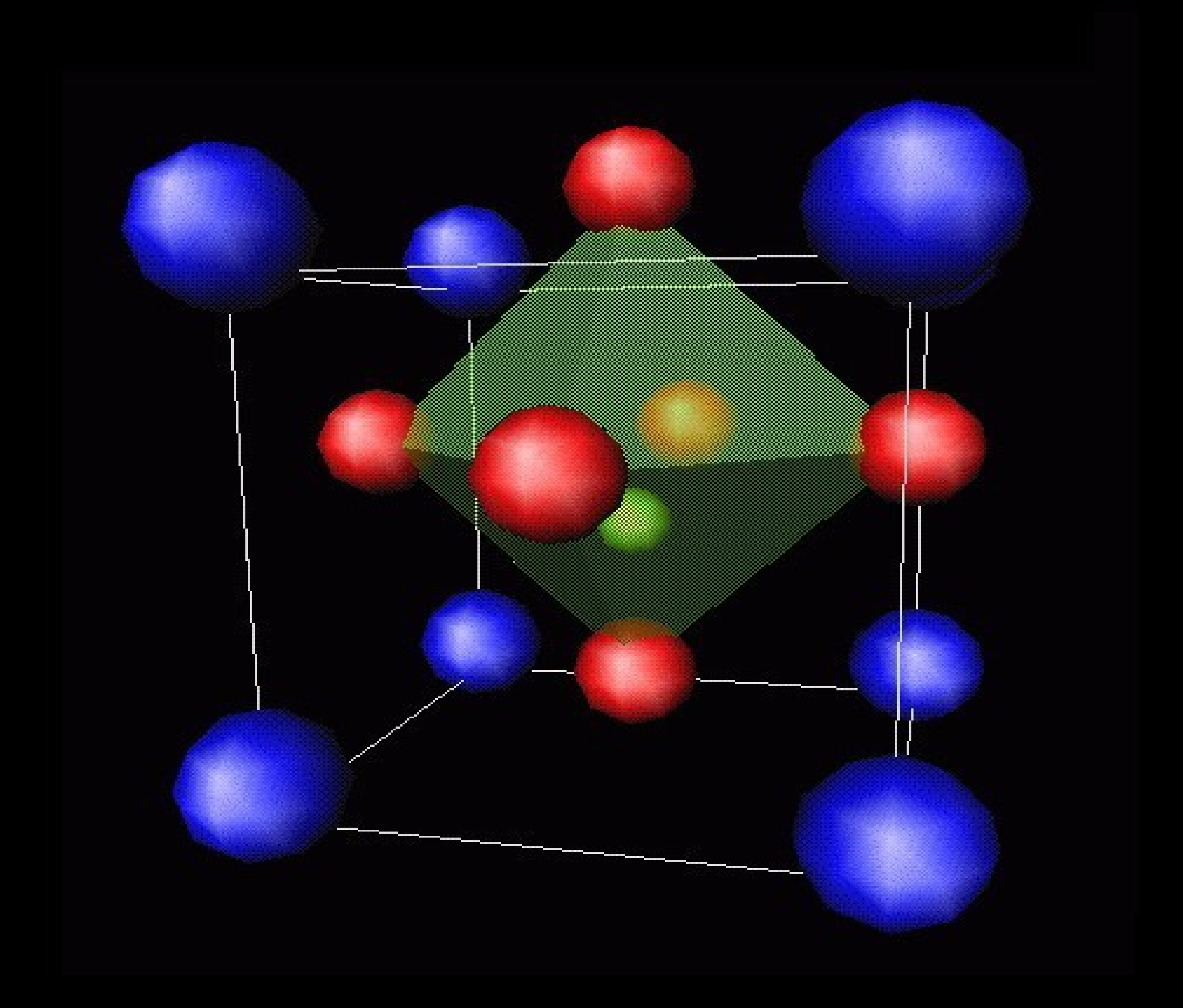
ABSURDOS



Alberto Jiménez Ureña

En 1979, en el diario *EL UNIVERSAL* de Caracas, el crítico venezolano residenciado en París, Gustavo GURRERO, expresó sobre *Acertijos* de JIMÉNEZ URE «[…] Nos presenta la ficción como medio de indagar el renglón ontológico a través del absurdo, que desenmascara nuestra tradición lógica-occidental. Utilizando justamente la Lógica, por medio del diálogo que maneja reiteradamente en sus narraciones (tal vez lo mejor de ellas), en una especie de Mayéutica elaborada por las preguntas y respuestas de sus personajes (entre los cuales él se confiesa uno más), el autor de *Acertijos* va construyendo una serie de silogismos […]».

Luego, en 1982, el filósofo Alberto ARVELO RAMOS llevaba en sus manos el primer ejemplar de un libro de JIMÉNEZ URE titulado *Suicidios* cuando tuvo un encuentro casual con el autor de los relatos y le dijo: «[…] *Mira, tengo marcado y con anotaciones en los márgenes de cada página tus narraciones. Pienso que eres un filósofo transmutado en cuentista* […]». Después, en el año de 1988, desde Manhattan, el novelista cubano Reinaldo ARENAS le envió una postal a JIMÉNEZ URE mediante la cual le confiesa «[…] que los elementos absurdos, escatológicos y macabros de sus cuentos lo habían impactado y quería convertirse en su padrino ante la editorial española Tusquets […]».

Entre las opiniones de talentosos ensayistas, más tarde, en 1995, destacarían las de Juan LISCANO «[…] Hasta cierto punto, la obra de JIMÉNEZ URE podría calificarse con el término decimonónico de “maldita”. En ella hay videncia; hay intuiciones espirituales trascendentes; hay erotismo sádico-masoquista, me atrevería a decir, casi redentor, por lo purgativo; hay ciencia-ficción; hay cultivo del crimen como acto de rebelión total; hay preocupación interior por el destino humano; hay develamiento, blasfemia, insultos congelados, parodia de secretos íntimos, aberraciones, incesto, invocación sesgada demoníaca, delirio, maleficio, descomposición, fermentaciones enigmáticas […]».



Alberto Jiménez Ure

Absurdos

(Antología máxima personal de cuentos)

ePub r1.1

SebastiánArena 07.04.14

Título original: *Absurdos*
Alberto Jiménez Ure, 2014
Diseño de portada: SebastiánArena

Editor digital: SebastiánArena
ePub base r1.0



Sobre *Absurdos*

Creo que he venido asistiendo, acaso sin proponérmelo, al desenvolvimiento del trabajo narrativo de Alberto JIMÉNEZ URE. Digo sin proponérmelo porque desde su segundo libro editado en Mérida en 1979, *Acertijos*, y acaso antes, desde *Acarigua, escenario de espectros* en 1976, he venido presenciando en él, hasta hoy (unos veinte libros narrativos, entre cuentos y novelas) una construcción minuciosa y casi obsesiva de textos, pensares y actitudes que constituyen en si mismos un estilo literario y tal vez un estilo de existencia, tan obstinado es Alberto en sus relaciones paradójicas y peligrosas con la política y la belleza, y han determinado en él una suerte de ética personal, basada esencialmente en una actitud de inflexibilidad frente al abuso del poder político, de asumir una posición radical ante los mecanismos de ese poder, y a la vez ejercer una honestidad intelectual a toda prueba frente a éste, que le han acarreado no pocos inconvenientes. En realidad, «inconvenientes» es un eufemismo: JIMÉNEZ URE ha sufrido en carne propia el dicterio y la exclusión, la censura, el señalamiento moralista y los marginamientos académicos que le han conducido, primero, al aislamiento, y luego a una soledad fértil que es justamente la que le ha proporcionado el tiempo suficiente para dedicarlo a la literatura.

Debemos a la lucidez de Juan LISCANO el reconocimiento pleno de la obra de JIMÉNEZ URE. Fue LISCANO quien vislumbró de modo consistente la importancia de su obra y abrió nuevos compases de interpretación para ella; una obra ciertamente difícil, que parece no obedecer a una tradición clara en la literatura venezolana. Entre otras cosas, LISCANO observó que:

> *«[...] Cada vez perfecciona más su empeño en sorprender, descolocar, golpear mediante el absurdo y lo irracional, lo obsceno y lo hiperrealista [...] Con independencia de su postura literaria y de su temática, la producción de Jiménez Ure se inscribe dentro de la rebelión yoica y ofrece valores espirituales que merecen consideración especial».*

En efecto, Alberto ha transitado por vías difíciles: el absurdo, lo grotesco o lo escatológico, pero sobre todo por *la naturaleza del mal*. Es aquí donde tal vez resida su mayor logro, en cómo va penetrando, con la técnica de un bisturí que disecciona escrupulosamente los tejidos sociales de instituciones, investiduras, empresas y demás proyectos de Estado, del status o del Poder, y va extrayendo de allí la esencia de los personajes: sus perversiones, crueldades y sobre todo su capacidad para producir situaciones escabrosas o terribles. Júzguese sólo por los títulos de algunos de sus libros: *Aberraciones, Perversos, Suicidios, Maleficios, Epitafios, Abominables, Macabros, Desahuciados*. Tales abominaciones no están construidas, por supuesto, para los amantes de la literatura «hecha», de la literatura cerrada en una circularidad artística o estetizante. Ante todo, creo, la literatura de JIMÉNEZ URE quiere ir contra esa tradición, contra las convenciones de los personajes lineales, previsibles o cercados por las acciones sucesivas del capítulo, guiadas por las leyes del realismo o por cadencias estilísticas elegantes. JIMÉNEZ URE quiere ante todo mostrarnos lo absurdo, lo banal, lo insuficiente, lo inconcluso o lo fragmentario, lanzarnos a la reflexión o a la especulación filosófica. Sus cuentos no desean estar acabados; parecen más bien crónicas, relaciones escuetas o

truncas de realidades dobles, de fondos ambiguos y lecturas subyacentes de la conciencia.

Por supuesto, estos rasgos generales no se aprecian todos en cada uno de sus libros (sus pensamientos y poemas también poseen estas cualidades heteróclitas; exhiben características narrativas y líricas mezcladas a sesgos conceptuales); mas si podrían ser enunciados para buena parte de su cuentística. En *Absurdos*, por ejemplo, están más que ratificadas estas tendencias a examinar el poder, tanto en su fase «cívica» como en su fase militar, y por supuesto en una buena serie de sus escatologías, que van de la agresión sexual hasta el asesinato, desde el deseo más inocente hasta la violación: todo parece suceder en JIMÉNEZ URE de la manera más natural, se desnudan las acciones más descabelladas ante el lector como si fuesen lo más normal de este mundo. Ello hace que nos familiaricemos con sus personajes (una vez que ya hemos descifrado sus códigos secretos en nuestro inconsciente) y los acompañemos en sus acciones, nos gusten o no; presenciamos sus elecciones o desviaciones hasta el final, a veces con un rictus de desagrado en nuestros labios. En cualquier caso, representan un reto para el lector, un reto que no posee necesariamente consecuencias felices: *gags*, historietas truncas, *cómics*, muecas, escorzos o trozos del todo, pero nunca el todo.

Para concluir, una anécdota de amistad personal. La eufonía JIMÉNEZ URE-JIMÉNEZ EMÁN nos ha jugado buenas y malas pasadas de gente que cree que yo soy el autor JIMÉNEZ URE o que él soy yo [quizá por ser cuentistas lacónicos y fantásticos ambos], cuestión que lejos de irritarnos nos permite intercambiar identidades e ir más allá de lo literario; es decir, yo puedo ser perfectamente Él y *Él* ser *Yo* sin que eso tenga que afectar nuestra literatura o nuestros cuentos, excepto cuando en alguna ocasión yo puedo asesinar a uno de sus personajes y él tal vez apoderarse de uno de los míos. Una vez esto tocó sus extremos en una librería del bulevar de Sabana Grande, en Caracas: un hombre quedó tan maravillado de reconocerme como JIMÉNEZ URE, que yo no quise desilusionarle y le seguí la corriente y hasta le acepté una invitación a almorzar. Cuando tomábamos el café en la sobremesa, luego de disfrutar de unos platillos suculentos, le confesé a mi consecuente lector mi verdadera identidad, y aquel señor pasó de un colapso de ira a una sonora carcajada que aún escucho retumbar en mi oído. Por supuesto, el título de este libro indica su sentido; o en todo caso *el sentido de sus sinsentidos*. Ni las situaciones ni las acciones de estos cuentos están enlazadas a una causalidad o a una lógica racionalista (como no sea a una lógica fantástica, como la comprendía G. K. CHESTERTON refiriéndose a «una lógica del país de las hadas») muecas irresolutas, pesadillas o crueldades, toman el lugar de los comportamientos sociales aceptados y nos invitan a transgredir el entorno visible.

Yo diría que los textos de *Absurdos* se manejan principalmente desde las situaciones límites, y desde ahí se lanzan a embargar la realidad con una *sobrerrealidad* que a primera vista puede parecernos chocante o insolente, pero si somos pacientes pueden abrir un boquete en nuestra conciencia para que veamos un poco más allá de las comodidades cotidianas, y atisbemos o vislumbremos zonas vedadas del delirio o la alucinación.

GABRIEL JIMÉNEZ EMÁN.

I

La madre psicótica

El niño @ Botero regresó de la escuela e Iris, su madre, quien lo esperaba descalza y sentada en una silla de la mesa comedor, le pidió que le limpiara sus pestilentes pies con la lengua. De inmediato, su hijo rehusó hacerlo y ella enfureció.

—No me exijas algo tan asqueroso, mamá —le rogó—. Soy un *Ser Humano* y no un perro.

La mujer no pronunció palabras. Su enojo se convirtió en iracundia. Tomó un hacha despresadora de pollos que estaba en el lavaplatos y, de un [fortísimo] certero golpe, le segó el brazo izquierdo a su primogénito de siete años. El chico se desplomó abruptamente.

Asustada, la madre lo condujo hasta el garaje de su *claustrofijo*: encendió su *máquina de rodamiento* y lo trasladó a un cercano hospital. Allá, en el «Área de Emergencias», los paramédicos actuaron deprisa para evitar que falleciera por desangramiento. Le hicieron transfusiones sanguíneas, le aplicaron antibióticos y suturaron la zona afectada.

Detuvieron la hemorragia y pasaron al pequeño @ Botero a la «Unidad de Cuidados Intensivos» [UCI]. Durante una semana, permaneció recluido ahí. La víspera que lo enviaran a casa, una Fiscal del *Ministerio Público* [del Departamento de «Violencia Familiar»] solicitó una confidencia privada con el convaleciente. El chico dijo que jugaba con una sierra portátil y automática cuando, de súbito, ocurrió el accidente. A la funcionaria, que lo filmaba, le pareció poco creíble su testimonio. Sin embargo, por mandato de la *Ley de Protección del Menor*, evitó incomodarlo y partió.

Transcurrió el tiempo y @ llevó una existencia relativamente apacible, hasta el día de su cumpleaños número doce. Era Domingo y, temprano, visitó a su padre [quien se había divorciado de Iris y vivía solo en un apartamento]. Cuando retornó al *claustrofijo*, le produjo estupor hallar a su madre acostada en el *sofá-cama* de la sala: desnuda, con las piernas abiertas y un vaso de whisky.

—Que me lamas la vulva y chupes mi clítoris será tu regalo de cumpleaños —pronunció la mujellera—. Acércate, precioso…

@ mostró repugnancia con sus gestos y quiso salir. Furibunda, lo atrapó antes que lo intentara. A rastras, lo condujo hacia la cocina: agarró la misma hacha despresadora y le mutiló el otro brazo. Con la agravante que, el ahora púber Botero, se precipitó contra el piso y se golpeó la cabeza: provocándose una peligrosa, abierta y profunda herida en el cráneo. Nerviosa, Iris, que tenía su lujoso auto *Lantigua* sin combustible, transportó a su descendiente en un taxi hasta el hospital. @ fue atendido con mayor diligencia, ello puesto que su pulso y la palidez de su rostro preocuparon a los galenos de turno. Lo recordaron y se empecinaron en salvarle la vida. La misma Fiscal especialista en «Violencia Familiar» fue notificada del incidente y, cada día, estuvo a su lado en espera de su recuperación plena. Un mes después logró platicar con el muchacho.

—Dime, @ —lo emplazó—. Fue tu madre quien, sistemática y monstruosamente, ¿te ha lesionado? No temas. Si es culpable, incrimínala. Nosotros te protegeremos y a ella la aislaremos de

ti y de la Sociedad. Expertos en inteligencia criminal están persuadidos de que la Señora Iris tiene rasgos psicopáticos. Sus pensamientos y deseos son patológicos. A tu padre, afamado intelectual y a quien afirmas admirar, le otorgaremos oficial y legalmente la responsabilidad de tu custodia.

—Mi madre no me lastimó —cabizbajo, declaró el joven Botero—. Lamento que sospeche de ella. Esa tarde yo podaba el ramaje de una mata de mango, perdí el control de la sierra eléctrica, caí al piso y me amputó. Siempre me gustó jugar con ese aparato.

—¿No quieres vivir en el apartamento del Señor Botero?

—Jamás la perplejidad se anticipa a lo que «por venir» está…

—Hablas como escribe tu padre, @. Eres muy extraño.

@ Botero retornó a su hábitat. Nada nuevo supieron los médicos y enfermeras de él, hasta el día que cumplía dieciocho años. Alguien, no identificado, dejó su cabeza en el umbral del hospital: sangrante, oculta en una caja de cartón, rigurosamente embalada.

II

Estupro

Aparentemente aterrada, la púber salió del bosque adyacente al río donde pernoctaban sus familiares. La seguía un desconocido de edad madura, quejumbroso y con la entrepierna ensangrentada.

—¡Ese hombre me ultrajó! —exclamaba la físicamente bien dotada muchacha y lo señalaba.

Al escuchar que la casi adolescente acusaba al individuo de haber cometido *estupro*, un guardia del *Escuadrón Turístico* fue hacia él: le golpeó la cabeza con la cacha de su arma de reglamento y lo esposó.

—¡Soy inocente! —gritó, adolorido y encorvado, el sospechoso de violación—. Ella me llamó cuando yo buscaba mariposas [las colecciono]. Se había bajado la falda y las pantaletas. Me rogaba que me acercase. Creí que la había mordido alguna alimaña y pensé que necesitaba auxilio. Decidí aproximarme y ella me ordenó que desajustara el cinturón de mi pantalón y que le mostrase el miembro. Al negarme a obedecerle, forcejeó conmigo hasta lograr sacarme el falo: succionándolo, me provocó una erección y —ansiosa— se lo introdujo para castrarme con sus filosos *labios vulvares*. Examínenla, por favor, ¡háganlo…! ¡No les miento!

Perturbada por todo cuanto sucedía y ante la mirada de los curiosos que se agrupaban en derredor, la madre decidió levantarle la falda a su hija y comprobó que de su *cavidad vaginal* sobresalían dos testículos.

III

Salida honrosa

—Por haberme indebidamente apropiado de dineros del Tesoro Nacional y en descargo de mi culpa, me cortaré la mano izquierda —anunció, avergonzado, el Ministro de las Finanzas Públicas Abel Hidroito ante el Comisario Contralor Supremo y los demás integrantes del Poder Ejecutivo.

Con un fortísimo y preciso golpe de hacha que —sin vacilación— se infligió, separó su mano del brazo.

Trémula y sangrante, quedó encima de la *Mesa Redonda para Reuniones*. En actitud respetuosa y de admiración, uno de sus colegas se quitó su cinturón y se lo extendió para que se hiciera un torniquete y detuviese la hemorragia.

En silencio, todos esperaban que igual hablase el *Presidente de la República*: también imputado por haberse agavillado con Hidroito para cometer el mismo crimen contra la República.

—En pro de mi preservación física, declino y abandono esta *Junta de Idiotas* —adujo, cínicamente, Séptimo Toro.

Luego abrió su sobretodo de piel de cocodrilo, lo explayó y advirtió a los presentes que su chaleco antibalas reglamentario estaba cubierto con explosivos de gran poder destructivo y prosiguió con su discurso:

—Bastará que alguno de ustedes intente impedir mi huida para que desaparezca el Palacio de Gobierno, las casas y edificaciones en un radio de dos kilómetros cuadrados.

IV

El Álbum Tabú

Cuando la encantadora Lucy Track descendió del avión de la *Venezuelan Air Line* y recorrió el *ductomóvil* que adhieren a las escalerillas de los aparatos en reposo, fue recibida por su abuelo.

—Luego de quince años fuera de mi país, estoy ansiosa por ver de nuevo a mis padres y hermanos —le comunicó al viejo, abrazándolo.

—Lo sé, porque estoy persuadido que tienes extraordinarios sentimientos —con voz casi apagada, enunció el hombre cuya lujosa y elegante vestimenta delataba su privilegiada posición social—. Por ello, te traje el *Álbum Tabú* de la familia: que contiene fotografías recientes de cada uno. Estamos felices por tu regreso.

—¿*Álbum Tabú*? ¿Qué ocultas en él?

—Ningún misterio, muchacha… No te inquietes.

Se instalaron en una de las mesas del restaurante del puerto aéreo y el anciano le extendió el libro de los recuerdos a Lucy. Lo tomó en sus manos, contenta. Cuando lo abrió, sólo halló ojos reales pegados en las plastificadas páginas. Perpleja y en actitud interrogativa, miró a su ascendiente y él pronunció:

—Mi querida y preferida nieta: ¿Creíste que nuestros parientes no me acompañaron a expresarte la bienvenida?

V

El bisturí anestésico

El *Congreso de Cirugía Postmodernista* inició con un discurso del Presidente de las *Federaciones Latinoamericanas de Medicina*, en el Salón para Conferencias del Hotel Paracotos [Caracas].

Después de varias demostraciones de novedades en el Campo de la Medicina e intervenciones quirúgicas [no simuladas ni proyectadas en video, absolutamente «en vivo»], realizadas por representantes de distintos países, el Doctor Tales de Venezuela tuvo la oportunidad de presentar lo que calificó como *Bisturí Anestésico* [tenía un cilíndrico mango, similar al de una inyectadora]

Ya tenía un voluntario para someterlo a la extirpación del único de sus testículos afectados, diagnosticado con *Atrofia Celular Severa Multipólipos*.

Las cámaras de televisión enfocaron el instante cuando Tales mostraba el revolucionario instrumento:

—El paciente no requiere anestesia vía intravenosa, total o parcial —expresó el sorprendente cirujano—. Mi *Bisturí Anestésico* corta, insensibiliza y esteriliza, simultáneamente, la zona dañada.

Ejecutó la incisión, que fue difundida mediante enormes pantallas para el monitoreo de las operaciones. Cuando el paciente quiso desahogar su fortísimo dolor con un alarido, el médico le tapó la boca y aproximó su rostro al suyo. En tono amenazador, le murmuró al oído:

—*Si gritas te corto también el otro testículo*, imbécil.

VI

La fuga del millonario

Designados mediante sorteo realizado con el Registro de Votantes del *Consejo Nacional Electoral* [CNE], los jurados habían decidido sobre las imputaciones en perjuicio de Peter Pigmaleón por «Conspiración» y «agavillamiento» para Cometer «Magnicidio» y «Rebelión». Millonario empresario, soltero, sin ascendientes o vástagos, famoso por oponerse al *Gobierno Patriótico*, escuchó —nervioso— su sentencia:

—Lo condeno a veinte años de encierro en la *Penitenciaría «Costa Flamencos»* —le anunció el Juez—. No podrá solicitar medidas cautelares sustitutivas: ni de «Presentación Semanal», «Casa por Cárcel», «Reparación Económica a favor de República» o «Trabajos Comunitarios».

Las facciones de Peter endurecieron. Su defensor privado palmeó su espalda, sucesivamente, para consolarlo y expresarle sus lamentaciones.

—*Ya es cosa juzgada*, amigo —le murmuró Kidio Durán Monteverde al oído—. Personalmente, les advierto que, si prosiguimos con nuestros convenios económicos, Señor, estaré atento para que se le respeten sus *Derechos Constitucionales*.

—Mi riqueza no me salvará de ser violado, ni agredido por reos y carceleros —presa del pánico, musitó Pigmaleón—. En este país las penitenciarías son hospicios para la tortura, el vejamen y el crimen.

—Si acepta que continúe auxiliándolo, lograré que su dinero sirva para amortiguar las penurias del encierro que sufrirá.

Cuatro funcionarios de la *Policía Política Patriótica* [PPP], trajeados de negro, con armas de guerra y cabezas ocultas con *pasamontañas* rojos, les interrumpieron la plática. Esposaron al convicto y lo trasladaron —en un vehículo rústico de la *Fuerza Armada Nacional* [FAN]— hacia la penitenciaría.

Allá fue alojado en un calabozo pequeño, en el *Sector de Aislados e Incomunicados*. Tenía excretor y ducha, una cómoda cama, una modesta biblioteca y computadora. El equipado ambiente lo tranquilizó un poco.

—No se preocupe, Señor Peter —le dio esperanzas el custodia—. El Doctor Durán Monteverde me dijo que usted posee muchos bienes inmuebles y una gran cuenta bancaria. Lo ayudaremos a salir de aquí.

—Pero ¿cómo? —lo interrogó Pigmaleón, de súbito aterrado.

Pronto expulsó abundante y líquida *materia fecal*.

—Cálmese. Tenga quietud y paciencia. Comprobará que no le miento. Dúchese. Ensució sus pantalones y el piso. Limpie el lugar y lave su ropa. Hay dos clases de jabones en el baño, uno en pasta para el cuerpo y otro en polvo para telas.

Por instrucciones del Presidente del *Gobierno Patriótico*, no recibiría alimentos especiales o

visitas de ninguna persona del exterior: ni de periodistas, abogados, médicos, sacerdotes, amigos, familiares. Ninguna de las prohibiciones fue acatada por los carceleros del *Sector de Aislados e Incomunicados*. Le llevaban comida «a la carta», cigarrillos, licores y prostitutas.

Una mañana apareció en su celda el Doctor Kidio Durán Monteverde. Lo persuadió de firmarle un poder que lo autorizaba a retirar, en su nombre, ciertas cantidades de dinero para pagar los sobornos y sus privilegios carcelarios. Su libertad era posible, pero reclamaba importantes costos.

A partir de ese encuentro, todas las noches un enfermero le inyectaba una dosis de algo que rehusaba especificarle. Al principio, Peter opuso resistencia. Empero, su custodia de mayor confianza lo convenció de no impedir la aplicación de lo que denominaba «Tratamiento Científico».

Tres meses más tarde, comenzó a experimentar mutaciones: le crecieron los senos, sus caderas se ensancharon, se abultaron y redondearon sus nalgas, su falo se redujo notablemente hasta extinguirse, perdió vellosidad en los brazos, desaparecieron su barba y bigotes.

Los carceleros tuvieron que proveerlo de uniformes más anchos, para que nadie percibiera sus transformaciones físicas. Además, evitaban que se mezclara con otros presos: excepto aquellos que eran igual inyectados con propósitos todavía no explícitos.

Al cumplir seis meses de confinamiento, fue notificado que ese era el *Día Mundial del Preso*. Hubo una fiesta en la *Penitenciaría «Costa Flamencos»*. Numerosos familiares e invitados oficiales parecían disfrutar de los espectáculos teatrales, bailes, lecturas de cuentos y poemas que les ofrecían los condenados.

A Peter Pigmaleón y sus similares les llevaron vestidos de mujer, pelucas y cosméticos. Culminadas las actividades organizadas por la Dirección del Penal, pudo fácilmente salir con el grupo de visitantes [madres, padres, hermanos, tíos, hijos, sobrinos y amigos de quienes purgaban condena].

En la calle lo esperaba Durán Monteverde, con un automóvil deportivo [último modelo]. Abordó la *máquina de rodamiento* y, cuando transitaban rumbo a la ciudad, fue sorprendido por una insólita propuesta matrimonial de parte de su abogado. Se sintió momentáneamente ofuscado, luego expresó indignación.

—*Ya no es quien cree* —lo emplazó Kidio—. Si no acepta casarse conmigo, será imposible que disponga —legalmente— de su fortuna y bienes inmuebles. Me firmó un poder y el único autorizado para retirar su dinero o vender sus propiedades soy yo. En mi chaqueta oculto su nueva documentación: ahora su nombre es Patricia Pigmaleón. *Usted es su hermana heredera*, gracias a la institucionalización del fraude en la *Oficina de Identificación y Extranjería* [OIE].

—En estos momentos, en la *Penitenciaría* habrán advertido mi fuga —todavía perturbado, pronunció Peter.

—Se produjo un incendio en su calabozo. Me llamaron al teléfono celular cuando lo esperaba, y me confirmaron el suceso. Sólo hallarán parte de su dentadura y fragmentos de huesos de vaca. Está virtualmente muerto.

Pigmaleón recordó que una tarde vino a su cubículo un odontólogo a examinarlo. Le hizo un registro fotográfico-panorámico a su cavidad bucal, para de inmediato proceder a extraerle varias muelas y dientes que —supuestamente— no podían repararse. El abogado expresó su ultimátum:

—Le daré su nueva y forjada credencial de ciudadanía sólo si me firma, adelantado, la repartición equitativa de su dinero y edificaciones. Para no suscitar comentarios malsanos ni peligrosas sospechas, debemos formalizar nuestra unión. Pero, le prometo que no transcurrirá un año sin que diligenciemos el divorcio. Calle mientras viva, también yo.

VII

La obesa

Nebula exigió a su novísimo esposo que debía procurarle una existencia sedentaria plena. Quería vivir sin moverse, pero era evidentemente imposible sin el auxilio suyo o de otras personas.

—Si anhelas continuar existiendo, tendré que hacer ciertas y fundamentales cosas por ti —expresó Famulos mientras ella se cobijaba hasta el cuello—: limpiar la casa, asearte, cocinar para ti y traer tu comida a nuestro lecho matrimonial.

Al cabo de pocos meses, la mujer había aumentado ciento cincuenta kilos. Ahora pesaba doscientos veinte, y no podía levantarse de la cama sin ayuda.

—Te he complacido, Nebula —le recordó el marido a su extremadamente obesa mujer—. Empero, ¿qué más puedo hacer para que continúes feliz?

—Siempre me sentí atraída por tu portentosa imaginación, amado mío —respondió la macilenta y casi monstruosa figura—. Podría ser más dichosa el próximo fin de semana, y ello dependerá de tus ocurrencias.

Famulos, quien, diariamente, recogía un mínimo de cinco kilos de *materia fecal* que su cónyuge depositaba en una excreta portátil colocada bajo su trasero, decidió suspenderle los suministros de alimentos y líquidos durante tres días. Luego de lo cual le dio a beber un purgante especial, para hacerle un lavado estomacal e intestinal completo.

El sábado siguiente ofreció, puertas abiertas, un gratuito banquete —con abundante licor— a los vecinos de la *Urbanización Villaverde*.

VIII

La déspota

El joven Prince Kawa recibió, sin quejarse, un fuetazo en la espalda cuando —arrodillado— limpiaba el piso de la cocina. Virginia, su madre viuda, repetía sucesivamente la vejación y castigo contra su enclenque hijo [de catorce años].

—Mira este aceitado *Rabo de Babilla* —le decía al muchacho mientras se inclinaba hacia él para golpearle los pómulos y halarle los cabellos—. Ya deberías distinguirlo entre los demás látigos: el *Cola de Caballo*, por ejemplo, es menos macizo. Tienes que reconocer, sin verlos, los diversos foetes que empleo para templar tu personalidad.

—¿Qué más espera de mí, madre? —sin voltearse e intentando zafarse de las toscas manos de la déspota mujer, interrogó Prince—. Tenga piedad: hago lo humanamente posible para cumplir con sus órdenes.

Tenía los tobillos encadenados y las muñecas esposadas, pese a lo cual lograba acometer las tareas que le imponía su progenitora.

No podía salir de la residencia, ni siquiera al traspatio. Todo el día, permanecía desnudo y en las condiciones descriptas. A partir de las 8 p. m., le ataba las manos a los tubos del oxidado catre donde dormía y lo azotaba durante cinco minutos: hasta surcarle la piel, y renovarle los hematomas de la noche anterior.

Una mañana, con el propósito de informarse respeto a los trámites que se requerían para internar a un paciente, Virginia acudió a uno de los manicomios estatales: al *Hospital Psiquiátrico «Sigmund Freud»*. Logró que, sin previa cita, la atendiera el Director a quien le relató —con insólito histrionismo— que su único vástago estaba demente y se había convertido en una persona peligrosa para ambos y la comunidad:

> *«Destruye, sin cesar, electrodomésticos y otros enseres del hogar. Prepara promontorios de mis vestidos y su propia ropa para incinerarlos, toma cuchillos y amenaza con asesinarme y suicidarse. En algunas ocasiones se ha escapado hacia la calle para intimidar, con cabillas, a los peatones y lanzar piedras contra las edificaciones…».*

Le aseguró que ni siquiera podía llevarlo al consultorio de un especialista, puesto que ella era una mujer solitaria [viuda y sin familiares en la ciudad] y Prince similar a un inatrapable e *hidrofóbico* perro.

—Documente su historia —le sugirió el hombre—. Sólo tras sustanciar un expediente yo tendría la posibilidad de internarlo en el *Psiquiátrico* a mi cargo.

—¿De qué forma se sustancia una petición de confinamiento para alguien con las características que le revelé? —preguntó, intrigada.

—Un video podría ser suficiente. Filme el comportamiento desquiciado de su hijo. Luego me lo

trae para someterlo a la Junta de Médicos Psiquiátricos del «*Sigmund Freud*». Si el análisis determina que la evidencia es buena, ordenaré la búsqueda y traslado del enfermo a este hospital.

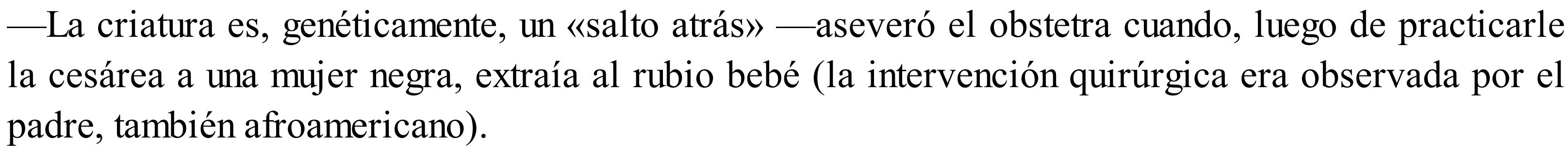
Culminó la entrevista y Virginia no cesaba de pensar qué idearía para filmar, enloquecido, a Prince: quien jamás exhibía comportamientos criminales. Parecía un penitente sacerdote de hospicio, de esos que tuvieron por boga someterse a infinitos sufrimientos en la *Edad Media*.

Cuando salía del *Psiquiátrico*, fue interceptada y esposada por dos funcionarias de la *Policía Científica Nacional* [PCN]. La trasladaron a un vehículo en cuya parte trasera estaba su hijo.

Al ser introducida en la máquina de rodamiento, un Fiscal del Ministerio Público que flanqueaba a Prince le notificó sobre sus imputaciones contra ella: *Tortura, Tratos Vejatorios, Inmoralidad, Sadismo y Homicidio Frustrado* en perjuicio de su adolescente hijo. De un maletín enorme que portaba, extrajo varias cintas de video: rigurosamente identificadas con el año, día, hora y lugar de grabación.

IX

El «salto atrás»



—La criatura es, genéticamente, un «salto atrás» —aseveró el obstetra cuando, luego de practicarle la cesárea a una mujer negra, extraía al rubio bebé (la intervención quirúrgica era observada por el padre, también afroamericano).

—Él huye de la obscuridad —le dijo la enfermera *instrumentista* que lo asistía.

X

La súplica del atropellado

—Socórrame, Señor, no me dije morir —suplicó el atropellado a su victimario, aprisionado bajo una de las llantas de la *máquina de rodamiento*—. La *Vida* sólo me ha deparado infortunios.

—Tranquilo, descansará en paz y será bienaventurado —le prometió el conductor, quien, luego de abordarlo de nuevo, retrocedió y adelantó sucesivamente el vehículo.

XI

El periplo de la *Muerte*

—La *Vida* es el *periplo de la muerte* —creyó afirmar un escritor.

XII

¿Quién mató al otro?

—¿Quiere expresar su último deseo? —preguntó *El Verdugo* a *El Condenado* antes de ser degollado con una filosa daga.

XIII

El brusco

—*Si quiere falotrarme, sólo podría ocurrir previo cortejo* —le advirtió la dama al hombre y cayó abatida por su durísimo pene, cuyo glande *punta de lanza* le perforó la matriz e hizo un orificio de salida a la espalda.

XIV

La fase suprema de la *Muerte*

—La *Vida* es la *fase superior de la muerte* —creyó afirmar un filósofo.

XV

Pensión de alimentos

—Mi esposa, si quiere que yo firme la «Separación de Cuerpos», tendrá que hacer su oferta de *Pensión de Alimentos* para los perros con los cuales me quedaré —abatido, condicionó el hombre su inminente divorcio en el *Tribunal de «Primera Instancia» en lo Civil, Mercantil y Tránsito*.

Enfurecida y en compañía de su abogado, la mujer querellante se levantó y emplazó al magistrado a quitarse la capucha que tenía:

—No puedo verle la cara, Señor Juez —dijo—. Descubra su rostro para advertirle que ninguna ley, de nuestro país u otro, contempla que una persona deba ser obligada a pagar Pensión de Alimentos para mascotas.

El jurista restó importancia a las palabras de la dama. Quitándose su negro *birrete*, decidió que ella debía depositar la mitad de sus remuneraciones mensuales en una cuenta a favor de los caninos. Al verla iracunda, ordenó a dos policías que la sacaran del *Tribunal*. Luego develó su faz para lamerse el hocico con su larga lengua.

XVI

Los azotes que liberan de sufrimientos

—*Los hombres nacimos libres para serlo, pero fundamos sociedades que nos esclavizarían* —murmuró el individuo que recibía el décimo de los cincuenta azotes que les daría un soldado de El Gobernante, por haber exigido que le respetaran sus *Derechos Humanos*.

—El castigo templa el espíritu de quien lo recibe —repetía el fustigador.

—*Pásame tu látigo y, aparte de fuerte, te haré libre* —prometió el adolorido y ensangrentado penitente—. *Te golpearé con él hasta que nada de ti quede: será el fin de tus sufrimientos*.

El ejecutor fue cautivado por las palabras de la víctima y detuvo los azotes. Poco tiempo después, en acto público, los restos de ambos fueron cremados en la *Plaza del «Prócer Independentista»*.

XVII

Film confiscado

Advirtió que había nacido y vivido cuando, en una Sala Velatoria «Cristiana» convencional, sus familiares y allegados rezaban por el «Eterno Descanso de su Alma».

En cada esquina del féretro, cuatro personas desconocidas [de las utilizadas por la empresa funeraria] realizaban el ritual ridículo de «Guardia de Honor». En la calle, quienes fueron sus acreedores protagonizaban un escándalo y emplazaban a su esposa, hermanos y padres para que les pagaran las deudas que el difunto tuvo con ellos.

Lo sucedido fue impredecible: el cadáver levantó la cubierta del ataúd, irguió, saltó, le quitó la subametralladora al vigilante privado del local y disparó sucesivas veces contra los impertinentes cobradores.

Pronto llegaron los policías y, después de arrestar a los denunciados en luto y espectadores, confiscaron las cámaras filmadoras con sus accesorios.

Un grupo de paramédicos, que llegó casi simultáneamente en una ambulancia, recogió, de prisa, a los muertos.

Todos se introdujeron en sus respectivos vehículos, activaron las sirenas y partieron velozmente.

—¡Qué lástima! —exclamó uno de los vecinos del establecimiento—. Habría sido una nueva y, como siempre, magnífica película de la *Macabros Pictures Company*.

En pocos minutos, irrumpieron en el lugar los desinfectadores del *Ministerio de la Sanidad Pública* [SP] para limpiar la *Escena de los Crímenes*.

Uno de ellos repartió tarjetas de presentación con el emblema de su distribuidora de películas, números telefónicos, dirección electrónica y de oficina.

—A partir de las 8 a. m. de mañana, mi secretaria podrá satisfacer sus pedidos del cortometraje confiscado —les aseguraba a los curiosos, clientes y entremetidos descuentos para quienes comprasen más de una copia.

XVIII

Balas explosivas

La bala atravesó el vidrio de uno de los ventanales y se incrustó, con fuerza, en el *machihembrado* del *Pent House*.

En el instante cuando se produjo el estallido, Hernán Benavides leía los avisos clasificados de un diario nacional. Buscaba un trabajo que remunerase mejor su profesión de «ingeniero mecánico», mal pagada por el gobierno de una de las provincias de la *República «Revolucionaria»*.

Asustado, examinó la ventana. Luego tomó una escoba para barrer los fragmentos de vidrio esparcidos por el piso. Lo hizo con una pala. Retornó a la ventana y escrutó la calle. Abajo, en la esquina, decenas de dopados y embriagados jóvenes exhibían —con insólito desparpajo— varias pistolas que todavía disparaban hacia el cielo. Desde lo alto, les gritó que llamaría a la policía. Los chicos y chicas se dispersaron rápidamente, ufanos de conducir potentes motocicletas y automóviles rústicos. La cervecería (que ofrecía servicios de *telefonía celular*, «internet», «correo electrónico» y «fax») había cerrado. Eran las 4:30 a. m.

Durmió un poco y despertó con el alba, para dedicarse a extraer el proyectil de *bronce* de una de las piezas de madera del *machihembrado*. Lo guardó y le contó a su esposa lo sucedido.

—Sabes que el *bronce* se vende carísimo en nuestro país —le advirtió su compañera—. No botes la bala…

En el *Palacio de Gobierno*, donde ejercía funciones de «Ingeniero Supervisor de Obras», comentó a sus compañeros de trabajo lo sucedido durante la madrugada de ese día. Mofándose de él, todos le dijeron lo que su esposa: que no se deshiciera del trocito de metal, que tratara de coleccionar pedazos de *bronce*.

—*Tal vez logres enriquecerte en pocos años* —le decían tras emitir sus carcajadas.

Como era insomne, a la madrugada siguiente Hernán estuvo pendiente de nuevos disparos. Su esperanza no estaba infundada. Borrachos y drogados, de nuevo numerosos adolescentes salieron de la *Cervecería «Nestscape»* para probar sus juguetes de acero. Esa vez dispararon deliberadamente contra la ventana del *Pent House* de Benavides: el cual, nervioso, se protegía ocultándose debajo de la cama que mantenía en su habitación de estudio.

Más de cincuenta balas se introdujeron por el ventanal para culminar clavadas en el techo. Cuando oyó las sirenas de los patrulleros, supo que el peligro de recibir un proyectil había terminado y repitió la acción de recoger los letales pedazos: Afortunadamente, todos de bronce (las balas de plomo eran destinadas a las *Fuerza Revolucionaria Armada Nacional*). Pudo comprobar que en los marcos quedó —también empotrada— una cantidad no calculable, a simple vista, de proyectiles. Paciente, se dedicó a sacarlos con un puntiagudo cincel.

Durante semanas, para desafiar a Hernán Benavides, los agresivos disparaban sus armas en dirección al *Pent House*. Lo que ellos ignoraban era que esas acciones comenzaron a producir

felicidad al inquilino que, en un mes, pudo juntar diez kilos de *bronce* que vendería a un taller de prósperos escultores venezolanos, argentinos y colombianos. Los artistas fundían las balas para *vaciar* los bustos que una oficialidad ociosa, dispendiosa e inclinada a las ceremonias, de sus países de origen, contrataba para honrar a los desalmados que solían promover como personajes ilustres de sus principales ciudades. En la *República «Revolucionaria»* estaban especialmente de moda las estatuas forjadas en bronce, de vivos o fallecidos militares: y empresarios, intelectuales, actores, políticos o pintores vinculados al «régimen tiránico».

El precio del kilogramo de *bronce* oscilaba entre mil y mil quinientos dólares. Por ello, Hernán le pagaba a cinco muchachos para que instigasen a los pistoleros a disparar contra su apartamento: externamente convertido en una especie de colmena a causa de la infinidad de perforaciones. Un año más tarde, al contado, Hernán Benavides adquirió una confortable casa y un automóvil alemán, de famosa marca. Renunció a su trabajo del *Palacio de Gobierno*. Por concepto de venta de balas, en doce meses acumuló casi un millón de *próceres impresos* norteamericanos: una cifra que en su país era calificada de asombrosa, y que garantizaba a quien la poseyera una vida presente y futura sin penurias.

Hernán tenía un colega —de apellido Montemayor— que era su confidente. Le contó lo relacionado con el origen de su fortuna. Su interlocutor se emocionó y le rogó que le permitiese participar en el negocio. Benavides le explicó que el *Pent House* era alquilado. Los contratos, prorrogables, se redactaban semestralmente: empero, podría ocurrir —de un momento a otro— que el propietario le exigiese la desocupación porque una cláusula lo establecía. Sin consultarle, el dueño estaba en condiciones de rescindir el convenio.

Un día Montemayor le ofreció veintemil dólares a Benavides por el «traspaso» del contrato del inmueble: es decir, la suma de todos sus ahorros y prestaciones sociales acumulados en treinta años de servicios al *Estado «Revolucionario»*, más otra cantidad que solicitó en préstamo a varios familiares.

Benavides aceptó el ofrecimiento de su amigo porque su esposa e hijas, a quienes solía complacer cualquier capricho, anhelaban fijar residencia en la capital de la *República «Revolucionaria»*. Por ellas, es cierto: pero, principalmente, por haberse enterado de que los adeptos a las pistolas estaban enterados de que se lucraba con las balas de *bronce*.

En *Caracas*, en el *Parque del Este*, mientras caminaba con su familia, Hernán leyó una noticia según la cual un ingeniero mecánico de la provincia murió a causa de los destrozos físicos que le ocasionaron más de treinta «balas explosivas».

XIX

Elefantiásica

Con apenas diecisiete años, Evelin Asturias iniciaba sus estudios de Ingeniería en la *Universidad Central de Caracas*. Durante un acto cultural organizado por la *Sociedad de Estudiantes Universitarios* (SEU), la chica conoció a José Buitrago: un joven que cursaba el segundo año de la carrera de *Medicina* y era propietario de una motocicleta de fabricación norteamericana.

Con frecuencia, se veían en el cafetín de la *Facultad de Ingeniería* para platicar. Un viernes, Buitrago la invitó a un paseo por *Playa «La Cangreja»*. La recogería el sábado siguiente, a las 9 a. m., frente a la residencia de la familia Asturias.

José la buscó y emprendió un velocísimo recorrido hacia la citada playa, por una autopista muy amplia pero peligrosa. Cuando alcanzó los ciento sesenta kilómetros por hora, un vehículo deportivo —que adelante se desplazaba a menor velocidad— cambió torpemente de canal y provocó que Buitrago lo esquivara y perdiese el control de la motocicleta.

Gracias a la pericia del motorizado, se salvaron de estrellarse contra una gandola. Sin embargo, la máquina derrapó por un poco profundo barranco y terminó fuera de la autopista (en el fondo de un matorral). La muchacha quedó tirada encima de un árbol caído, inconsciente. Su amigo se incorporó y la auxilió. Preocupado, advirtió que Evelin había perdido toda su dentadura y exhibía un hematoma en el lado izquierdo de su cabeza.

Días después, los padres de la chica, que tenían bienes de fortuna, no soportaron el persistente sufrimiento de su hija a causa del afeamiento de su rostro por la pérdida de los dientes.

Vendieron una de las casas que alquilaban a turistas y viajaron con ella para *Alemania*, donde un afamado odontólogo elaboraba prótesis dentales a base de marfil.

Evelin se sintió feliz con su nueva, costosísima y perfecta dentadura. Luego de un mes, regresaron a *Venezuela*. Sus padres retomaron sus actividades habituales y la muchacha reinició sus estudios universitarios.

Semanas más tarde, los compañeros de estudio de la Asturias notaron que su nariz se transformaba en una prominente y elástica trompa, aparte de lo cual las orejas le crecían. A sus amigas, especialmente, les fascinaron los cambios que se sucedían en el rostro de Evelin: quien, de nuevo desconsolada, lloraba frente a sus padres por lo que creía una terrible desgracia en su breve vida.

Pero, repentinamente, la *Sociedad de Estudiantes Universitarios* la sorprendió eligiéndola reina de la institución académica. Por otra parte, un grupo de profesores —durante lustros dedicados a la investigación en el campo de la *genética*— la persuadió de permitir que fuese miniaturizada en un novedoso proceso de «clonación» de especies únicas (que, gracias a los efectos de la publicidad, venderían por sumas insospechadas).

Con capital y apoyo científico de los investigadores de la *Universidad Central*, Evelin Asturias

fundó una clínica que se especializaba en transformar —físicamente— a las mujeres y los hombres que anhelaban lucir elefantiásicos: boga que en siete años acabaría y, con ella, la existencia —por linchamiento— de la joven ingeniera.

XX

Los auxiliadores de carreteras

A las 3 p. m. de un lunes de Noviembre, Persia H. transitaba con su automóvil por la «Avenida Azparren» que bordea la zona noroeste de la ciudad de Barquisimeto (*Venezuela*). Se desplazaba a una velocidad de cien kilómetros por hora, pero, súbitamente, perdió el control de su pequeño vehículo y chocó contra un poste del alumbrado público: lamentable consecuencia del estallido de una de las llantas.

Antes del impacto, la *máquina de rodamiento* giró varias veces sobre un pavimento ablandado por los rayos solares.

Persia —quien era sumariadora del un Tribunal de Primera Instancia del Municipio «Franz Kafka»— no sufrió heridas. Sin quitarse el cinturón de seguridad, miró en derredor y captó dos sonrientes rostros:

—Fue usted afortunada —le aseguró un hombre huesudo, tez oscura y mostachos canosos, uniformado de fiscal del tránsito terrestre—. Esta avenida es muy peligrosa. Aquí son frecuentes las muertes por arrollamientos o volcamientos…

—Pero, no se preocupe por lo que el sargento le dice —interrumpió el otro, una persona fornida que exhibía ropas sucias y un gorro de jugador de béisbol—. La auxiliaremos.

El fiscal socorrista abrió la puerta izquierda del carro (fabricación japonesa) y ayudó a la accidentada a deajustarse el cinturón «de seguridad». Luego la sacó para alejarla hacia una de las tiendas de carretera, con techos de palmeras y paredes de espigados troncos de caña seca.

En ellas se resguardaban del sol familias de vendedores de quesos, cachapas, cocos, jugos y loros que se apostaban en las orillas de la vía con niños descalzos y llenos de parásitos. La víctima, que tenía una visión magnífica, advirtió que la carretera estaba repleta de tachuelas.

El ciudadano de la gorra beisbolera se dio cuenta de que ella observaba el pavimento y la distrajo para explicarle que él era propietario de un camión grúa, y que —por una suma que a la sumariadora le pareció exagerada— podía trasladarle su maltrecho automóvil hacia un taller mecánico de la ciudad.

—No tiene otra opción, señora —le dijo—. Si llama a una compañía de grúas de Barquisimeto, probablemente le cobre lo mismo que yo. Perderá tiempo…

Persia H. estaba persuadida de que el propietario de la grúa mentía. Sin embargo, aturdida por lo sucedido, convino: pagaría lo que le pedía. Por ello regresó al vehículo, flanqueada por los «socorristas», para buscar su chequera.

Cuando llegó advirtió que le habían robado su bolso de piel, un teléfono móvil, el reproductor de música, el volante de madera, los cuatro cauchos con sus respectivos rines y una guitarra clásica de reciente adquisición.

—¡No puedo creerlo! —furiosa, exclamó—. ¿Quiénes pudieron desmantelarme en tan pocos

minutos?

En tono burlón, uno de los niños que curioseaban, y que portaba una enorme *llave ajustable*, le indicó que debía levantar la capota o cubierta del motor. Por la dama, el fiscal lo hizo y todos comprobaron que no tenía.

Ofuscada, la mujer pidió al chofer de la grúa que la llevase —sin la carrocería de su deportivo— al establecimiento de la *Policía Judicial* más cercano de la ciudad. El «socorrista» lo hizo. Luego de formular la denuncia según la cual fue robada y saqueado su vehículo, allá un oficial le permitió usar el teléfono de la comisaría. Llamó a su esposo, le notificó lo sucedido y le rogó que le trajese el dinero que le pagaría al dueño de la grúa. En pocos minutos vino su cónyuge. Le pagó al señor de la grúa y Persia retornó —con él y dos detectives— al lugar exacto donde se accidentó.

Cuando llegaron, una turba de pobladores rodeó el automóvil donde viajaban acompañados de los funcionarios de la «División de Atracos, Hurtos y Robos de Vehículos». Sin excluir a los ancianos, mujeres y niños, todos golpeaban con cabillas o palos la carrocería y exigían que Persia saliera para que «asumiera su responsabilidad». Los ocupantes del espacioso automóvil, de fabricación norteamericana, estaban perplejos.

—¿Qué hice? —confundida, interrogaba la mujer a los pesquisas que trajo al sitio.

El esposo de Persia aceleró para deshacerse del enjambre. Después, se detuvo abruptamente y bajaron los policías para realizar las averiguaciones que correspondían frente a tan extraña situación.

Desde una distancia aproximada de doscientos metros, Persia y su esposo miraban a los detectives platicar con algunos de los atacantes. La conversación no duró más de cinco minutos. Los policías regresaron al automóvil, bajaron a la fuerza a la sumariadora y —sin responder a la iracundia del aterrado esposo— la llevaron hacia la maltrecha carrocería del vehículo nipón improvisado «estrado» que los lugareños instalaron en el lugar donde ocurrió el accidente.

—¡Suéltenme! —exclamaba Persia H., presa del pánico—. Acaso, ¿permitirán mi linchamiento?

—No se preocupe, señora —aseveró uno de los funcionarios—. *Nunca hemos permitido las ejecuciones tumultuarias…*

Durante su paso por la muchedumbre, los niños la fustigaban con pedazos de cáñamo. Persia no podía entender el idioma mediante el cual vociferaban contra ella. Parecía español, pero las expresiones eran ininteligibles.

En menos de quince minutos, fue «impuesta de los cargos» y sentenciada a muerte por un tribunal que se autodefinió «del pueblo». Los oficiales tuvieron la misión de descargar sus pistolas sobre el encantador cuerpo de Persia, cuyos ensangrentados y mortales restos fueron recogidos por su desconsolado esposo.

—La ignorancia de *La Palabra* no exime a nadie de su cumplimiento —le expresaron, con severidad en sus rostros, los policías durante el momento cuando el acongojado esposo colocaba el cadáver en la parte trasera de su automóvil.

XXI

Querella entre alumno y profesor

Apenas llegó al *Liceo «Mariscal Herrera»*, Jonás Campus supo que no había aprobado la última materia que le faltaba para culminar la secundaria: Matemática V. Sus compañeros de curso lamentaron que fuese aplazado: no podría graduarse ese año con ellos.

Cabizbajo, se apartó del grupo y fue hacia un hermoso jardín situado en la parte posterior del establecimiento educativo. Sigilosa, lo siguió Evaluna: su mejor amiga y confidente.

—Tranquilo, guerrero del Campus —infirió prodigándole abrazos por la espalda—. Todos sabemos que el profesor Walter Cianuro te calificó maliciosamente. Exígele una revisión del examen. O, si lo prefieres, «sueña despierto» que le atraviesas el cuerpo con una de las estacas del aspa que sostiene las banderas del *Estado* y la *República*. Esa que está a la entrada del Liceo.

A Campus le llamó la atención la última y temeraria propuesta, por cuanto sabía que el docente no claudicaría y que el conflicto entre ambos debía resolverse de cualquier forma.

Cianuro no admitiría una revisión y lo fulminaría, de nuevo, el día previsto para las reparaciones. A causa de una vieja y secreta disputa entre ellos, por el amor de una hermosa estudiante, se detestaban.

—¿Sueño despierto que le atravieso el cuerpo con el aspa? —inquirió a la chica—. ¿Cómo soñar sin estar dormido?

—Es fácil: imagínalo intensamente y verás que el hombre muere. Luego, a quien lo sustituya en el cargo, le ruegas que reconsidere tu examen de Matemática V.

Cuando Jonás abandonaba el Liceo, en compañía de Evaluna, se detuvo a mirar el aspa [de cuatro metros de altura] en cuyos extremos ondeaban las banderas. En ese instante, el profesor Cianuro, quien igual partía del lugar, disminuyó su marcha: observó el aspa y después los ojos de su odiado alumno, en un intento por adivinarle sus pensamientos. El furtivo y desagradable encuentro no trascendió.

Cada uno de ellos regresó a su hogar. Ya en casa, el muchacho se acostó y cerró sus párpados. Con vehemencia, imaginó que arrancaba el aspa del Liceo y le desprendía una de las estacas. De prisa, caminó y buscó a su rival en cada una de las aulas hasta cuando lo halló. Estaba solo, dedicado a corregir exámenes. Segundos más tarde lo escrutó fijamente, corrió en dirección al enemigo y, con inusitada fuerza, le introdujo en el pecho la filosa estaca.

Por su parte, Walter Cianuro —también echado encima de su cama— proyecta una escena en su mente: golpea salvajemente y estrangula a Jonás con una de las banderas del Liceo.

Al día siguiente, numerosos detectives de la *Policía Científica* [PC] interrogaban a los vecinos del joven Campus y del profesor Cianuro. Necesitaban pistas para dilucidar los motivos por los cuales fueron asesinados y arrestar a sus victimarios.

XXII

La felación

Laurie Moon Martínez conoció a Bill Sade cuando apenas era candidato a alcalde de *Fornicattores City*, en la *Unión de los Estados del Norte* (UEN). Laboratorista auxiliar, estudiaba en el *Major Claustrofalaz*: institución para estudios superiores en «Ciencias Jurídicas y Políticas», «Medicina», «Bioanálisis» y «Filosofía».

Sade no tenía más de 25 años. Muy joven había egresado, precisamente, del *Major Claustrofalaz*.

Casó con Himena, a quien conoció en la institución universitaria de la cual egresaría con excelentes calificaciones.

Desde sus primeros días en el *Major Claustrofalaz*, el *politólogo* se acostumbró al disfrute de lo que se conocía como *Succión Rápida y de Aula*. La mayoría de los estudiantes admitía que era el más buenmozo de los inscritos para cursar la carrera de «Ciencias Jurídicas y Políticas». Durante los recesos oficializados entre una hora de clase y otra, las muchachas peleaban por mamarle a Bill el único miembro de la *Academia Universal* que es obligado por las sociedades del mundo a mantenerse oculto.

Durante la exitosa «campaña electoral» que lo condujo a ocupar el cargo de Alcalde de *Fornicattores City*, vio por primera vez a Laurie. Nunca imaginaría que aquella desprejuiciada y hermosa mujer perturbaría, *en el futuro*, su gestión presidencial (sí: Bill alcanzaría la máxima posición política de la *Unión de los Estados del Norte*).

Desde un improvisado *podium* y cansado de tanto hablar frente a sus seguidores, Sade miró hacia un punto cualquiera y ella se levantó el vestido para mostrarle las *nalgas*. El candidato, que —por exceso de «trabajo proselitista»— acumulaba días sin practicar el sexo con Himena de Sade, sintió que el inquieto de la *Academia* (ese que le colgaba en la entrepierna) le crecía. Advirtió que a Moon Martínez la *Naturaleza* la dotó de carnosos labios: *de los especiales para la ejecución de actividades falofágicas*. El Señor Bill Sade le envió una misiva con uno de sus guardaespaldas: «Te espero en el *Secreto de Estado Motel*. A las 8 p. m., tomarás el taxi que te llevará y cuyo costo yo asumiré. Estaré esperándote en el umbral del establecimiento citado».

Todo sucedió de acuerdo a lo planeado por él. Laurie llegó y Bill le pagó al conductor. De inmediato, caminaron hacia la habitación.

—Estoy desesperada —le confesó Moon Martínez al «prometeo» del ambiente político en la UEN.

Humedeciéndose los labios con su enrojecida lengua, rápido le desajustó la correa y le bajó el pantalón. Lo empujó suavemente hacia la cama. Lo sentó e inició una intensa *succión* que culminó cuando del orificio orinario del glande de Bill Sade Moon brotaron, aproximadamente, cinco centímetros cúbicos de semen.

La seductora liberó y cerró su boca para correr hacia el *cuarto de baño* donde vertiría, en uno de los tubos de ensayos que guardaba en el bolso, el espeso líquido. Retornó a la alcoba y esta vez sí se quitó sus ropas.

Después de una hora de plática política, nuevamente Laurie logró excitar a Bill. Sentada encima de su estómago, se deslizó hacia atrás. Sintió que el falo le rozaba la hendidura de su trasero. Fue cuando se levantó un poco y se lo tragó con su vagina. Los movimientos de la dama eran similares a las ondulaciones de las aguas en mar agitado. La acción sólo duró tres minutos. Para evitar embarazarla, de la blanda cavidad Sade sacó su *pene* antes de *eyacular*.

Los compromisos políticos de Bill lo obligaban a marcharse. A las 11 p. m., numerosas personas lo esperarían en una conocida «casa de festejos» para cenar. Anotó el número telefónico de la dama a quien, a causa de sus múltiples ocupaciones frente a la *Acaldía de «Fornicattores City»*, no volvería a ver.

Transcurrieron treinta años. Bill Sade ya era Presidente de la *Unión de los Estados del Norte* y en su contra se urdía una confabulación de naturaleza *moral*. Vio, asombrado, cómo una mujer de quizá cincuenta y cinco años lo acusaba de haberla violado en el *Secreto de Estado Motel*. A más de doscientos millones de televidentes, revelaba que —después de haber sido abusada por el candidato a la *Alcaldía*— mantuvo vivos los *espermatozoides* de su «victimario». Más tarde, ya doctorada en Medicina (mención «Genética Evolutiva»), con ellos insemiraría algunos *óvulos* de una burra que cuidaba en la finca de su padre.

Logró, inicialmente en una atmósfera cúbica «in vitrio» preparada, reproducir varios *híbridos* con la esperanza de que gobernasen en cada uno de los «Estados de la Unión»: animales con *cabezas humanas* (cuyos rostros eran idénticos al de Sade) y cuerpos de *asnos*. De *centáurico* aspecto, esas criaturas exhibían unos asombrosos *falos* que ella —gustosa y frecuentemente— *chupaba* para calmarles las ansias sexuales. Sin ambages, así lo confesó.

XIII

El fablador y la hermosa policía

El fablador detuvo su automóvil en un lugar de la *Calle 23*, transversal con el *Edificio Central de Medios Universitarios*. A su *máquina de rodamiento*, pronto se aproximó una mujer de la *Policía del Tránsito* (PT) y lo interrogó:

—¿No ve usted la *raya amarilla* en la acera, Señor? De acuerdo con la Ley vigente, indica que no puede estacionarse aquí.

Antes de responder, Ulises Dellmorall Monagas examinó a la dama: llevaba un *traje verde*, una *boina blanca*, un *pito* encadenado al cuello, un revólver (Smith Wilson, calibre 28), un *teléfono celular* y un *rolo* adherido al cinturón. Era una chica de tez blanca, ojos púrpura y hermosa figura.

—Eres una joven muy atractiva —luego de medio minuto y bajándose del vehículo, musitó el infractor.

La *resguardaleyes* se ruborizó. Sin embargo, fingió que no había escuchado. Miró al periodista y le pidió que le mostrara su documentación personal (carnets de «ciudadanía», «propiedad» y de «conducir»).

—No se enfade, *oficial* —cambió Ulises el tono de su voz—: no soy un *forajido*. Soy periodista y trabajo allá, en el *Edificio Central de Medios Universitarios*. Soy una persona decente.

Por instrucciones del alcalde, los «policías de tránsito» podían permitir a los *comunicadores sociales* y *reporteros gráficos* que estacionaran sus carros en zonas «prohibidas»: se presumía que la naturaleza de sus actividades lo exigía.

—Discúlpeme, Señor —luego de advertir que los papeles de Dellmorall Monagas estaban «en orden», expresó la muchacha—. Le sugiero que coloque un «aviso» en el parabrisas que diga *Prensa* o *Periodista*.

Ese primer encuentro entre Ulises y la *policía* los afectó. Durante todo el día, mientras trabajaban, ambos pensaron el uno en el otro. Al siguiente día, casi a la misma hora, se toparon de nuevo en la *Calle 23*. En esa ocasión, Dellmorall Monagas descendió de su auto y le obsequió un ramo de flores:

—Estás más hermosa que ayer —le dijo—. Estoy conmovido por tus encantos, *oficial*…

La *funcionaria* bajó la mirada y recibió, atemorizada, el regalo.

—En la Comandancia de Tránsito me llamarán la atención —murmuró.

A exceso de velocidad, de repente un conductor pasó y casi los atropella. Con fuerza, la *mujellera* (cuyo nombre era Rosalba Antúnez Ovejuna) pitó al desconocido. El incidente interrumpió el segundo contacto entre ambos. Ulises fue a su oficina y ella caminó hacia el infractor, a quien multaría.

Transcurrieron los días y entre ellos se estableció una relación más profunda. Planearon experimentar un encuentro íntimo y se citaron a un hotel, en «las afueras» de la *urbe*. El *periodista* le

rogó a la chica que acudiera uniformada y con su equipo de trabajo. La *policía* lo satisfizo.

En la habitación, después de ardientes besos, Ulises se desnudó. A Rosalba sólo le quitó el *verdeoliva* pantalón. Ni siquiera permitió que se quitara el arma, el rolo y el pito.

—Siempre anhelé fornicar con una mujer policía, una monja y una muerta —dilucidó—. Por favor: te suplico que me comprendas…

La *funcionaria*, que era una profesional inteligente y desprejuiciada, comenzó a dirigir el coito a *pitazos*. «Muévete hacia la izquierda», «hacia la derecha», «hacia adelante», «¡detente!» —sucesivamente, indicaba con las manos—. Cuando quiso acariciarle a Ulises el trasero con el *rolo*, el hombre reaccionó.

—No utilices el rolo: acaso, ¿estás loca? —gritó.

En ese instante a ella le sobrevino un *orgasmo* y *pitó* tan fuerte que enloqueció al *periodista*. Él sacó su *falo*, que ya expelía semen, y le dio un puñetazo en la cara a la bella mujer policía. Rosalba reaccionó de inmediato: con su arma de reglamento, le apuntó en dirección a los testículos y disparó dos veces el enorme revólver.

XIV

La traducción

Nacido durante el invierno de 1952, J. Bardus recibió una carta en cuyas líneas (escritas de modo conspicuo) se le anunciaba la aparición de su cortísima novela llamada *Loufoque*.

Una institución que precipita la fobia en los impacientes, en Venezuela denominada *Instituto Postal Telegráfico*, puso en sus manos el mensaje con un atraso de siete meses. Es decir: durante igual número de *agrupadías*, el citado libro estaba en las mejores tiendas especializadas de *París*.

Bardus no conocía Francia. Sólo parcialmente recorría su nación: solía visitar *Caracas, Barquisimeto, Mérida*. Había aprendido, al final de su infancia, el *Inglés*. Pero, ya inmerso en el Español, incomparablemente hermoso, olvidaba la pronunciación y gramática de la única lengua auténticamente universal.

—Mi libro más reciente, *Chiflado*, ha sido publicado en Francia —le dijo a su editor personal —. Esta carta lo advierte.

—Déjame leerla —rogó el otro.

Aquella breve novela mostraba la vida de quien, con cierta inconsciencia, tuvo el *Don de la Prognosis*. Si mal no preciso, en sus páginas Bardus (el protagonista) culminaba en el suicidio tras quedar atrapado en un devenir que —de facto— vivía.

No me ocuparé de contar al lector, profanamente, tan apreciada ficción. Pero, si le esclareceré que Bardus empezó a recibir centenares de cartas. Sus admiradoras y seguidores le confesaban el impacto que provocó en ellos y ellas el lisiado que logró desarrollar un poder mental extramuros.

Presa del estupor, Bardus escribió a la *Editorial Contour* de París. Junto a la protesta manuscrita, devolvía cinco mil próceres impresos en dólares que recibió por «Derechos de Autor».

La razón era obvia: *Loufoque* fue mal traducida, al extremo de transformarse en una historia inimaginada por él.

La empresa le respondió con un *correo electrónico* formulándole explicaciones y disculpándose, aparte de darle la dirección de El Traductor. De inmediato, Bardus envió una misiva *internetiana* al hombre:

> Mérida, Venezuela, Abril de 1983
> Señor *El Traductor*
> [**traductor@hotmail.com**]
> *«Usted, despreciable señor, se ha burlado de mi reputación. Logró que la Editorial Contour publicase una novela que no es la mía. Usó, fraudulentamente, mis apellidos y nombre para difundir su propia historia. Aparte de cobarde, es un reptil».*

Antes de recibir cualquier contestación de El Traductor, el escritor fue notificado (mediante el diario *El Nacional*) que *Loufoque* obtuvo el *Premio Casa de los Imbéciles*: el más codiciado reconocimiento literario de Europa.

XV

La perversa

Luego de discutir fuertemente con su hermano Antonio por la herencia de su recién fallecido padre, Virginia buscó a un ex funcionario de la *Policía Científica* (experto en *balimetría*, destituido por «corrupto») para que la asesorara en el manejo de una pistola automática.

Ella le preguntó cómo podía lograr que una bala rebotase en una pared y se dirigiese, con exactitud, hacia determinado lugar. Al hombre le extrañó la interrogante y, por ello, le pidió dinero extra por informarle y adiestrarla.

Por un lapso de tres meses, fue entrenada para que utilizara, con destreza, el arma [marca *Anderson*, de fabricación norteamericana] que su extinto ascendiente guardaba en el escritorio de su *despacho jurídico* residencial.

Un sábado organizó una «parrillada» en la casa paterna, que ocupaba con Antonio. Invitó a todas sus tías, tíos, primas y primos. A su hermano lo convenció, con actitudes que reflejaban un falso cariño, para que estuviese presente.

Durante la realización de la fiesta, cuando todos sus familiares se hallaban un poco ebrios, extrajo la *Anderson* y juguetonamente anunció que asistía —por divertimento— a uno de los clubes de tiro de la ciudad.

—¡Que dispare la prima, que lo haga ya y derribe a un pájaro! —coreaban algunos de los invitados.

Virginia movió rápidamente su mano derecha, con la cual empuñaba la pistola, y se escuchó una fortísima detonación. La bala chocó contra uno de los macizos bloques de la pared del traspatio. Antonio, que bebía una cerveza junto a una de sus primas, de pie y bajo un árbol de aguacate, *cayó abatido*.

XVI

La perezosa

Nada hizo Elatus que, en nuestra realidad y tiempo, no formara parte de su rutina hogareña: se levantó [6 a. m.], preparó café, leche en polvo, horneó envueltos de trigo con queso y leyó varias páginas de un libro de *Filosofía*.

Al cabo de tres horas, emplazó a Fallax [su compañera] para que despertara, comiera envueltos de trigo e ingiriera [con leche] la correspondiente píldora *antivástago* de cada mañana. Pero, ella no reaccionó.

Al mediodía, Elatus preparó arroz y pollo a la plancha. Cuando estuvo listo y en voz baja, instó a Fallax —de nuevo— a incorporarse en la cama. Le dijo que le traería el almuerzo. Empero, ni siquiera parpadeó. Se mantuvo casi completamente oculta [era habitual en ella] bajo la cobija.

Al oscurecer, otra vez el joven hombre intentó —en vano— despertar a la chica. Él decidió comer lo sobrante del almuerzo y fue a dormir junto a ella, a quien palpó helada. El cansancio lo abatió. Soñó que trabajaba en un viñedo, como catador, y libaba similar a un dipsomaníaco.

Transcurrió la noche y Elatus abrió sus ojos a la hora exacta. El hedor que expelía el *Ser Físico* de Fallax era insoportable, pero le restó importancia. Realizó su rutina. Esta vez, trató de quitarle la cobija y la vio hinchada. Numerosos gusanos salían de sus visibles y pestilentes entrañas.

Algunos vecinos tocaron el timbre de su apartamento, interrumpiéndolo. Elatus abrió, diligente, y, cortésmente, les preguntó qué deseaban.

—De su apartamento sale un olor nauseabundo, Señor Propietario —le informó el Presidente de la *Junta de Condominio*—. ¿Tiene usted exceso de basura acumulada en el interior?

—Nada importante, Jefe —respondió—. «*El concubinato o matrimonio es el acuerdo íntimo entre un hombre y otro, una mujer y otra, o un varón y una hembra: para compartir gastos, malos humores y hedores en el lecho donde conviven*».

XVII

Cabezas parabólicas

En un inmenso y suspendido puente, donde decenas de familias se divertían lanzando piedras hacia las olas de un mar agitado y plagado de tiburones, apareció un hombre acompañado de un grupo de liceístas. Empuñaba una *hoz* en cada mano.

Sin pronunciar palabras, hábilmente le segó las cabezas a los veinte adolescentes de los cuales era responsable. A causa del sudor que —a chorros— emanaba su cuerpo, despertó encadenado a una cama de hospital.

—Ayer decapitó a todos sus alumnos del Tercer Año de Bachillerato —murmuró la enfermera que cumplió la guardia nocturna a su reemplazo de la mañana—. Durante una clase de *Ecología* que recibían en el *Viaducto de las Orquídeas*, lo hizo. Luego lanzó las cabezas al mar e implantó antenas parabólicas a los cuerpos, que dijo haber alevosamente fabricado en su casa.

—Pero ¿con qué propósito cometió esos abominables crímenes? —perpleja, interrogó la recién llegada.

—*El nacimiento del Genio comienza con la abolición de la Ética* —las interrumpió un psiquiatra que irrumpió en el recinto, encargado por la Dirección del Hospital para evaluar al docente.

XVIII

El asiático

Stu Sumito, de origen chino, viudo y dueño de un supermercado, dejó de administrar su negocio y delegó esa responsabilidad al esposo de su única hija: Exequiel, venezolano de nacimiento e instruido en *Inglaterra*.

Debido a su *misantropía*, nadie lo soportaba. Ocupaba una lujosa y aislada casa de su propiedad: situada al borde de una espaciosa autopista. Cada vez que llegaba el cartero, se imaginaba que había fallecido un hermano o tío en su país. Pero, en vez de misivas con malas noticias, siempre recibía facturas por los servicios básicos de la residencia [de luz, agua, teléfono, combustible].

Cuando sonaba alguno de sus teléfonos [el alámbrico o celular], le sobrevenían taquicardias: creía que le sería anunciada la muerte de su hija o nieto y se quedaría sin familia.

—Padre amado, temo que estés padeciendo *sicosis* —preocupada, le dijo su hija Shiu durante una fugaz visita—. Ve a consulta médica. En la ciudad hay magníficos especialistas en *Psiquiatría*.

El viejo rehusaba cualquier tratamiento médico. Su existencia prosiguió idéntica: imaginándose que un pariente moría y que, de súbito, se lo notificaban mediante una misiva o una llamada telefónica.

Una mañana escuchó el ruido de dos autos distintos y se asomó por uno de los ventanales. Captó las máquinas de rodamiento. Una era la de Shiu. De la otra, negra y larga, similar a las empleadas en los *cortejos fúnebres*, descendieron cuatro hombres. De la espaciosa cochera sacaron un féretro.

XIX

El heredero

Empobrecido, un ex-gerente de institución bancaria [acostumbrado a la «buena vida»] se vio repentinamente durmiendo en una zona boscosa adyacente a una pujante capital.

Se bañaba en un riacho, defecaba entre los matorrales y se alimentaba de cuanto podía atrapar con sus manos [ratones, gusanos e iguanas].

Encendía una fogata y, sobre un pedazo de carrocería de vehículo, cocinaba lo que cazaba].

Aun cuando rehusaba ir al *Centro Público de Correos* [CPC], para que ningún conocido lo descubriera en situación de miseria extrema, en ocasiones lo hacía.

Todavía mantenía su apartado postal.

Una tarde lluviosa fue y halló, en su casilla, un notariado documento. Se trataba de la notificación de una herencia, que, presuroso, leyó:

> En este día, fecha y hora.
> República Imperial
> [*Ciudad Capital Suprema*]
> Notaría Principal
> Señor German De Ars,
> [*Con el registro de la Cédula de Identidad*]
>
> En horas de Despacho del día y la hora que este documento registra en el encabezado, su tío Nicolás De Ars, aun vivo, firmó el legado de una herencia para usted, bajo las condiciones que se enumeran:
>
> 1. El primer millón de *próceres imperiales* le será desembolsado, en el *Banco Transnacional*, sólo si se amputa las dos piernas en presencia de testigos enviados por la institución financiera.
> 2. Si hubiere cumplido con lo dispuesto en el «Numeral Primero», la mencionada institución bancaria tiene el mandato de desembolsar a su favor la cantidad adicional de dos millones de *próceres imperiales*: irrecusablemente, a cambio de que se ampute ambos brazos en presencia de testigos enviados por la institución financiera
> 3. Una vez que mi amado sobrino Germán De Ars haya cumplido con lo establecido en el «Numeral Segundo», deberá extirparse los ojos. Recibiría, a cambio, los tres últimos millones que le he condicionalmente depositado.

Germán, que portaba un maletín, guardó la propuesta. Al salir del *Centro Público de Correos*, se topó con un viejo amigo. Le rogó que le diera —en calidad de «préstamo»— dos mil *próceres imperiales*.

Al recibir el dinero, se disculpó por despedirse de prisa y caminó hacia una oficina de comunicaciones. Se introdujo en una de las cabinas e hizo una llamada telefónica.

Días más tarde, la *Policía Imperial* encontró, en una lujosa residencia de una urbanización exclusiva para gente pudiente, un pedazo de hombre: le faltaban los brazos, las piernas, los ojos y el cerebro.

XX

Escatófagos

Aleph, prometido de Daleh, temprano lo supo: quien pronto sería su esposa deseaba mantenerse inamovible en una cama, en posición rigurosamente *horizontal* [«por principios», según ella].

—Acepto que nos casemos, pero ya estás informado sobre mi mayor propósito existencial —le dijo ella la víspera de la boda—. En nuestra alcoba, anexa a la cama, debes colocar una mesa llena de frascos con huevos de codornices «a la vinagreta», un barril de vino tinto y un envase grande de agua mineral. No harás lo que mi anterior y fugaz compañero, quien afirmaba que me amaba: pero terminó abandonándome antes de que cumpliésemos la primera semana de matrimonio.

Pasaban los días de la «luna de miel» y ninguno quería levantarse de la cama: ni para ducharse, orinar, excretar o preparar alimentos. Sólo consumían los huevos «a la vinagreta», el vino y agua que podían alcanzar fácilmente. La *horizontalidad* parecía un principio inquebrantable.

Al cabo de una semana, a causa de la inevitable expulsión de materia fecal y orines sobre el colchón, comenzaron a ser hostigados por mosquitos, moscas, cucarachas y gusanos.

—Levántate, Aleph —le suplicó la mujer—. Luego aseas el piso, te bañas y te pones ropa para salir. Quiero que vayas a un almacén para que compres un colchón nuevo. Y víveres en el supermercado de los chinos.

—No haré lo que me pides, porque adhiero al *Principio de Horizontalidad* que me enseñaste —expresó el esposo, sin mover siquiera las manos.

—Pero, mi amor: nos pudriremos. Además, nos arriesgamos a morir de sed o inanición. Se agotan las provisiones.

—Lo siento, Daleh: no puedo violentar los pactos prenupciales.

—Nos devorarán los gusanos, las cucarachas y ratas. Además, no soporto tanta pestilencia.

—En hedores comulgan los seres humanos con los irracionales. Seremos útiles para las alimañas come carroña y heces, que son especies superiores a la nuestra.

—Eres un cínico, loco y estúpido.

Con una sierra portátil, un plumífero hombre abrió un boquete a la metálica puerta principal de la residencia. Lo acompañaban diez criaturas más, idénticas: brazos y piernas emplumadas, cabeza de cuervo.

Al verlos dentro de la alcoba, Daleh gritó aterrada: «¡nos atacan unos monstruos!».

—Despídete del mundo, son *Escatófagos* —con voz apagada y resignado a ser devorado, la corrigió Aleph.

XXI

Pelota de fútbol

—Has vivido casi un siglo, padre mío —musitó Europa Samuelle—. Hoy cumplo cincuenta y me aterra pensar en el fututo, en el tiempo indeterminado que tendré que vivir: en los innumerables problemas que podría afrontar y que ignoro si estoy preparado para resolver.

—Pareces pedirme que te aconseje, muchacho —balbuceó el viejo Lion Samuelle—. Yo no tengo mundo: ni nadie que lo presuma…

En la Maternidad Divino Sendero un bebé recién nacido pedía leche a su madre quien, con lágrimas en los ojos, le besó la frente mientras le prometía:

—Te criaré y cuidaré como una madre y como el padre que no conocerás porque me ha abandonado.

—No fui, soy ni seré —pronunció la criatura, provocándole estupor cuando lo amamantaba.

En compañía de una enfermera, el médico de guardia se presentó ante la mujer para examinarla. Ella, todavía un poco ofuscada y con voz entrecortada, le reveló:

—El bebé me habló, doctor. Me asusté muchísimo.

Médico y enfermera se miraron antes de que él, en actitud recia, le informara:

—No le extraje un bebé, señora. Fue una pelota de fútbol. Me pregunto cómo pudo tragarse algo tan voluminoso o introducírselo en su vientre. Antes de practicarle la cesárea, usted no tenía marcas de cortes con bisturí. No había sido quirúrgicamente intervenida.

—¿Qué pretende que yo piense? ¿Dónde está esa pelota?

—La confiscaron los funcionarios de la Policía Antidrogas [PAD], quienes la obligarán a explicar la procedencia de la cocaína.

En la Maternidad Divino Sendero un bebé recién nacido pedía leche a su madre quien, con lágrimas en los ojos, le besó la frente mientras le prometía: «Tu nombre será Europa. Contigo ganaré mucho dinero, como un jugador del Mundial de Fútbol».

Europa indagó dónde vivía su progenitor. Cuando supo que era un ermitaño y propietario de una apartada cabaña al pie de una de las más altas montañas, lo visitó. Se identificó, ulterior a lo cual le platicó:

—Has vivido casi un siglo, padre mío. Hoy cumplo cincuenta y me aterra pensar en el futuro, en el tiempo indeterminado que tendré que vivir: en los innumerables problemas que podría afrontar y que ignoro si estoy preparado para resolver.

[…] «Pareces pedirme que te aconseje, muchacho» —balbuceó el viejo Lion Samuelle—. […] «Yo no tengo mundo: ni nadie que lo presuma…».

Se abrazaron fuertemente. Luego Lion extendió una porción de polvo blanco a Europa e inhalaron.

—Cierto: ninguno lo tiene. «Nada es fuera de nuestra imaginación».



La Señora de Samuelle mira el cielo a través de la ventanilla de su celda. Sabe que su confinamiento se prolongará hasta su escisión física, que Principio y Fin son sensaciones. No fue, es ni será.

XXII

La Tierra es una tubería

Después del nacimiento de Jesucristo, los astrónomos del mundo aceptaron la Tesis de la Redondez de la Tierra. Empero, durante la realización de un congreso internacional, intervino el polémico Alex Samper y aseveró:

—Es cilíndrica, colegas: la Tierra es idéntica a una tubería de las utilizadas para la instalación y empotramiento de las redes cloacales en los poblados.

Todos los asistentes se levantaron de sus sillas, enfurecidos.

—¡Bajen del podium a ese charlatán! —exclamaban los presentes cuando fueron sorprendidos por un gigantesco chorro de materia fecal y orines que, fortísimo, los arrastró vertiéndolos hacia el firmamento.

XXIII

Fiscal de Familia

El abogado y Fiscal de Familia Humberto Tabasco recibió a un anciano que lucía presa de un incesante hipo.

—¿Qué puedo hacer por usted, ciudadano? —le preguntó.

—He venido a denunciar que mi esposa, de diecisiete años, me abandonó embarazado —respondió el personaje, que se identificó como el ingeniero Ted Becerráfero—. Le solicito que se avoque al problema para que mi cónyuge asuma la maternidad del bebé cuyo nacimiento está «en ciernes».

Tabasco observó que, realmente, el hombre tenía muy abultado el vientre. Le captó el hinchado ombligo por una abertura de la camisa, a la cual le faltaban dos botones.

—En esta institución no podemos resolverle ese problema —enfatizó el funcionario—. Acuda a un tribunal y consulte su caso con un juez.

—No sea indolente, Fiscal: usted tiene el deber de ubicar y citar a mi esposa para que afronte la situación…

Atribulado, Humberto Tabasco activó su intercomunicador y pidió que se presentase un guardia. Afuera, siempre permanecían varios. Rápido, uno de ellos entró.

El Fiscal le ordenó que sacara al ingeniero de su Despacho y lo trasladara el Hospital Materno Infante.

—No permitiré un nacimiento en mi oficina —nervioso, repetía—. El Señor «rompió fuente». Sería riesgoso y desagradable que pariera aquí…

Se llevaron al hombre, quien había empapado el piso con un líquido amarillento que olía a cebada corrompida. El abogado llamó a la bedel de la Fiscalía para que aseara el sitio. La mujer no tardó en llegar. Escrutó, olfateó y palpó la sustancia, para luego decir:

—Alguien vomitó cerveza aquí, Jefe.

XXIV

El médico forense

Alba mediante, cuando llegó a la oficina para cumplir con sus obligaciones, el Médico Forense supo que ese día lo convertirían en cenizas en el Horno Crematorio del centro hospitalario al cual estaba adscrito. En la cartelera informativa del espacioso recinto, con su firma ilegible, fue publicada su Acta de Defunción.

XXV

La clase magistral

—Nada es la Naturaleza sin la intervención antecedente de los sentidos —pontificó Ínfulas Lacátedra—. El Hombre no devino previa evolución de la Materia Orgánica Cósmica, sino ulterior a la Fenomenología de la Imaginación y la Palabra.

Luego de leer el transcripto liminar de su Clase Magistral, ponencia que sería una especie de salutación a quienes habían exitosamente culminado el Doctorado en Filosofía de la Porcus University, el profesor Ínfulas se quitó los anteojos y comprobó que —excepto él— nadie ocupaba el Paraninfo.

XXVI

Desacato

El Presidente Eurípides Lorenzo firmó y selló la orden de su propia ejecución, la cual debía realizarse en el «Patio Verde» del Palacio de Gobierno.

Para llamar a su Edecán Principal, apretó uno de los minúsculos puntos del Teclado Digital de Control Maestro que tenía en el escritorio. Un minuto después, se presentó el Coronel Estacio Dupuy.

El uniformado recibió la misiva:

—Infórmele a los ministros respecto al contenido de ese documento, Edecán —fue la única frase que pronunció el General Lorenzo.

Nervioso, el subalterno salió de la oficina con el texto. Cerró, cuidadoso, la puerta. Caminó, marcialmente, y se detuvo a tres metros de distancia del Despacho Presidencial para leerlo. Palideció.

Rápido, se dirigió hacia la Sala de Reuniones Ejecutivas: ahí, diez ministros esperaban que el General Eurípides Lorenzo se incorporara a la Junta Semanal. Pero, el Presidente no se apersonó. En su lugar, llegó Estacio Dupuy: tomó asiento y le pasó la carta al Ministro de la Justicia, quien, rápido, se la dio a otro de sus colegas. Cada uno de los miembros del Poder Ejecutivo la tuvo en sus manos, pero nadie se atrevía a comentar lo que enunciaba. Sabían que los edictos que promulgaba el Jefe de Estado eran «irrecusables» y de inmediato cumplimiento.

Visto que transcurrió una hora sin que fuese buscado para ser trasladado al lugar de su fusilamiento, el General irrumpió en el Salón de Reuniones Ejecutivas con un pelotón de veinte reclutas de la Guardia de Honor.

Observó a sus colaboradores quienes, confundidos, no podían sostenerle la mirada.

—¡Atención, soldados! —gritó, sorpresivamente, el mandatario.

—¡Armas al hombro, apunten…!

La tensión en el recinto era extrema cuando los jóvenes escucharon, con claridad, que dispararan.

—¡En nuestra Fuerza Armada Nacional, el Juramento de «Obediencia Debida» es irrevertible, mi admirado pelotón! —repetía, obsesivo, el Presidente cuando se acercaba a los ministros para darles el «tiro de gracia» en las sienes.

XXVII

La médica misericordiosa

Numerosas personas entraban y salían de la Pizzería «Vista hermosa» cuando un desconocido, malvestido y pestilente, se aproximó a la mesa donde Edmundo y su novia Esmeralda bebían —plácidamente— cervezas para mitigar el excesivo calor que los ofuscaba.

—Señor y Señorita, apiádense de mi —dijo el pútrido individuo, tez arcillosa y enclenque, desde dos metros de distancia de la pareja y reverenció—. Observen mi mano izquierda, por favor: está engangrenada. Mañana me la amputarán, según decisión del médico que me atiende en el hospital y que me «permisó» para pedir dinero en la calle. Lo necesito para pagarle al cirujano y comprar los costosos antibióticos que me «recipetará».

Esmeralda frunció el entrecejo, se levantó de la cómoda butaca donde se había apostado y abrió su bolso. Rápido, extrajo de su interior una filosa hacha. Caminó hacia el estupefacto intruso y ejecutó un fuerte movimiento marcial mediante el cual le segó la mano.

—Ahora estás en deuda con mi novia, también galena, empero misericordiosa —le advirtió Edmundo al abatido que, aparencialmente presa de un intenso dolor, se retorcía en el piso. Vete, de prisa, antes que ella de nuevo se exaspere y prosiga su misericordiosa tarea.

El hombre se incorporó y corrió con rumbo impreciso, entre asombrados curiosos que veían cómo el resto de su bien maquillada prótesis se desprendía de su hombro.

XXVIII

Mi machete no perdona

Pieslargo Casalta apuntaba con un machete la cabeza de un rubio joven que, minutos antes, pretendió arrebatarle una computadora portátil bajo amenaza de cuchillo a la entrada del edificio donde ocupaba un apartamento. Había llevado oculta el arma bajo su axila izquierda, envuelta en un periódico que recién compró en un quiosco.

Arrodillado, el frustrado forajido suplicaba a Casalta que no lo hiriera o asesinara con el machete.

—Mi nombre es Juan Santiago. Vivo en aquella humilde casucha de bahareque, color azul, que puede percibirse en lo alto de esa montaña. No tengo trabajo, ni dinero, pero si tres hijos a quienes alimentar —musitó, aterrado, el frustrado atacante—. Ninguna rencilla personal contra usted guardo. No lo conozco, ni usted a mi. Perdóneme, me desespera que mis tres muchachos estén enfermos y desnutridos… Atraco impulsado por una «obligación paternal suprema». Lo que a usted sobra a mi familia salvaría.

—Una de tus mitades adornará mi residencia y la otra saciará el hambre de tus vástagos, miserable, porque mi machete no perdona y tiene urgencia de probarme que es imprescindible en mi vida —le notificó Pieslargo—. Así como admito por lícita tu prisa para hacerme entender que te mueven razones de «fuerza mayor», entiende los motivos por los cuales apuro que hoy tu mujer y descendientes se alimenten…

La mañana de ese domingo nadie, excepto una señora y tres nerviosos infantes que esperaban en una de las esquina, presenciaron la diestra ejecución del atracador.

XXIX

La criatura ramacefálica

—Entranfe, la praxis personal de la violencia es la máxima afirmación de la Naturaleza Humana —formuló El Ajusticiador a su víctima, cuando la tenía en decúbito—. Empero, para ti es, en este instante, una de las causas por las cuales se puede morir bajo protesta. Te vejo persuadido, filosóficamente, que gentuza como tu (racial, intelectual y económicamente inferior a quienes gobernamos) no merece estar en la este mundo. Mediante la violencia nosotros logramos el poder del mando político, religioso y financiero de nuestra república y por virtud de ella le conferimos dignidad. Tomo venganza contra tu hoy indefensa raza porque en el pasado la mía fue igualmente vejada.

La mujer, de origen caucásico, estaba desnuda y aterrada. Su blanquísima tez contrastaba con la piel notablemente obscura de El Ajusticiador que le había sometido con la punta de una lanza de fabricación rústica.

—Si planea tomarme sexualmente, Señor, quíteme primero la vida —le rogó la chica al victimario—. Ya muerta, usted lograría falotrarme pero no estaría violándome. Quedaría moralmente absuelto y yo no tendría que experimentar, ahora, la más cruel de las humillaciones.

El indivisible empujó fuertemente su puntiaguda lanza y la encarnó en la espalda de la dama, para atravesar e inmovilizar su cuerpo. Luego procedió a violarla con algo que pendía de su entrepierna, más parecido a un enorme hongo que al pene de un hombre.

El Ajusticiador la creyó muerta y partió de lugar, dejándola estacada contra la arcillosa tierra, al pie de un promontorio de rocas. Minutos después, a ella le sobrevinieron los dolores de parto y eyectó una criatura ramacefálica.



XXX

El debate

En Costa de los Cisnes, estaban en ciernes las elecciones presidenciales. Finalmente, entre un centenar de postulados para conducir al país, quedaron dos: Josué Mieres (del partido Alianza Civilizadora) y Jhavé Sierralta (del grupo político Acción Soberana).

La Asociación Nacional de Medios de Comunicación les propuso un debate televisivo e informático, que fuese difundido también por todas las radioemisoras y empresas multimedia. Ambos aceptaron.

Llegó el momento del «gran debate». El gobierno decretó «día de asueto nacional general» en la república. Al mediodía, exactamente, inició la discusión entre los candidatos presidenciales bajo el arbitraje de un moderador que vestía un manteo. Por consenso entre ambos contendientes, Josué Mieres iniciaría su parlamento que no debía exceder el minuto:

—Mi proyecto gubernamental tiene siete fundamentales (propósitos) vertientes —rigurosamente trajeado de negro y sin ambages, expuso—: Creación Masiva de Empleos, Comedores Populares, Prevención de Crímenes, Respeto por los Derechos Humanos, Educación y Salud eficientes.

—Mi plan de gobierno proyecta repartir, gratuitamente, pertrechos bélicos —en tono amenazante, replicó Jhavé Sierralta, que lucía botas, camisa y pantalón verdeamarillos y empuñaba una pistola automática—: modernas y letales armas de guerra, municiones, uniformes militares. También construiré, en cada ciudad de más de quinientos mil habitantes, hornos crematorios para incinerar a quienes se opongan a mis ideales.

Indignado por la propuesta gubernamental de su rival, Mieres declaró que no continuaría el debate con alguien que se presentaba insólitamente armado y cuyas palabras eran las de un desquiciado.

Cuando salió de la central de televisión, vio las calles plagadas de cadáveres: tanquetas blindadas y numerosos civiles encapuchados que blandían fusiles.

—Gobierna el corajudo que acecha y arrebata, impone y ordena mediante la fuerza intimidadora —en el umbral del establecimiento televisivo, le advirtió uno de los milicianos—. En cambio, quien debate siempre concede que podría no tener la razón.

Ulterior a su discernimiento, procedió a ejecutar al candidato de la Alianza Civilizadora.

—No vine aquí a participar en la simulación de un debate espurio ni a discutir con difuntos —dilucidó Jhavé Sierralta, quien se había mantenido en el podium frente a las cámaras de televisión—. […] Tampoco a elogiar la convocatoria de elecciones presidenciales, porque en mi nombre y por mi voluntad mi arma y las de mis seguidores deciden…



XXXI

Príncipe seductor

París Uribe, seducida por el recién llegado Príncipe Juan de Fosilpaís, quiso ser soberbiamente sincera con quien rápido le pidió falotrarla.

Primero se quitó la blusa, empero, antes de hacerlo, le dijo al eminente joven:

—Le advierto que tengo purulentas llagas en mis mamas…

Seguidamente, mientras se despojaba de su sensual y ajustadísima falda, reveló al Príncipe que padecía de sífilis y que tenía visibles varios chancros.

El fosilpaisiano, quien se había mantenido callado, la observó morbosamente acomodarse en una de las camas de la suite con las piernas explayadas. Apretándose sus senos con ambas manos para darles una excitante apariencia, lo desafiaba.

La dama Uribe reía alocadamente y él, exento de su dentadura, también pretendió carcajearse y comenzó a desvestirse. Cuando estuvo igual desnudo, ella descubrió que su seductor tenía prótesis por brazos y piernas. Además, una gruesa, larga y oxidada cabilla por pene.

—Desde mi pubertad, me jactaba de no temerle a las mujeres y perdí mi miembro original —al fin habló el adinerado visitante—. Tampoco me asustaba ir al odontólogo ni sacar los brazos por las ventanas de las máquinas de rodamiento.

XXXII

Ajuste de Cuentas

Ambos hombres sentaron sus cuerpos en la esquina de la calle 7 con la avenida principal. El veraniego sol castigaba y pocos transeúntes caminaban en derredor. A uno de ellos, «El Corvo», lo flanqueaba su hermano de diez años. El otro, apodado cariñosamente «Turroncito», se había presentado con una bolsa plástica, negra, y mantenía su mano derecha en el interior de ella:

—¿Crees que no recuperaré lo que te he vendido sin recibir la paga prometida? —interrogó a «El Corvo».

El fortísimo estrépito, similar al producido por los transformadores de energía de los postes de alumbrado público, fue seguido por el desprendimiento y diseminación total de las partes encefálicas y «dediles» que contenían dopamina. «Turroncito» corrió velozmente hacia el río, sin voltear su mirada atrás ni soltar la negra y plástica bolsa.

El hermano de «El Corvo» convocó a sus numerosos amiguitos vecinos que, jubilosos, recogían del pavimento los «dediles» para inhalar, desesperados, el polvillo que contenían.

XXXIII

Lesivos

La Corte Internacional de Naciones, cuya sede cambiaba cada año de país, fue esa vez convocada por la República de Huestes. Tres generales, acusados de «Crímenes Lesivos la Humanidad», eran llevados a juicio. Quienes conformaban el importante Tribunal ordenaron a un funcionario judicial que leyese las expresiones que cada uno de los señalados tuvo como slogan, durante cada uno de sus períodos de mando en sus respectivas naciones.

El relator designado se colocó frente a los maleantes de la política, que sentados y atados a tres sillas ostentaban extremo temor. Detrás estaban las «escabinadas», de igual número y procedentes de los países donde (según actos conclusivos) se habían cometido las gravísimas violaciones a los Derechos Humanos. Fuera del Tribunal esperaban, hambrientos de muerte, distintos grupos de linchadores profesionales.

Con endurecido rostro, el funcionario judicial explicó que El «Comandante» Octavio gobernó durante ocho años, y solía expresar el siguiente lema:

[…] «Si amas a los desposeídos, apresúrate a matar a los niños: evitarás que en el futuro se alisten en regimientos capaces de subvertir nuestro mando, representativo del pueblo redimido».

Luego el relator indicó que el «Comandante» Gustavo ejerció el poder por siete años y difundía lo que transcribo:

[…] «Si amas la paz del liberado pueblo, aborta hoy la idea según la cual antes de dos décadas los niños conformen ejércitos rebeldes. La patria nació primero que nuestros descendientes».

Prosiguió con su parlamento para formular que el último de los acusados, el «Comandante» Alberto, solía difundir esto:

[…] «De prisa y sanguinariamente, abate sin excepciones a los recién nacidos: porque mañana podrían atentar contra la estabilidad del gobierno de quienes fuimos humillados. También a los intelectuales, maestros, docentes universitarios y obreros que luzcan opositores».

Conforme al Código Penal Internacional, a los tres se les permitió decir algo «en descargo» de sus culpas o «en su defensa» (pero no se les permitió ser representados por legos de la justicia).

El relator otorgó el «Derecho de la Palabra» a Octavio:

—Nada hice que no fuere por los marginados de mi país. Si mi espada se manchó de sangre, mi conciencia se plagó de gloria. Deben absolverme.

Ahora, escuchen al «Comandante Gustavo»:

—Mi patria exigía que yo extirpara, mediante mis soldados, a esas criaturitas de nuestra especie porque son tumoraciones malignas en plena gestación. Si ustedes me condenan, estarían contraviniendo que fui inspirado por las ansias de libertad del vulgo soberano que me dio licencia para actuar con armas letales. Ningún libertador es culpable porque no se guía por su antojo más que por la Soberanía del Pueblo.

Cuando se le concedió su «Derecho a la Defensa», el «Comandante Alberto» rehusó pronunciar palabras. Sacó su «Chequera Infinita», emitida por el Imperial and Universal Bank y firmó tantos recibos como países integraban la Corte Internacional de Naciones. Se los entregó al relator, para que anunciase su distribución correspondiente.

Una de las «escabinadas», en representación de las juradas, procedió a sentenciar sólo a Octavio y Gustavo. Respecto a Hugo, expuso:

[…] «Humilla a un hombre su condición de pobre, pero, el poder del mando en perjuicio de la política y el presupuesto de su país que pudiera con artificios merecer, y su capacidad extorsiva sobre las naciones amigas, lo convierten en una letal arma al servicio de quienes padecen penuria. Nada es ni será sin la Capitulación de la Justicia frente al instrumento del Chantaje». Finalmente, las turbas de linchadores jugaron fútbol con las cabezas de Octavio y Gustavo.

XXXIV

El cangrejo

Encima de la caliente arena, Daath Montaraz no hacía otra cosa que examinarse las pinzas. Sefirá BB estaba frente a él, desnuda, con una crisis de pánico, sin saber cómo auxiliarlo. Buscó el audifonovocal móvil del desconocido y comprobó que no funcionaba.

—No sé qué puedo hacer por usted, señor —ofuscada, infería—. ¿Qué le sucedió? ¿Cómo se ha transformado?

—Vístase, damita linda —le ordenó Montaraz—. Me llevarás a un hospital.

—Su celular está descargado. No puedo pedir ayuda telefónicamente. Además, nadaba cuando perdí mi blusa y pantaleta en el mar.

—Póngase mi pantalón y mi camisa. Ahora soy un decápodo gigante y no me servirán. Detenga la primera máquina de rodamiento que transite por la autopista y lléveme hasta un centro de atención médica.

BB fue hacia la Intercomunal Laruedan «Malkuth», en cuyo hombrillo, con señales de socorro, intentaba parar cualquier automóvil. Exasperada, cruzaba sus brazos y pedía —a gritos— que la auxiliaran. Nadie lo hacía cuando, inesperadamente, divisó un autobús con el nombre de Muladhara Chakra [tenía impreso el nombre que lo identificaba en la parte superior del parabrisas]. Tuvo suerte. Logró que se estacionara.

El chofer descendió. Se acercó a ella e inquirió:

—¿Tiene algún problema, Señorita? ¿Intentó violarla ese payaso?

—No, ni lo piense, Señor, no —corrigió Sefirá—. Ha sufrido una metamorfosis. Lo vi convertirse en un enorme cangrejo. Ayúdeme a trasladarlo a un hospital o centro de atención médica.

El conductor soltó una carcajada. Le importaba un bledo que el incidente, pero la curiosidad lo impulsó a ir donde se hallaba el metamorfo. Lo consiguieron calmado, resignado, clavando sus pinzas en la arena.

Intrigados, los ensuciapuestos del Muladhara Chakra se bajaron y corrieron hacia la playa para averiguar qué había acontecido. Eran, aproximadamente, sesenta personas [más de la mitad, mujeres]. No necesitaron formular preguntas para enterarse de los hechos.

—¿Por qué han abandonado mi vehículo? —irritado, los espetó el chofer—. Regresen allá. La Señorita y yo resolveremos este asunto.

Presas de la risa, todos se desnudaron y se zumbaron al mar. La mayoría venía de una celebración política, porque llevaban franelas alusivas a un reelecto Presidente de Ciudad Tiferet. Los rayos del sol hacían brillas las infinitesimales partículas que conformaban la arena de playa y los desperdicios de metal que los bañistas tiraron junto a sus ropas. Un desconocido, que tenía un portátil equipo de sonido, activó música a máximo volumen.

Varias parejas bailaban y otros nadaban, alegres. Aquello se convirtió en una espectacular fiesta.

Hasta blandían abundantes botellas de Heroica y tabacos de marihuana.

—Mi amigo experimenta una transformación demoníaca mientras aquellos se aturden las mentes con drogas y música —se quejó la BB—. Gozan y enloquecen. ¿Nos llevará al hospital o centro de atención médica?

—No llevaré a este imbécil a ninguna parte, Señorita —respondió el propietario del autobús—. No es culpa suya que se haya transformado en lo que, sin dudas, siempre fue: un monstruo.

—Es un ser humano… Apiádese…

—Lo siento: si fuese usted la persona afectada, yo, sin meditarlo, la habría ayudado. Déjelo en esta playa y retorne a su casa. No es sino un «cangrejo», y debe estar entre su especie.

Daath, que enterraba y desenterraba sus pinzas, rehusaba aceptar su transformación y se negaba a caminar. Se tranquilizó cuando la chica le prodigó abrumadoras caricias. Se sentía muy indignada. Pero el chofer, contrario a ella, se quitó las ropas y fornicó en la orilla con una de las pasajeras. Sin expresar ningún escrúpulo o vergüenza, absolutamente desinhibido como los demás que igual se apareaban eufóricos.

Montaraz y Sefirá permanecían juntos, consolándose, mientras ninguno de los intrusos interrumpía su dionisíaco griterío. Sin embargo, dos horas después les sobrevino el hambre. Dopados, tuvieron la ocurrencia de encender una fogata para cocer a Daath y comérselo. A la BB, que no se apartaba del amigo, le consternó las intenciones de los desalmados: si intentaban ejecutar lo que se proponían, ella no tenía fortaleza física para enfrentárseles.

Los bañistas se repartieron las tareas. Unos fueron por leña y otros al autobús a traer una olla grande que una pasajera compró en la ciudad, para la preparación de sopas a los comensales de su pequeña posada. Pero Montaraz le pidió a Sefirá que se encaramara sobre su caparazón y comenzó a desplazarse, velozmente, hasta perderse de vista.

XXXV

Marihuana

—Mi amigo experimenta una transformación demoníaca mientras aquellos se aturden las mentes con drogas y música —se quejó la BB—. Gozan y enloquecen. ¿Nos llevará al hospital o centro de atención médica?

—No llevaré a este imbécil a ninguna parte, Señorita —respondió el propietario del autobús—. No es culpa suya que se haya transformado en lo que, sin dudas, siempre fue: un monstruo.

—Es un Ser Humano… Apiádase…

—Lo siento: si fuese usted la persona afectada, yo, sin meditarlo, la habría ayudado. Déjelo en esta playa y retorne a su casa. No es sino un «cangrejo», y debe estar entre su especie.

Daath, que enterraba y desenterraba sus pinzas, rehusaba aceptar su transformación y se negaba a caminar. Se tranquilizó cuando la chica le prodigó abrumadoras caricias. Se sentía muy indignada. Pero el chofer, contrario a ella, se quitó las ropas y fornicó en la orilla con una de las pasajeras. Sin expresar ningún escrúpulo o vergüenza, absolutamente desinhibido como los demás que igual se apareaban eufóricos.

Montaraz y Sefirá permanecían juntos, consolándose, mientras ninguno de los intrusos interrumpía su dionisíaco griterío. Sin embargo, dos horas después les sobrevino el hambre. Dopados, tuvieron la ocurrencia de encender una fogata para cocer a Daath y comérselo. A la BB, que no se apartaba del amigo, le consternó las intenciones de los desalmados: si intentaban ejecutar lo que se proponían, ella no tenía fortaleza física para enfrentárseles.

Los bañistas se repartieron las tareas. Unos fueron por leña y otros al autobús a traer una olla grande que una pasajera compró en la ciudad, para la preparación de sopas a los comensales de su pequeña posada. Pero Montaraz le pidió a Sefirá que se encaramara sobre su caparazón y comenzó a desplazarse, velozmente, hasta perderse de vista.

XXXVI

Los edictos

Rita De Lunamayor fue rescatada en la Carretera Intercomarcas por uno de los grupos de Acción Inmediata de la Sociedad Civil [SC] en resistencia, dirigida por profesionales de las distintas disciplinas del conocimiento, y que realizaban permanentes patrullajes por las poblaciones definidas como Kilómetro 10, 20 y 30 de Provincia Liberada 5.

Tenían innumerables seguidores, especialmente obreros de los campos. Vestían harapos y se desplazaban en rústicas [derruidas] máquinas de rodamiento, semejando a productores de fincas pequeñas, para no llamar la atención de los mercenarios del gobierno. Lograban pasar desapercibidos frente a las alcabalas móviles.

Fue llevada a una de las fincas ubicadas en lo recóndito de Montaña de la Fuente de Ríos: con sótanos profusamente dotados de medicamentos, equipos médicos y quirúrgicos. Ahí, en un habitáculo esterilizado y que servía de quirófano, fue operada y alojada durante varios días hasta cuando pudo recuperarse.

En los asentamientos funcionaban, clandestinamente, escuelas para la formación integral de los niños de familias que vivían en resistencia. A los mercenarios, acostumbrados al ejercicio [abusivo] tiránico de la autoridad y las comodidades que ofrecen las ciudades desarrolladas, no les importaba mucho qué sucedía con ese casi nómada y en apariencia desarmado sector de la población.

Una vez por semana, quienes fungían de campesinos [y que eran, en realidad, gente intelectual y tecnológicamente preparada de la Sociedad Civil] iban al Mercado Principal de Ciudad de Fresas a ofrecer sus producción agrícola: papa, yuca, zanahoria, lechuga, pera, manzana, naranja y mandarina.

Los funcionarios de la Fuerza Mercenaria Nacional les cobraban peaje en especies. Pero, en ocasiones les arrebataban parte de sus ganancias. Prácticas de las cuales sabían los comisarios de la Emancipación: todos civilófobos e individuos temibles por su propensión a improvisar juicios callejeros y cometer ejecuciones.

Todavía el «civilofóbico» Gobierno Emancipador estaba en proceso de consolidación: en el curso de un lustro, sus jerarcas no habían podido controlar la totalidad de las actividades de más de cincuenta millones de ciudadanos sometidos con arbitrarios decretos y armas de guerra.

Tratados similar a esclavos, eran marcados —como al ganado vacuno— con sellos calientes de hierro.

Ulterior a una tradicional y libre elección presidencial, el General [en situación de retiro] Ares Paz Fobo obtuvo el triunfo para de inmediato declararse emancipador. Abolió las instituciones que regían al territorio, las elecciones libres y secretas, los partidos políticos y organizaciones religiosas. Caprichosamente, nombró a los miembros de la Asamblea de Representantes de los Ciudadanos [ARC] y los instó a que redactasen una nueva Carta Magna que le daría poderes ilimitados para controlar la República de las Democracias, cuyo nombre no tardó en cambiar por

República Emancipada.

En complicidad con ambiciosos oficiales de la Fuerza Militar Institucional [FMI, de cien años de fundada], realizó una purga de personal, confiscó las armas del Estado y contrató a expertos foráneos para conformar la Fuerza Mercenaria Nacional y —sin estorbos ni detractores— gobernar.

Mediante edictos, Ares Paz Fobo sustituyó la Corte Suprema de la Justicia [CSJ] por el Supremo Tribunal Emancipado [STE, cuyos miembros designaría]. Creó la Defensoría del Pueblo e igual nombró a todos los funcionarios que ahí laborarían. Además, impuso la Pena de Muerte para luego fusilar a quienes se le oponían en la Asamblea de Representantes del Ciudadano. He aquí sus seis primeras resoluciones de carácter despótico:

No. 1
[Con la fecha]
República de las Democracias, en su nombre:
Quedan abolidas la Constitución y Leyes de la República de las Democracias que, a partir de la publicación de este edicto en Gaceta Oficial, se llamará República Emancipada.
Por una Patria ad infinitum Libre,
General ARES PAZ FOBO
[Con la firma ilegible del Presidente y el sello de la República Emancipada].

No. 2
[Con la fecha]
República de las Democracias, en su nombre:
Queda abolido el Congreso Nacional [CN] de la moribunda República de las Democracias. Se instaura la Asamblea de los Representantes del Pueblo [ARP], con cien miembros designados por el Presidente de la República Emancipada. Serán de libre remoción por parte del Comandante en Jefe y tendrán la misión de redactar, en un lapso no mayor de quince días, la nueva y Emancipadora Constitución.
Por una Patria ad infinitum Libre,
General ARES PAZ FOBO
[Con la firma ilegible del Presidente y el sello de la República Emancipada].

No. 3
[Con la fecha]
República Emancipada, en su nombre:
Se establece la Pena de Muerte, que podrá ser discrecionalmente aplicada por el Supremo Tribunal Emancipado [STE] contra todos los ciudadanos: excepto al Presidente de la Nación, quien podrá indultar a cualquier condenado, e incluso interrumpir —la víspera— el proceso de su ejecución.
Por una Patria ad infinitum Libre,
General ARES PAZ FOBO
[Con la firma ilegible del Presidente y el sello de la República Emancipada].

No. 4
[Con la fecha]
República Emancipada, en su nombre:
La Corte Suprema de la Justicia [CSJ] queda abolida, y sus magistrados serán ejecutados en un plazo no mayor de una semana. Se instaura el Supremo Tribunal Emancipado [STE], que tendrá diez miembros y cuyo Jefe Supremo será el Presidente de la Nación.
Por una Patria ad infinitum Libre,

General ARES PAZ FOBO
[Con la firma ilegible del Presidente y el sello de la República Emancipada].

No. 5
[Con la fecha]
República Emancipada, en su nombre:
Queda abolida la Fuerza Institucional Militar [FIM], la cual será sustituida por la Fuerza Mercenaria Nacional [FMN]. Los soldados, y oficiales de la extinta FIM, que expresen su deseo de adherirse al Gobierno Emancipador, serán reinsertados en los cuarteles, previo Juramento de Lealtad Incondicional. Pero obedecerán las órdenes de los jefaturales mercenarios designados por el Presidente de la Nación, Comandante en Jefe.
Por una Patria ad infinitum Libre,
General ARES PAZ FOBO
[Con la firma ilegible del Presidente y el sello de la República Emancipada].

No. 6
[Con la fecha]
República de las Democracias, en su nombre:
Quedan abolidas las Elecciones Libres y Secretas de Autoridades Nacionales y Regionales.
Por una Patria ad infinitum Libre,
General ARES PAZ FOBO
[Con la firma ilegible del Presidente y el sello de la República Emancipada].

No. 7
[Con la fecha]
República de las Democracias, en su nombre:
Formulo la creación de la Defensoría del Pueblo, la cual velará por el fortalecimiento del Gobierno Emancipador frente a quienes pretendan cuestionar sus acciones.
Por una Patria ad infinitum Libre,
General ARES PAZ FOBO
[Con la firma ilegible del Presidente y el sello de la República Emancipada].

No. 8
[Con la fecha]
República de las Democracias, en su nombre:
Declaro mi perpetuidad en la praxis del Poder del Mando Político y Mercenario de la Nación.
Por una Patria ad infinitum Libre,
General ARES PAZ FOBO
[Con la firma ilegible del Presidente y el sello de la República Emancipada].

En alocuciones de difusión nacional e internacional, Paz Fobo emprendió insultos contra su colega del Imperio Green: principal socio comercial de la República Emancipada. Obsesivamente, buscaba una ruptura de relaciones diplomáticas con los greens. Mediante su canciller, alentó enfrentamientos verbales contra la comunidad hispaniola y el resto del mundo civilizado.

El ahora infaustamente Estado Emancipado se hallaba [por su causa] en franca querella ideológica contra los representantes jurídicos de las modernas y desarrolladas naciones, comercial y financieramente globalizadas. Ares Paz Fobo se declaró enemigo de la Organización de Estados Democráticos [OED], y todas las instituciones para la defensa de los Derechos Humanos


internacionalmente más conocidas y reputadas. Las mismas que invocó en su defensa la víspera de ser «pasado por las armas».

XXXVII

Cuadrado mágico

Cuando llegó al Paraninfo, donde un eminente matemático dictaba una «Clase Magistral» sobre el denominado «Cuadrado Mágico», Tamanaco Ballestas («Artista Plástico») miró fijamente el enorme monitor de computadora que proyectaba un «Cuadrado Mágico».

—Este modelo fue ideado por el escritor venezolano Otrebla Zemenij Eru, el año 2005, en la ciudad de Barquisimeto (Venezuela) —declaró el expositor.

La geométrica figura estaba dividida en nueve partes iguales. En cada una de ellas, de izquierda a derecha, colocó una cifra: 6, 1 y 8 en el primer grupo de cuadrados (de arriba hacia abajo) que conformaban un rectángulo. 7, 5 y 3 en el intermedio. 2, 9 y 4 en el último. Verticalmente, los números quedaron ubicados de la forma que transcribo: 6, 7 y 2 (primera columna). 1, 5 y 9 (segunda). 8, 3 y 4 (tercera). La distribución numérica diagonal fue, de arriba hacia abajo, de izquierda a derecha: 6, 5 y 4. Y 8, 5, 2 de arriba hacia abajo. De derecha a izquierda. De cualquier manera que se adicionaran las cifras, el resultado era idéntico: 15. Pero, el total espacial de presencias físicas era de 170 alumnos. Curiosamente, Ballestas advirtió que —excluidos tanto él como quien dictaba la conferencia— en el Paraninfo había igual cantidad (que la indicada en el «Cuadrado Mágico») de asistentes sentados: 15 personas sumadas vertical, diagonal u horizontalmente. Por ello interrumpió el discurso del profesor y formuló una interrogante:

—Acaso, ¿son ustedes el producto de la «fisión nuclear» del «Cuadrado Mágico» que vemos en la pantalla?

Tamanaco fue capturado en «flagrancia» y sacado por dos guardabienes universitarios del Paraninfo que era accidentalmente utilizado como un improvisado depósito de maniquíes, togas y birretes por las autoridades académicas.

—El «Cuadrado Mágico» es el origen de la multiplicación atómica de nuestra especie —les decía a los funcionarios en descargo por su irrupción ilegal en el recinto.

Fue provisional y preventivamente recluido en una celda que medía 6 metros cuadrados, de ancho y alto. Presa de la claustrofobia por haber sido confinado ahí, dividió con un marcador el espacio en 9 partes cuadradas. De repente, su Ser Físico se multiplicó y se produjo una explosión que lo liberó del encierro.

En la calle, ante decenas de transeúntes, 170 enfurecidos francotiradores de la Fuerza Revolucionaria Armada Nacional (FRAN) perseguían a 170 Ballestas idénticos que corrían velozmente por las calles del enclave universitario.

—¿Sorprende que alguien haya fabricado tantos maniquíes capaces de correr tan hábil y humanamente? —comentó un estudiante universitario a sus compañeros de curso—. Parecen seres reales.

—Son tan verosímiles como un «Cuadrado Mágico» —los espetó el catedrático que la víspera

les dictó la «Clase Magistral» sobre curiosidades matemáticas—. Tan auténticos como los féretros que les aguardan y la «fosa común» donde serán sepultados. Mediante quienes lo representan en decisiones y actos de poder político, todo gobierno que se respete debe apresurar la liquidación y el ocultamiento de toda verdad científica.

—¿Por qué no incinerarlos para desaparecerlos plenamente? —interrogó al catedrático uno de los jóvenes.

—Porque la exhumación de cadáveres con propósitos futuros de vindicación científica es un inalienable derecho humano.

XXXVIII

El Potro, la Mesa Infinita y El Jinete

En la Pradera Perpetua, un potro montaraz trota y el polvo se levanta su paso. Una luz que no produce calor inunda las rojizas montañas, el firmamento y los sueños de un jinete desconocido que espera [en otra realidad] la llegada del animal.

El ocaso sobreviene en la ruta que conduce a La Vida y el cuadrúpedo, en un instante de vacío, penetra la Existencia.

Se detiene en el umbral de una cervecería: relincha, salta de pronto, y los ebrios voltean para verlo a través de la puerta de vidrio.

—Hermoso caballo —dijo Armando, uno de los bebedores—. ¿Qué buscará?

—Un jinete —respondió Octavio, quien lo acompañaba, y sorbió de su vaso de licor.

Se olvidaron del solípedo y miraron hacia la mesa que ocupaban unos amigos de Octavio: Jesús, Juan y Gabriel.

—Vamos allá. Quiero saludarlpos —se encaprichó Octavio—. Hacía mucho tiempo que no los veía: cuatro años, quizá.

—No hay cupo en ese lugar para nosotros, primo —impugnó Armando.

—Acaso, ¿ignoras que todas las mesas son infinitas?

En ese momento el mesonero trajo dos cervezas y una cajetilla de cigarrillos. La totalidad de las mesas estaban ocupadas. Se oía un raro murmullo. Ebroas voces, al unísono. Octavio levantó su jarra de cerveza, sonrió y pronunció:

—Iremos…

Mientras se dirigía al sitio, Armando caminaba rumbo a la caja registradora.

—Nos mudamos a otra mesa, aquélla —le advirtió al empleado.

—De acuerdo, Señor —replicó el joven—. Pero: antes tiene que pagar la cuenta de la que ocupaba.

Armando pagó, le dio la espalda al muchacho y fue al encuentro de sus los amigos de su pariente. Octavio ya se había instalado y platicaba con Jesús.

—Siéntate a mi lado —sugirió Juan a Armando.

—Los saludo —vociferó el recienllegado.

Juan, a quien llamaban filosofastro, discernía sobre las contradicciones de los italianos. Según él, esa península está poblada por los hombres más absurdos del mundo porque —pese al yugo invulnerable de un Papa— se han adherido a la Doctrina Comunista.

Otras personas llegaron y no tardaron en sentarse. Octavio interrumpió a Juan y sentenció:

—Afuera, un caballo espera un jinete para él desconocido. En otros tiempos, tuvo mayor sentido ese comortamiento. Numerosos cabalgadores los buscaban y atrapaban, cruelmente, cuando ellos, felices, gozaban de la condición irracional. Hoy hasta los leones anhelan que se les capture.

Más personas irrumpían a la mesa y se sentaban. Cada minuto surgían veinte, sonrientes, y luego del saludo imponían un nuevo tema de conversación.

Dos horas después las voces y los discursos se entrecruzaban. Sobre la mesa yacían dosmil cuatrocientas y cinco jarras llenas. El mamífero, cada media hora, relinchaba e, impaciente, brincaba. Alguien, cuyo nombre no recuerdo, preguntó: ¿Qué es la muerte?

Abruptamente, todos callaron. Sólo se escuchaban los chillidos del animal.

—¿Cuál, entre nosotros, es el jinete? —indagó Octavio.

Presa del estupor, cada uno desenfundó su machete colocándolo —sin soltarlo— en la Mesa Infinita. Sus rostros palidecieron. La luz apagó. Quince minutos más tarde retornó e iluminó a más de tresmil cuerpos sin cabezas. El caballo había partido, a la velocidad del sonido, y sobre su lomo un jinete vestido de blanco brillaba.

—¿Quién es? —curioseó un transeúnte.

—El Verdugo de «Otro Mundo» —aseveró otro.

XXXIX

Duelo enrarecido

El hombre miró hacia el final de la «calle ciega». Luego condujo su mano derecha hasta un poco más abajo de su cintura, donde tenía una pistola. Estaba extremadamente nervioso.

Minutos después estiró los dedos y, con el pulgar, tocó la cacha dorada de su arma. Numerosos curiosos lo observaban, sin emitir ruidos ni pronunciar palabras. Súbitamente, desenfundó y disparó. Pedazos de su sien impactaron contra las paredes de una de las edificaciones.

XL

La macilenta

Nebula exigió a su novísimo esposo que debía procurarle una existencia sedentaria plena.

Quería vivir sin moverse, pero era evidentemente imposible sin el auxilio suyo o de otras personas.

—Si anhelas continuar existiendo, tendré que hacer ciertas y fundamentales cosas por ti —expresó Famulos mientras ella se cobijaba hasta el cuello—: limpiar la casa, asearte, cocinar para ti y traer tu comida a nuestro lecho matrimonial.

Al cabo de pocos meses, la mujer había aumentado ciento cincuenta kilos. Ahora pesaba doscientos veinte, y no podía levantarse de la cama sin ayuda.

—Te he complacido, Nebula —le recordó el marido a su extremadamente obesa mujer—. Empero, ¿qué más puedo hacer para que continúes feliz?

—Siempre me sentí atraída por tu portentosa imaginación, amado mío —respondió la macilenta y casi monstruosa figura—. Podría ser más dichosa el próximo fin de semana, y ello está sujeto a tus inteligentes ocurrencias.

Famulos, que, diariamente, recogía un mínimo de cinco kilos de materia fecal que su cónyuge depositaba en una excreta portátil colocada bajo su trasero, decidió suspenderle los suministros de alimentos y líquidos durante tres días. Luego de lo cual le dio a beber un purgante especial, para hacerle un lavado estomacal e intestinal completo.

El sábado siguiente ofreció, puertas abiertas, un gratuito banquete —con abundante licor— a los vecinos de la Urbanización Villaverde.

XLI

El Jefatural «Indiscutible»

Muy temprano (a las 7:30 a. m., aproximadamente), esa mañana el Presidente de la República leía el diario Sin Censura sentado en la retrete de su despacho del Palacio de Miramontaña. Cuatro severas arrugas estigmatizaban su rostro.

Había convocado a sus ministros para discutir con ellos en cuáles áreas debía invertirse un excedente que, de próceres impresos norteamericanos, obtuvo el Fisco Nacional gracias al súbito aumento de las exportaciones de los barriles de petróleo que producía el país.

Su edecana favorita era una Coronela muy hermosa y eficiente. Cuando los ministros llegaron en tropel, se acomodaron en sus lujosas y enumeradas sillas: rigurosamente lustradas y colocadas en semicírculo, frente a la pieza sanitaria donde El «Dignatario» expelía —ruidosamente— sus excrementos.

—En nombre de todos, «Señor Comandante», le deseo que tenga un magnífico día —temeroso e inclinando su cerviz, infirió el Ministro de la «Defensa Estatal».

El mandatario lo escrutó fijamente durante varios segundos y luego giró su cabeza para mirar a su «edecana», que portaba una livianísima y moderna ametralladora marca El Chacal. Se observaron sin gesticular ni intercambiar palabras. De pronto, la fascinante mujer ejecutó un paso en dirección al Norte. Llevó su mano derecha a la altura de su cabeza antes de proferir, en alta voz, la frase que registro:

—¡Permiso para retirarme, Comandante!

El Jefatural «Indiscutible» no le (dio parque) correspondió abiertamente e hizo un casi imperceptible movimiento con su índice izquierdo. La oficiala zapateó, giró cincuenta grados su cuerpo a la izquierda y marchó hacia la salida.

—Hoy desayuné —antes del alba— un trozo de marrano, huevos fritos, caraotas, arroz, pan tostado con mantequilla y me bebí un vaso de jugo de mango —le confesó a su equipo ejecutivo de gobierno—. Estoy molesto porque en este periódico me describen como a un megalomaníaco, acomplejado, corrompido y despótico militar.

Los integrantes del Poder Ejecutivo olfateaban un fortísimo hedor, pero no podían moverse del lugar: ni formular reclamos, o ausentarte, por cuanto se trataba de una reunión de «Consejo de Ministros» con el máximo jerarca de la Administración Pública.

«Joseph, escúchame» —continuó su parlamento el Presidente y señaló al Ministro de la Secretaría de Gobierno e Información—:

»—En un autobús de la Fuerza Armada Nacional (FAN), irás con no menos de diez funcionarios de la Dirección de Inteligencia Militar (DIM) a la sede de Sin Censura, arrestas a todos los trabajadores (especialmente al Director del diario) y los trasladas al Hospicio de Contrarrevolucionarios».

Después, El («Indiscutible») Dignatario se levantó de la pocilga y estrechó la mano del Ministro de la «Sanidad Estatal» para ordenarle:

—Darío, mi fiel amigo: tienes la misión de segarle los testículos y las lenguas a todos los empleados de Sin Censura. Comenzarás por capar al Director.

»A las mujeres se las ofreces, desnudas, a los reos del Hospicio para Delincuentes Comunes. Ninguno se quedará sin admitir que mi gestión gubernamental respeta la "Libertad de Opinión", consagrada en la Constitución "Humanística" de la República Soberana y Revolucionaria».

El Ministro de la «Justicia Estatal» extrajo un pañuelo de su saco azul de lana y, antes de que el Presidente retornase su trasero al excusado, rápidamente limpió las partículas de excrementos diseminadas por la superficie del retrete y la cerámica del piso.

Transcurría el primer mes de Gobierno «Revolucionario» y el pueblo esperaba, ansioso, los decretos presidenciales mediante los cuales se transformaría, pacíficamente, el país. Por ello, El «Dignatario» de Petrópolis esperaba la transcripción de los edictos que le traería la edecana. Era necesario apresurar los cambios. La chica de las charreteras y condecoraciones «revolucionarias» regresó al despacho con una carpeta bajo su brazo izquierdo. Repitió el ritual de saludar al «Comandante Jefe» —quien permanecía encima del evacuatorio— y pedirle permiso, en esa ocasión para entregarle los folios. El Presidente se pasó varias veces los dedos pulgar, índice y medio derechos por el ano y estampó sus huellas digitales en cada uno de los decretos.

Se levantó del retrete y la edecana le practicó la ablución con la ducha vaginal anexa al sanitario. Lo secó con una toalla blanca marca Soberanía. Inmediatamente, el «Primer Mandatario» examinó el paño para comprobar que su adjunta militar lo aseó bien. Ulterior a lo cual ordenó que viniera la cocinera del Palacio con una cuchara sopera. Rápido, Rubia, quien era experta en la preparación de salcochos, fue traída en brazos por dos soldados.

—Estás demasiado obesa —le dijo el Presidente—. Sin embargo, no te sustituiré nunca…

El «Comandante Jefe» se aproximó a ella y le besó la boca. Luego le acarició los cabellos y le apretó, lujurioso, los senos.

—Gracias por sus palabras, mi venerado amo y señor del la República «Revolucionaria» —emocionada y con lágrimas en los ojos, habló la cocinera—. ¿Por qué ordenó que me trajeran aquí?

Los reclutas bajaron a la gorda y la colocaron al lado del excretor que expelía los humores del estiércol del «animal racional» elegido por la mayoría de los votantes del país.

—Con la cuchara sopera, servirás mis excrementos a los ministros en sus manos. De ese modo, los que conforman el Poder Ejecutivo demostrarán su lealtad a mi proyecto revolucionario.

Fuera del Palacio, el pueblo exigía al «Primer Magistrado» que saliera al Balcón Presidencial para ovacionarlo. Afortunadamente, el «Comandante Jefe» tenía diarrea.

Multiplicó sus evacuaciones antes de complacer al vulgo, porque quería que Rubia también le sirviera del caldo presidencial.

Fue inenarrable la felicidad experimentada por el pueblo cuando ingirió el caldo de las entrañas del poder. El «Dignatario» de la República «Revolucionaria» gobernó durante toda su vida y, similar al Mesías, siempre multiplicó su materia fecal para mantener bien alimentado a sus seguidores.

XLII

El accidente

Luego de discutir fuertemente con su hermano Antonio por la herencia que les legara su recién fallecido padre, Virginia buscó a un ex funcionario de la Policía Científica (experto en balimetría, destituido por «corrupto») para que la asesorara en el manejo de una pistola automática.

Ella le preguntó cómo podía lograr que una bala rebotase en una pared y se dirigiese, con exactitud, hacia determinado lugar.

Al hombre le extrañó la interrogante y, por ello, le pidió dinero extra por informarle y adiestrarla.

Por un lapso de tres meses, fue entrenada para que utilizara, con destreza, el arma [marca Anderson, de fabricación norteamericana] que su extinto ascendiente guardaba en el escritorio de su despacho jurídico residencial.

Un sábado organizó una «parrillada» en la casa paterna, que ocupaba con Antonio. Invitó a todas sus tías, tíos, primas y primos.

A su hermano lo convenció, con actitudes que reflejaban un falso cariño, para que estuviese presente.

Durante la realización de la fiesta, cuando todos sus familiares se hallaban un poco ebrios, extrajo la Anderson y juguetonamente anunció que asistía [por divertimento] a uno de los clubes de tiro de la ciudad.

—¡Que dispare la prima, que lo haga ya y derribe a un pájaro! —coreaban algunos de los invitados.

Viginia movió rápidamente su mano derecha, con la cual empuñaba la pistola, y se escuchó una fortísima detonación. La bala chocó contra uno de los macizos bloques de la pared del traspatio. Antonio, que bebía una cerveza junto a una de sus primas, de pie y bajo árbol de aguacate, fue abatido.

XLIII

La durmiente

Nada que no hiciera cada día que, en nuestra realidad y tiempo, no formara parte de su rutina hogareña: Elatus se levantó [6 a. m.], preparó café, leche en polvo, horneó envueltos de trigo con queso y leyó varias páginas de un libro de Filosofía.

Al cabo de tres horas, emplazó a Fallax [su compañera] para que despertara, comiera envueltos de trigo e ingiriera [con leche] la correspondiente píldora antivástago de cada mañana. Pero, ella no reaccionó.

Al mediodía, Elatus preparó arroz y pollo a la plancha. Cuando estuvo listo y en voz baja, instó a Fallax —de nuevo— a incorporarse en la cama. Le dijo que le traería el almuerzo. Empero, ni siquiera parpadeó. Se mantuvo casi completamente oculta [era habitual en ella] bajo la cobija.

Al oscurecer, otra vez el joven hombre intentó —en vano— despertar a la chica. Él decidió comer lo sobrante del almuerzo y fue a dormir junto a ella, a quien palpó helada. El cansancio lo abatió. Soñó que trabajaba en un viñedo, como catador, y libaba similar a un dipsomaníaco.

Transcurrió la noche y Elatus abrió sus ojos a la hora exacta. El hedor que expelía el Ser Físico de Fallax era insoportable, pero le restó importancia. Realizó su rutina. Esta vez, trató de quitarle la cobija y la vio hinchada. Numerosos gusanos salían de sus visibles y pestilentes entrañas.

Algunos vecinos tocaron el timbre de su apartamento, interrumpiéndolo. Elatus abrió, diligente, y, cortés, les preguntó qué deseaban.

—De su apartamento sale un olor nauseabundo, Señor Propietario —le informó el Presidente de la Junta de Condominio—. ¿Tiene usted exceso de basura acumulada en el interior?

—Nada importante, Jefe —respondió—. «El concubinato o matrimonio es el acuerdo íntimo entre un hombre y otro, una mujer y otra, o un varón y una hembra: para compartir gastos, malos humores y hedores en el lecho donde conviven».

XLIV

El suspendido puente

En un inmenso y suspendido puente, donde decenas de familias se divertían lanzando piedras hacia las olas de un mar agitado y plagado de tiburones, apareció un enfurecido hombre. Empuñaba una hoz en cada mano.

Sin pronunciar palabras y enfurecido, hábilmente le segó la cabeza a veinte niños. A causa del sudor que —a chorros— emanaba su cuerpo, despertó [encadenado por los pies y las manos] en su cama.

XLV

El Supremo de Imperio

A partir del día 13 de Abril del Año 2004, se le confirió la atribución de decidir sobre la vida y la muerte de numerosos habitantes del planeta. Fue constitucionalmente elegido Supremo de Imperio, el más importante cargo público de la Tierra. Tenía cincuenta y dos años, no padecía trastornos físicos ni mentales. Durante su existencia, no tuvo propensión al dispendio: a cometer acciones bárbaras o corruptas.

Lo llevaron al refugio subterráneo y antinuclear donde —se presumía— debía permanecer gran parte de su tiempo. Lo instalaron en una butaca con puntos digitales de control, frente a la cual una gran pantalla le mostraba todo cuanto sucedía en el denominado mundo. El acceso al sistema se activaba con su voz, previa y oficialmente registrada.

Cuando lo dejaron solo en esa espaciosa oficina, experimentó la inmensa responsabilidad de un Supremo de Imperio. Como era discípulo de quien lo había precedido en el cargo, recordó una de sus advertencias de maestro: «Nunca creas, ingenuamente, que el Poder que te será otorgado te hará menos falible. No presumas que es tan grande que nada lo supere o anule».

Tenía autoridad sobre la vida y la muerte. De hecho y jurídicamente. A cada instante, en el monitor aparecían los blancos potenciales, los supuestos rivales o enemigos de la desarrolladísima república que ahora presidía. Nadie podía decidir por él o impedir que se materializaran sus antojos. Inclinó su cabeza hacia atrás, sus facciones endurecieron y su mirada lució criminal.

En la butaca, cada punto luminoso y de colores distintos era una orden satelital de disparo de un específico proyectil nuclear. Pensó que su maestro se había equivocado al infundirle ciertos temores relacionados con las desviaciones morales de un Supremo de Imperio: aun cuando todavía admitía que era un mortal, mientras respirase disfrutaría de su condición de todopoderoso. Inclusive, ese primer día pensó que se perpetuaría en el cargo. Ninguna persona, investida o no de autoridad, lo emplazaría jamás a entregar el mando.

Cada nación del planeta apareció en la pantalla, identificada con un punto de color diferente. Amplificó —selectivamente— la imagen de varias. Captó el desplazamiento de los peatones, vehículos y animales por sus calles. Sintió inconmensurable placer al imaginarlos estallar —masivamente— tras el impacto de un misil atómico.

Puso los dedos indice de sus manos encima de los puntos digitales, con el alevoso propósito de activar un par de proyectiles contra dos países cuyos regímenes de gobierno detestaba. Empero, las imágenes de las poblaciones fueron sustituidas por la suya: sentado en la butaca de mando, en ese recinto más parecido a una cápsula blindada que a un despacho institucional.

El Comité de ex Supremos de Imperio observó la implosión del despacho presidencial. Luego de tomar ritualmemente de una pócima secreta, los miembros se dieron la tarea de examinar las credenciales de una docena de nuevas postulaciones. Alguien debía asumir, pronto, la máxima


responsabilidad de la república.

XLVI

La casa nº 500

Al verla caminar frente a su residencia, un no identificado hombre le gritó —sucesivas veces— que ella «era una loca, sucia y prostituta más». La dama se detuvo, indignada, y le exigió que la respetara. Pero, el tipejo prosiguió calificándola como desquiciada. Explayaba sus ojos y reía sin cesar.

Cerca había una Prefectura Civil. La señora decidió acudir al lugar, para denunciar la actitud hostil y vulgar del individuo apostado en la casa nº 500. Fue recibida por un policía que —igual— reía sin parar. Condujo a la ciudadana ante el prefecto que también era presa de las carcajadas.

—Un sujeto vociferó —repetidamente— que soy una loca, sucia y prostituta mujer —le dijo al representante de la autoridad—. Vive en la casa nº 500. ¿Lo arrestará?

El Prefecto continuaba riéndose.

—Vaya a la Fiscalía del Ministerio Público, señora —infirió.

Enfurecida, la mujer salió del sitio y caminó hacia la Fiscalía (nada lejos de ahí). Allá los funcionarios, perturbados por la risa, la atropellaban con sus cuerpos. Le sugirieron que abandonase ese territorio. Aterrorizada, regresó a su vivienda y advirtió a sus dos hijas que se irían de la ciudad:

—Algo extraño sucede aquí —nerviosa, afirmaba.

—¿No esperaremos a papá? —interrogó una de las muchachas.

—Le dejaremos una nota —dispuso la madre.

Emprendieron la huida en la máquina de rodamiento de una de las chicas. La frontera estaba a escasos dos kilómetros de distancia. Pronto, llegaron y leyeron lo siguiente en una enorme valla publicitaria: Demarcación territorial del Manicomio «Bello Campo».

En la casilla de inspección y requisa, un militar les pidió las boletas que oficialmente expedían los psiquiatras del Manicomio «Bello Campo».

—Si no tienen los permisos, no podrán salir —recio, las emplazaron y apuntaron con sus armas de guerra.

La explícita intimidación las obligó a retroceder a gran velocidad. Cuando retornaron, su hija mayor se estacionó en el garaje de la casa nº 500: donde varios enfermeros, custodiados por feroces caninos, las esperaban con chalecos de fuerza. Debían inyectarles su medicación rutinaria. Ya habían sometido al esposo y padre, al cual mantenían acostado en una camilla.

XLVII

Los ruegos de Lunanueva

Cansada de la gente que le circundaba (familiares y amigos), Lunanueva optó por encerrarse indefinidamente en su habitación: recámara equipada con una pequeña nevera, pantalla perceptora de programación interestelar, un acumulador de energía solar que le servía de calentador ambiental y enfriador para los días de intenso verano (exento de circuitos electrónicos, de secreta formulación).

Tenía un moderno excusado, ducha y jabón líquido de procedencia extraterrestre.

Igual un condensador de agua atmosférica, y un procesador de microorganismos altamente nutritivos.

Lunanueva solía admitir su ateísmo, porque «nadie que experimentase vivir durante el Siglo XXI podría creer en el reino de un Ser Supremo e Inmaterial». Sin embargo, meses posteriores a su encierro voluntario, fue presa de fortísimas depresiones que la impulsaron a rogar el auxilio de Dios: ese por el cual abogó Jesucristo, hijo predilecto del Padre Todopoderoso de cuanto existe en el Universo.

—Dios creador —arrodillada en un rincón del espacioso cuarto y frente a un espejo grande, imploró—. Dame la dicha de no tener que comunicarme y que no se comuniquen conmigo quienes me rodean.

Repitió el ruego semana tras semana, hasta cuando cumplió seis meses de voluntario confinamiento. No oyó más las voces de sus familiares, que cesaron de pedirle suspendiera el retiro que se había impuesto. Pensó que Dios pudo escuchar y satisfacer su anhelo.

Transcurridas diecisiete semanas de ocultamiento, salió de la habitación. Afuera, en los corredores y recintos de la enorme residencia, todavía transitaban sus numerosos hermanos y hermanas con sus respectivas parejas: sus ancianos padres, sus tíos, tías, sus sobrinos y sobrinas, sus temblorosos abuelos y abuelas. Empero, ninguno la veía, escuchaba o palpaba. Ella los percibía, pero tampoco podía tocarlos u oír cuanto platicaban.

XLVIII

El sobreviviente

Ulterior a una relación casual e incestuosa con su hermano, Anakarina quedó embarazada.

Para no incriminarlo, nada dijo a sus padres. A los ocho meses, sintió un agudo dolor abdominal.

Fue llevada a un centro de atención médica y le practicaron exámenes sanguíneos, de heces fecales, tensión arterial y le hicieron registros fílmicos del interior de la placenta.

Pronto los especialistas en obstetricia le comunicaron a sus progenitores que debían extraerle las criaturas (eran dos).

La intervención quirúrgica fue exitosa. Pero, los fetos dejaron perplejos a los especialistas. Fallecieron a causa de los múltiples puñetazos que ambos se propinaron.

En la clínica, la Junta Médica Mayor decidió mantenerse hermética y evitar cualquier revelación periodística del suceso. Una noticia como esa podía ahuyentar a potenciales y supersticiosos clientes.

Transcurrieron dos años antes de que fuese de nuevo embarazada, esta vez de su abuelo. Similar a la primera ocasión, rehusó revelar el nombre del preñador. Si lo hacía, sería implacablemente acusada de sadismo por haber tenido relaciones con una persona ciega y octogenaria.

Después de siete meses, adolorida y hemorrágica, acudió a la misma clínica y buscó a los obstetras que le trataron el primer y frustrado parto.

Los doctores le ordenaron un filmoregistro y comprobaron que tenía seis fetos muy bien desarrollados, los cuales se disputaban a golpes el espacio. Portaban, inexplicablemente, filosas y diminutas dagas. La Junta Médica Mayor dispuso que fuesen sacados rápidamente.

Ya afuera, agonizaban. Lucían profundas heridas en el tórax, brazos, cuello, estómago y rostro. Desangrados, no resistieron su extracción prematura ni la pérdida de hemoglobina. En esa eventualidad, igual la Superintendencia hospitalaria aumentó su hermetismo. Excepto a la familia de Anakarina, no informaron a nadie más. Y les exigieron a los bien pagados cirujanos y personal paramédico no hablar interna o externamente respecto a lo ocurrido. Además, resolvieron que la chica no sería atendida nunca más en ese prestigioso lugar.

A los cuatro meses, Anakarina conoció a un joven bachiller que se obsesionaría por ella. Casaron y fijaron residencia en otro país, muy lejos, para olvidar las cosas horrendas que ella experimentó.

Al cabo de veinte años, la pareja, doctorada en ingeniería de sistemas y que llevaba una existencia apacible y próspera (sin hijos), recibió un e-mail de la envejecida madre de Anakarina. Preocupada, la señora les contó —al fin— que un sobreviviente de los séxtuples había escapado del psiquiátrico donde permaneció recluido desde la pubertad. Ellos restaron importancia a la advertencia y prosiguieron su tranquila existencia.

Luego de pocos días, los noticieros de la televisión informaron —profusamente— sobre el


hallazgo de dos cuerpos (el de un hombre y una mujer) mutilados por un asesino del cual se desconocían sus características personales.

XLIX

El niño Dios

Cuando buscaban botellas y latas vacías entre los desperdicios constantes de la Ciudad de las Celebraciones Perpetuas, dos jóvenes indigentes se toparon con un bienvestido infante: de traje negro, zapatos blancos, sombrero y corbata rojos que los señalaba con un bastón púrpura.

—Les haré una proposición a cada cual —dijo el pequeño muchacho, mientras se quitaba el sombrero—. A ti, el de cabello encrespado y tez blanca, te ofrezco cinco minutos de un estilo de vida opulenta o pasar el resto de tu existencia disfrutando de una enorme fortuna si esperas diez años…

El recogelatas de tez blanca miró a su camarada, emocionado. ¿Qué decido? —le preguntó—. Quiero tener todas las cosas, aun cuando sea durante cinco minutos. Será —ese niño— un mago.

—Soy Dios y vine a materializarles un deseo —esclareció el pulcro chico, que prosiguió con sus ofrecimientos—. A ti, mulato, te concederé diez años de riqueza a partir de ahora o cinco minutos de vida infernal posterior al cumplimiento de ese tiempo.

Ofuscado, el joven de piel oscura abrazó a su amigo de penurias. Ocurrió luego que, para demostrarles que si era Dios, el niño movió su bastón e hizo que apareciera una mesita de luz encima de la cual yacía una pistola de aspecto muy real.

—De la Nada puedo lograr que surja cualquier cosa, desde un arma hasta un vehículo: desde un banquete hasta un mar, desde un lugar paradisíaco hasta un averno como el peor que jamás hayan ustedes imaginado.

Los vagabundos se alejaron un poco para confidenciar y tomar una decisión colectiva.

Se acercaron de nuevo al niño. El mulato tomó la pistola y le disparó más de diez veces, hasta abatirlo.

Ante numerosos testigos, minutos después ambos fueron sometidos por funcionarios policiales que patrullaban la zona. Les anunciaron que los detenían, en nombre de la Ley, por haber cometido infanticidio y los trasladaron hacia la comandancia.

Pronto llegó una furgoneta forense, de cuyo interior descendieron hombres vestidos de negro con placas policíacas. Tomaron fotografías y registros fílmicos. Levantaron el ensangrentado cadáver y se lo llevaron rápidamente.

Poco antes de arribar a la comandancia general, los arrestados confesaron no estar arrepentidos de haber cometido infanticidio.

—Ese chico era Lucifer —afirmaba el mulato, nervioso.

Pero sus custodias no les hablaban. Detuvieron el automóvil frente al establecimiento judicial y los bajaron. Al entrar, todavía esposados, fueron llevados frente al Jefe Supremo: un niño de traje negro, zapatos blancos, sombrero y corbata rojos, que portaba un bastón púrpura.

L

El enfermo del Mal de Parkinson

Yamile se levantó ansiosa. Quería hacer el amor y no tenía esposo ni amante. Cuando le sobrevenían las ganas, siempre incontenibles, salía a la calle y se apostaba en el Café París (situado a poca distancia de su residencia).

Hacía frío, pero a ella no le importó vestirse con una cortísima y de seda falda que le quedaba demasiado ajustada al cuerpo.

Llegó al boulevar donde estaba instalado el cafetín y se acomodó en una de las butacas (la mesa tenía una enorme sombrilla). Pidió chocolate caliente.

Pronto se le aproximó un individuo tembloroso, que caminaba apoyado en dos bastones:

—¿Puedo sentarme a su lado, señorita? —la emplazó—. No me gusta tomar café solo. Estoy triste.

Era flaco, pero musculoso; buen mozo, manos grandes, tez blanca, abundante mostacho rojizo.

—Siéntate —le respondió Yamile—. Me dará gusto tu compañía…

—Gracias. Estaba seguro que no me rechazaría y, por eso, sugerí que me trajesen el café a su mesa. Anhelaba estar cerca de una hermosa mujer.

—De veras, ¿te parezco atractiva?

—Extremadamente…

No esperaron que el mesonero apareciese con las bebidas que pidieron. La chica se levantó para subirse la faldita, inclinarse hacia delante y adherir sus manos a la superficie rugosa de la mesa. Él soltó sus bastones, se bajó el cierre del pantalón y sacó su extra largo y grueso pene (que ya lucía impresionantemente erguido). Dejaron de temblarle las manos, brazos y piernas cuando la sujetó por las nalgas para falotrarla.

Escandalizados, los demás clientes solicitaron la presencia de un policía para que los detuviese por el delito de inmoralidad pública. Muy cerca estaba el Palacio de Gobierno, siempre resguardado por gendarmes. El mesonero fue a buscar uno, pero vinieron tres. Pronto estuvieron frente a la pareja que, indiferente a las demás personas, todavía copulaba.

El coito emocionó tanto al bigotudo que comenzó lesionarle las nalgas a Yamile, hasta lograr que sintiera pánico y rogase el auxilio de los oficiales de la policía que —absortos— veían la acción. Por fin los uniformados intervinieron, separaron con brusquedad a la chica mientras el infractor los agredía con sus brazos, manos y piernas que deslizaba rápido de un extremo a otro, similar a un experto en artes marciales. Los resguardaleyes lo apuntaban con sus armas.

—¡No le disparen a ese infortunado muchacho! —gritó un elegante sujeto que, más tarde, se supo era un juez del circuito capital habituado a tomar café ahí—. Padece el «Mal de Parkinson…». No tiene voluntad sobre su Ser Físico.

No terminó de hablar cuando el joven aumentó la fuerza y velocidad de sus movimientos, sin

dejar de darle puñetazos y codazos a los policías que trataban de someterlo.

—No lo toquen, sufre el «Mal de Parkinson» —repetía el magistrado al tiempo que el hombre, durante su fuga, lanzaba golpes a todas las personas que se atravesaban en su camino.

LI

Decreto caníbal

El Presidente de la República, escogido por el pueblo ulterior a la celebración de elecciones libres y generales, formuló su primer decreto: la legalización del canibalismo. Pretendía —con ello— resolver dos problemas graves en el país: la hambruna y el desempleo.

Miles de ciudadanos y ciudadanas sin trabajo se dedicaron a cometer asesinatos para desollar a sus víctimas, congelarlas y ofertarlas. Desapareció la cría de ganado vacuno, aves, conejos, chivos, patos y otros animales comestibles. Parecía que el hombre de aquél lugar y tiempo, quizá no imaginario, tenía el irremediable destino de convertirse en principal nutriente e igual peligroso enemigo del hombre.

La acción de matar al semejante para permanecer vivo comenzó a ser filosóficamente fundamentada por los intelectuales adeptos al gobierno, también por los profesores universitarios que temían ser digeridos y que eran protegidos por la Fuerza Única Armada Nacional (FUAN).

Se establecieron oficiales y populares abastecimientos de partes humanas. Pero, paralelamente, prosperó un mercado ilícito en el cual se ofrecían (a elevadísimos precios) carnes tenidas por exquisitas: la de funcionarios gubernamentales de alto rango, de niños de la clase alta, de personas de la clase media y culta, y la de recién nacidos.

Cubiertos por funcionarios de la FUAN, los asambleístas (del Congreso Supremo de la República) y ministros acudían a los mejores restaurantes para pedir los platos más exóticos:

1. Testículos de hijos de empresarios al ajillo.
2. Hijos de diputados con papas hervidas.
3. Senos de hijas de ministras rebosadas.
4. Filetes de nalgas de magistrado joven al horno.
5. Cerebro de opositor al vino y de adepto traicionado (por el Gobierno) a la Ginebra.

El tradicional proletariado, siempre adulador del Presidente de turno, recibía todos los viernes y sábados —gratis— ciertas cantidades de una mezcla de ron con excremento humano deshidratado (por su gran valor nutritivo, según aseguraba el Ministerio de Sanidad). La clase media que no objetaba al gobierno bebía cerveza clásicamente elaborada, exenta de los esputos de quienes ejercían funciones de comisarios castigadores (lo contrario le sucedía a la clase media detractora del Jefe de Estado). Los miembros de la cúpula del mando político, judicial, legislativo y empresarial tomaban Pócima Pura (21 años de envejecimiento).

Luego de varios meses, el Presidente (gordo, alto y de cuarenta años de edad) fue plagiado y ejecutado por sus custodias personales, los cuales lo mantuvieron congelado hasta cuando el parlamento le nombró sustituto.

Fue puesto a la venta en el curso de la celebración del primer año de la promulgación del Decreto caníbal. Primero completo, después en piezas. Pero, nadie quiso comprar su carne. Los frustrados y enfurecidos raptores optaron por tirarla en el Pozo para Desechos Orgánicos (PDE), situado a pocos kilómetros de la capital de la nación, donde los pajarracos y ratas come carroña pululaban. Sin embargo, los trozos se mantuvieron intactos porque hasta los gusanos evitaron consumirlos.

LII

Receptor de sonidos, ruidos y voces

Poco antes de recibirse como Ingeniero en Física Cuántica, HP trabajaba en el perfeccionamiento de un receptor de sonidos, ruidos y voces basado en micro emisores de antiátomos.

Constituyó su tesis de grado académico, elogiada por quienes fueron sus profesores.

El aparato era un cubo de diez centímetros cuadrados, sin paredes, cuyas dimensiones sólo podían comprobarse gracias a sus marcos de hilos de diamante. Al centro del cubo se captaba una estrella que giraba sobre un elemento almacenador de antiquarzs.

Lo colocaba en el balcón de su apartamento, y registraba en diminutos discos todo cuanto hablaban sus vecinos. Luego reproducía los diálogos, depurándolos de los sonidos o ruidos. No era un trabajo complejo, simplemente de gran tecnología.

Aisló las conversaciones y descubrió que la mayoría de sus vecinos quería matarlo. Lo juzgaban como a un antisocial, una persona engreída e incomunicativa. Especie de silencioso y demente científico. Planeaban lincharlo entre todos, para que ninguno purgase condena por el crimen. Se habían platicado la idea entre vecinos, liderada por el Comité de Propietarios.

HP se ofuscó. Meditó en redor de las únicas alternativas que tenía: denunciar u omitir lo que ocurría. Empero, decidió su defensa personal sin la intervención de la policía. Comenzó a multiplicar y almacenar antiátomos, a imagen y semejanza de toda la edificación con sus dueños.

Un día proyectó la imagen del lugar donde vivía, con sus ocupantes, pero sin paredes. Lo hizo durante el final de la madrugada, en los momentos cuando muchos se aseaban para vestirse: preparar los desayunos, calentar los vehículos, etc. Posteriormente cumplirían con llevar sus niños a las escuelas, e irían a sus oficinas para realizar sus labores diarias.

Cada cual fue desapareciendo, sin dejar vestigios de su existencia, al instante de ver y tocar a su réplica reflejada en la Edificación Cuántica.

HP se enteró del suceso mediante informaciones de televisión, en una tasca donde solía libar en compañía de varios profesores universitarios. Sus amigos, científicos y estudiosos de la Física Cuántica, expresaron júbilo al enterarse que el extraordinario evento fue promovido por él.

Casi durante el alba, HP regresaba a su apartamento. Pero fue interceptado por su antimateria:

—Entiendo tus razones para haberlos exterminado —le advirtió—. Sin embargo, no me gusta beber solo en el edificio. Vine por ti.

LIII

Pelotón de fusilamientos

—Le ordeno que organice un pelotón de fusilamientos —le dijo el Presidente de la Décima República al General Manuel Montesinos Martinó—. Es hora de imponer disciplina a los ciudadanos que se oponen a mi revolución.

—Pero, señor —contradijo el militar y Ministro de la Defensa—: nuestra Constitución prohíbe la pena de muerte. Usted, ¿bromea?

—Soy el Comandante en Jefe. Cumpla con su deber. ¡Obedézcame!

—¿A quién o quiénes pretende «pasar por las armas», Señor?

—Le enviaré la lista de condenados esta noche. Quiero que esta madrugada comiencen las ejecuciones. ¡Retírese!

El oficial se levantó de la butaca donde —perplejo— permaneció unos minutos adicionales. Abruptamente, desprendió las charreteras de su uniforme y las puso encima del escritorio del Jefe de Estado. Tomó un papel en blanco y redactó, con su tensa mano derecha, la renuncia al cargo. Pidió —además— su pase a retiro. Al estilo marcial, presuroso e indignado, dio media vuelta y salió del Despacho Presidencial.

Fuera del Palacio de Gobierno Nacional, le comunicó a sus seis escoltas que ya no era Ministro de la Defensa. Tampoco deseaba que lo condujeran a su residencia en el vehículo de la institución que tenía asignado. Se iría en taxi. Asombrados, los reclutas lo vieron partir sin formularle preguntas.

Respetuosamente, los subalternos se llevaron las manos al sus sienes e hicieron sonar sus botas.

—¡Lo admiramos, General! —al unísono, vociferaron.

La mañana siguiente, muy temprano, siguiendo instrucciones de alguien cuyo nombre no revelaron, quienes antes salvaguardaban su vida lo buscaron y detuvieron.

Lo golpearon con las cachas de sus fusiles porque el General se resistió al arresto y posterior traslado a la Plaza de Celebraciones y Eventos Castrenses. Llamaba la atención el conductor del lujoso vehículo de la Dirección de Inteligencia Militar (DIM), en el cual era —de prisa— transportado. Pese estar vestido con uniforme verdeoliva, usaba barba y cabello largo (inusual en los militares, de alto o bajo rango). Decía, sonriente, que los fusilamientos iniciaron durante la madrugada.

Al ex Ministro de la Defensa ni siquiera le permitieron que se quitara la pijama y vistiera su hermoso traje militar. Lo sometieron e ingresaron al automóvil descalzo y esposado.

Cuando se aproximaban a la Plaza de Celebraciones y Eventos Castrenses, convertida en un enorme paredón y depósito transitorio de cadáveres (más de ochocientos), Manuel Montesinos Martinó comprobó que las detonaciones no cesaban ni un minuto. Pese a lo cual, se mantuvo en silencio. Lo bajaron y, sin quitarle las esposas, lo desplazaron hacia la zona de espera: frente al

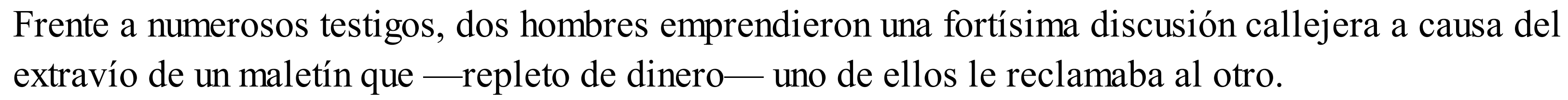
paredón en semicírculo demarcado con una cinta roja.

Sorpresivamente, a empujones, desnudo y con marcas físicas de torturas, dos coroneles trajeron al Presidente de la República. Uno lo aporreaba con una pistola mientras el otro lo ataba, con alambre de púas, a una gruesa estaca clavada en el centro del patio del improvisado paredón. Los mismos oficiales se dirigieron al lugar donde estaba el General Montesinos Martinó. Autoritariamente, desarmaron a los soldados que lo flanqueaban. Desposaron al General y le extendieron una pistola con la cual, rápido, disparó a quemarropa contra los reclutas que lo habían sometido y maltratado.

Luego, los oficiales saludaron —en riguroso estilo marcial— al General y le pidieron que dirigiera el próximo fusilamiento.

LIV

La disputa



Frente a numerosos testigos, dos hombres emprendieron una fortísima discusión callejera a causa del extravío de un maletín que —repleto de dinero— uno de ellos le reclamaba al otro.

—¡Me has robado! —exclamó quien portaba una vistosa chaqueta de piel de cocodrilo—. ¿Dónde ocultaste mi maletín, miserable?

—No lo hice —respondió, nervioso, el sujeto trajeado deportivamente—. Me dirijo hacia mi oficina, soy una persona decente. Es mi palabra contra la suya, señor.

—¡Es tu palabra contra mi bala! —prosiguió el enfurecido individuo que, súbitamente, desenfundó una pistola y le disparó al acusado antes de escabullirse entre la multitud de curiosos.

LV

Solución extrajudicial

Macedonio Matera se desplazaba hacia su casa campestre cuando se detuvo para auxiliar a una dama —hermosa, alta y bien vestida— cuyo vehículo se había accidentado en la solitaria carretera.

El hombre, dedicado a la compra y venta de bienes inmuebles, quedó impactado por la belleza de la señora: que, rápido, se identificó:

—Soy Luzmarina Santos de Ramiral, empresaria, y tengo una vivienda en la montaña. El motor de mi automóvil no enciende. Necesito que alguien me lleve hacia la más cercana parada de autobús o taxi. ¿Puede usted, señor?

El hombre la invitó a subir a su máquina de rodamiento y, en vez de llevarla a buscar un transporte público, la raptó. La condujo a su casa campestre en la cual la violó, consecutivamente, hasta las 7 a. m. Cuando la dejó abandonada en el mismo lugar donde la halló.

Golpeada salvajemente por Macedonio Matera, esta vez fue auxiliada por un grupo de policías que cumplía con uno de los patrullajes rutinarios en la zona. Por petición suya, la mujer fue dejada en una clínica privada de la ciudad. Quedó hospitalizada. Los policías notificaron la novedad a su esposo, el General —retirado— Arturo Ramiral Bolívar: descendiente directo del prócer máximo de la guerra independentista. El esposo acudió al centro médico y conversó, durante tres horas, con la afectada: quien le informó sobre las características físicas del delincuente y de la vivienda en la cual el tipejo la mantuvo plagiada. Días después, gracias a un «retrato hablado» hecho por los dibujantes de la Comandancia de Policía, el General ubicó al agresor de su cónyuge. Le pidió a los uniformados que le dejaran resolver —personalmente— el asunto. Ellos lo complacieron y —tras prometerle que no intervendrían— le regalaron un arma no registrada y sin seriales perceptibles, de las que obtienen en los procedimientos de requisa o decomiso.

En un paraje solitario, una tarde Arturo Ramiral Bolívar interceptó el vehículo del violador. Apuntándolo en la cabeza con la pistola que le habían obsequiado los funcionarios, lo obligó a descender del vehículo.

—¡Dime tu nombre! —le gritó el militar y le ordenó que se acostara boca abajo sobre el pavimento.

—No me dispare, por favor, señor —rogaba el raptor—. ¿Por qué me detiene?

—¿¡Violaste mi esposa!? ¡Responde la verdad!

—Lo hice, es cierto. Pero, no me asesine. Estoy dispuesto a firmar mi confesión ante usted y los detectives. Lléveme a la Comandancia General del Centro de Investigaciones Criminalísticas. No me dispare, se lo suplico.

El General abrió la maletera de su vehículo y extrajo una caja de cartón, rigurosamente sellada con una cinta plástica. Se acercó al violador y se la colocó encima de su espalda, sin dejar de apuntarlo. Se introdujo de nuevo en su máquina de rodamiento, que permanecía prendida, y partió


velozmente. Sorprendido, Macedonio Matera agarró el paquete y se levantó. Lo abrió y advirtió que contenía una gran cantidad de dinero en próceres impresos norteamericanos, de alta denominación.

LVI

La cacería

Aburrido, Samuel —quien se había ganado un fabuloso premio de lotería— decidió comprar una enorme casa cerca de un bosque: un sitio realmente paradisíaco, para millonarios que evitaban tener contacto con la población vulgar y pobre del país. Por sugerencia de su esposa y dos hijos, decidió adquirir la lujosa residencia. Se dedicaría a la caza de pájaros, fundamentalmente, pero a veces a la pesca (el montañoso lugar tenía un pequeño lago de agua cristalina y pura, plagado de peces).

Antes de instalarse en la hermosa propiedad, se dotó de cuatro modernos y automáticos rifles: abundantes municiones, cañas de pescar y vestimenta especial.

La tarde de un sábado, salió a cazar aves en compañía de su familia. Ese día se desplazaban de un árbol a otro, en cantidades impresionantes.

El cuarteto no tardó en disparar, consecutivamente, contra los pájaros de múltiples especies que pululaban en el bosque. El tiroteo se escuchaba en todas partes, pero negligentes funcionarios policiales rehusaban acudir a la zona para investigar.

La cacería fue exitosa. Al ocaso, padre, hijos y esposa regresaron a la vivienda con no menos de doscientas aves muertas: las cuales amontonaron y trasladaron en un gran saco de lona gruesa que arrastraron por entre la abundante vegetación.

En el terreno frontal de la residencia, montaron una parrillera y se dedicaron a beber cervezas mientras se fotografiaban y filmaban al lado del promontorio de animales muertos. Invitaron a numerosos amigos y amigas para narrarles cómo lograron la proeza de abatir a las víctimas. Compraron más de veinte kilos de carne de res y emprendieron la juerga hasta el amanecer: cuando, finalmente, todos, excepto la familia anfitriona, retornaron hacia la ciudad.

Durante un año, ininterrumpidamente, los sábados repetían las cacerías macabras y las fiestas para celebrar las matanzas. Pero, los pájaros no volvieron al bosque. Las manadas se desplazaban por otros espacios aéreos, muy distantes. Los nuevorricos quisieron sustituir la caza por la pesca, pero igual no hallaron nada en la laguna. A la extraña situación se añadía el hecho que los brazos de los integrantes de la familia comenzaron a transformarse en alas. En pocos días, perdieron los cabellos y la vellosidad de sus cuerpos, que eran reemplazados con plumas. Como sus piernas se convirtieron en patas, comenzaron a volar y posarse sobre los más fuertes ramajes de los gruesos y altísimos árboles. Asustados por la presencia en el cielo de cuatro gigantescos animales voladores con rostro de humanos, los pobladores se organizaron para cazarlos y darles muerte.

LVII

Coito intermiso

Cada vez que hacía el amor, Jericó —lo tenía por norma irrenunciable— eyaculaba fuera de la cavidad vaginal de su mujer. Enfurecida, Ninfa protestaba: el coito intermiso era frustrante para ella, la negación de la plenitud sexual. Jericó, sin embargo, sostenía que su método preservativo no era interroto: él prolongaba suficientemente su falotración, en beneficio de su ardiente compañera.

Ninfa admitía que experimentaba sucesivos orgasmos, pero magnificaba la importancia del riego espermático en el interior de su vagina.

—Me siento bien cuando eyaculo externamente —formulaba, en su defensa, el hombre—. Además, me tranquiliza estar super seguro que no te preñaré. No es tiempo para traer vástagos… Si se cree instruido e inteligente, el Ser Humano debe contribuir —irrecusablemente— con la extinción de su especie.

—Pero: tomo píldoras anticonceptivas —amargamente, replicaba Ninfa—. Es imposible que me embaraces. Quiero tu semen dentro de mi después del coito.

—Es importante la doble precaución… No soportaría el advenimiento de un hijo o hija en la situación monetaria desventajosa que padecemos. Tendremos que esperar mejores días.

Transcurrieron pocas semanas. Jericó —a quien el Estado le debía derechos laborales— cobró una nada despreciable cantidad de dinero que le permitió, repentinamente, adquirir una confortable casa y la equipó.

Además, guardó suficiente dinero para vivir holgadamente.

Ninfa recordó a su marido su promesa: apenas estuviese en condiciones para asumir el riesgo de embarazarla, eyacularía adentro. Ella le garantizó que no dejaría las pastillas anticonceptivas.

Durante su último acto sexual, poco antes de terminar, Jericó sintió que algo intentaba forzosamente salir de su falo, desde el saco testicular, por entre el orificio urinario: algo cilíndrico que lo desgarraba y provocaba un fortísimo ardor. Ninfa, feliz e indiferente al sufrimiento de su pareja, esperaba el chorro de esperma.

De pronto, el gozo que experimentaba la mujer se transformó en intenso dolor. «¡Saca tu pene!», «¡Sácalo, por favor, de prisa!» —suplicaba—. «¡Me muerde, es horrible!».

Jericó se apartó de Ninfa y comprobó que su orificio urinario se había dilatado asombrosamente, lo cual permitía que la cabeza y parte del cuerpo de una serpiente escupidora saliera del bálano.

LVIII

La misa

En primera línea, siete feligresas esperaban —arrodilladas— que el sacerdote (párroco de Pueblo Confín) les suministrase la hostia para materializar la comunión con Jesús (El Crucificado).

Y apareció el cura, vestido con una sotana de seda blanquísima que tenía encajes rojos en los bordes. Llevaba, en su mano izquierda, un portaoblea púrpura. Con su diestra dibujaba en el aire cruces.

El presbítero humedeció su pulgar con el vino que —servido en una copa de oro macizo— le extendió un fornido joven auxiliar de misa. Luego procedió a colocar —ininterrumpidamente— las hostias en la puntas de las lenguas de las mujeres que, trajeadas con minifaldas y blusas escotadas, saboreaban primero el dedo del padre ante de tragarlas.

Las atractivas creyentes recibieron su oblea previamente bendecida, y el sacerdote les ordenó que se mantuvieran arrodilladas. Dejó en manos del monaguillo el plato vacío de cristal y se levantó la sotana hasta la cintura.

—En tu nombre, Dios, mediante mi falo, redimo las culpas de estas pecadoras —en tono sentencioso, pronunció—. La succión las liberará… Amén.

Antes de ser decapitadas por el auxiliar de ceremonia con una afiladísima hoz, cada dama tuvo la oportunidad de chupar durante un tiempo aproximado de treinta segundos.

La sangre de las sacrificadas fue recogida en copas de oro macizo que se desbordaban, transformándose insólitamente en exquisito vino. Después se repartió entre los fieles que, aturdidos por el excesivo licor, salieron de la iglesia.

Fuera de la Catedral, por petición del indignado párroco varios policías arrestaron a un vagabundo que —borracho— narraba a los transeúntes cómo se realizaban las ceremonias religiosas ahí.

—La Constitución Nacional ampara mi libertad de expresión —furioso y resistiéndose a ser esposado, repetía el desconocido que portaba una botella de aguardiente por documentación—. Sobrio o borracho, el Hombre no está obligado —por ninguna Divinidad— a inclinar su cerviz frente a quienes acatan o hacen cumplir las leyes. Yo soy el sendero, la verdad, la vida y el juicio… Ocurrió, de pronto, que los harapos del indigente se convirtieron en un pulcro manteo. Su inmundo rostro se limpió y su Ser Físico empezó a expeler una especie de escarcha multicolor. Silente, fue envuelto por una espesa neblina y se esfumó.

LIX

Cajones de madera

En la «Zona de Esparcimientos» de la Casa Gubernamental para Retiros Espirituales, Romel Carrasca tomaba pócima y departía con un nutrido grupo de sus más jóvenes pacientes. Ese sitio para descansar y platicar se hallaba en el traspatio, a escasos metros de la playa.

Inesperadamente, de lo profundo, la resaca trajo hasta la orilla varios cajones de madera. Todos (varones y hembras) miraron, asombrados y en actitud interrogativa, al médico.

—Quizá sean los restos de algún barco que haya naufragado —interrumpió el doctor su meditación.

Intranquilo, el más observador del grupo miró hacia atrás y notó que la Casa Gubernamental para Retiros Espirituales ya no estaba. En su lugar captó numerosos cocoteros. Luego, visualmente comprobó que había tantos cajones de madera como cantidad de ellos presentes en la playa.

LX

Patíbulo de las guillotinas

Los cuatros hombres —convictos, confesos y sentenciados— eran trasladados en un pequeño autobús de la Fuerza Revolucionaria Armada Nacional (FRAN) hacia el Patíbulo de las Guillotinas. Ahí, frente al tablado, un centenar de espectadores esperaba —impaciente— la llegada de los condenados.

Atados de manos a la espalda e intimidados por guardias que portaban fusiles, los reos subieron por una escalerilla hasta el tablado: donde, rigurosa y pulcramente vestido de negro, el verdugo del Circuito Judicial Capital (CJC) los esperaba.

Sin ser desatados, cada uno fue forzosamente arrodillado frente a una guillotina. Los funcionarios de la FRAN les colocaron y sujetaron las cabezas entre los semicirculares troqueles de una madera gruesa.

A cada cual, el verdugo preguntó cuál era su último deseo. El Código Penal Revolucionario (CPR) establecía ese beneficio en uno de sus artículos.

El Reo A dijo que anhelaba comer parrilla de mariscos (una mesera se acercó hasta donde él estaba con un exquisito plato de especies marinas).

El Reo B expresó que estaba desesperado por consumir heroína (una enfermera se presentó ante él con una inyectadora y lo drogó).

El Reo C rogó que lo besara una rubia (una periodista, blanquísima y de cabellos amarillos, acudió de prisa).

El Reo D pronunció sus ansias por vivir.

Luego de —aproximadamente— sesenta minutos, tres pesadas cuchillas segaron igual número de cabezas.

—La ignorancia del Código Penal Revolucionario no exime a ninguno de su cumplimiento —infirió el verdugo cuando ordenó la liberación del Reo D—. Y el disfrute de la Justicia es irrenunciable.

Las tres cabezas separadas de sus cuerpos abrían —tardíamente— sus bocas para lamentarse y proferir insultos a su ejecutor.

LXI

Misántropo

Puntualmente, el «Superintendente de la República» llegó al Palacio de las Convenciones: lugar donde lo esperaban distinguidos representantes de todos los sectores de la sociedad y medio centenar de comunicadores sociales. De pie, hombres y mujeres lo recibieron en riguroso silencio.

El excelentísimo Don Ferula Castillo vino oculto en un novedoso chaleco antibalas y casco protector.

No confiaba en nadie. Cuando veía su rostro reflejado en un vidrioreflejo, instintivamente llevaba su mano derecha a la funda de su arma.

—Soy un homófobo —confesó, sin sentarse—. Ustedes están vivos porque mi antojo lo dicta. Y jamás me arrepiento de mis crímenes: los que acometo con mis manos y los que ordeno que se ejecuten.

Casi simultáneamente, los espejos que recubrían el interior del recinto estallaron en miles de pedazos.

LXII

Contrito

Cumplidos veinte años de mandato tiránico, El Incorruptible ordenó la secreta excavación de una fosa de cinco metros cúbicos en el centro de la capital de la nación. El pueblo al cual gobernaba despóticamente, y al que afirmaba amar, ya se sublevaba frente a sus crueles edictos.

Cuando hubo concluido el arduo y de moderna ingeniería construcción, El Incorruptible convocó al vulgo a congregarse alrededor de la fosa. Masivamente, quienes se creían vejados por el jefatural acudieron al bien planificado espectáculo mediante el cual El Incorruptible se zumbaría al foso que sería su «morada última». Una pesada y enorme tapa de acero sellaría, para siempre, su elegida sepultura.

Un trampolín móvil le sirvió para lanzarse a lo profundo de la fosa. El pueblo ovacionó su «acto de contrición». Previamente, El Incorruptible había oficiado que se repartiese abundante heroica [poderoso y de estado licor] al pueblo. La celebración inició de inmediato.

A una distancia de 8 kilómetros, en una zona costera de «seguridad militar», un artillado y lujoso buque recogió a un misterioso personaje que salió de un iluminado ducto que desembocaba en piedemar.

LXIII

El proxeneta

Enamoró y persuadió a una hermosa e inteligente chica universitaria para que se casara con él. Le prometió adorarla para siempre, cuidarla, satisfacer todas sus necesidades básicas y hasta las suntuosas. Ella aceptó su propuesta matrimonial y oficializaron su unión.

A los pocos meses de convivencia, el hombre se declaró en «bancarrota». Bajo «amenaza de muerte», obligó a su esposa abandonar los estudios y prostituirse para que trajese al hogar suficientes procerimpresos y poder mantener su respetable status social. Intimidada, todas las noches ella salía de la residencia y recorría las calles en busca de clientes sexuales. Y poco antes de cada amanecer retornaba junto a su marido que, feliz, administraba el billetardo que —riesgosamente— ganaba la mujer.

Durante una de sus dos noches semanales de asueto laboral, la cónyuge pidió a su esposo le hiciera el amor: empero, presa de la ira, el tipejo la despreció y la golpeó con fiereza mientras le repetía que no falotraba a putas. Le puso una soga al cuello y la tiró por el balcón del apartamento. Minutos después, se ausentó.

A la mañana siguiente los vecinos notificaron a la Policía Científica [PC] que en uno de los balcones, desnudo, colgaba el cadáver de una vecina, y que exhibía un cartel con la siguiente leyenda:

—Con mi suicidio no mereceré que se me indulte por mi inmoralidad y traición.

LXIV

Vindicta contracientífica

—No me hables de piedad cuando ya he desenfundado mi venganza —irascible, le decía un hombre a una mujer que mantenía atada a un poste de alumbrado público mientras amagada con degollarla con una daga.

—Maldito, soy una importante científica —repetía su aterrada víctima—. La Humanidad, a la cual pretendo salvar de la «Peste Infalible», necesita de mis conocimientos para salvarse.

—¡No execres mi vindicta cuando todavía exhibo las secuelas de la flagelación que me infligieras, esputo de Luzbel!

—Sólo te pido que me indultes porque no tiene sentido que me asesines para no ser exonerado de padecer esa ya, entiende, pandémica enfermedad…

—Porque las praderas estén húmedas, la Naturaleza no tiene que cesar sus precipitaciones.

LXV

Acto de magia

El aprendiz de mago miró, fija y progresivamente, a cada uno de los cincuenta espectadores que le pagaron y esperaban ejecutase el «acto de prestidigitación» mediante el cual desaparecería una montaña de dos mil metros de altura.

Había contratado los servicios de un minicóptero para que dejase caer un manto de lona sobre la superficie de la rocosa montaña. Apareció el ruidoso aparato volador y su piloto creyó realizar, eficientemente, su trabajo.

La cruz y el epitafio del infortunado ilusionista fueron colocados por el alcalde del poblado, luego de un emotivo discurso. Empero, previamente prometió multar y revocarle la franquicia oficial de operaciones a la empresa de minicópteros que envió —erróneamente— a un apagafuegos forestales.

—Nada tan de prisa nos convierte en virtuosos más que la sepultura —sentenció el político y dio por terminada la ceremonia.

LXVI

Por «inyección letal»

El «informe científico» sobre la inobjetabilidad del registro genético fue colocado sobre el escritorio del Jefatural Supremo. Sin porcentaje de error, los séxtuples —en algún momento de nuestra realidad y tiempo— propenderían a la insurgencia contra los «poderes legítimamente constituidos».

El Jefatural Supremo, consecuentemente, firmó seis órdenes de muerte por «inyección letal».

Un bienfamado obstetra tuvo la responsabilidad oficial de realizar la incisión al vientre de la embarazada para extraerle, pública y prematuramente, los fetos que, «en nombre de la República y por Autoridad de la Ley», serían inyectados.

LXVII

Sin representantes oficiales

Cuando, inesperadamente, se publicó —en la Gaceta Oficial— el «Decreto Extraordinario de Exterminio» de todos los funcionarios corrompidos, el Estado se quedó sin representantes.

LXVIII

El nombre de la bala

El sicario recibió una cuantiosa suma de dinero, identificación falsa, pasajes aéreos y una modernísima y de máximo calibre arma (cuyo alcance era ilimitado). Se le informó «que la pistola tenía una sola bala, que disparara hacia cualquier dirección porque el proyectil tenía impreso un nombre».

Pronto el «asesino a sueldo» apuntó hacia el horizonte y detonó la pistola. Semanas después, cayó abatido.

LXIX

«Privación Ilegítima de Libertad»

Al amanecer, la mujer parió y, la tarde de ese día, su recién nacido hijo formalizó (asistido por dos abogados) una acusación contra ella por Privación «Ilegítima de Libertad» (durante nueve meses) en la sede de la Policía Científica [PC] y la Fiscalía General de la República.

LXX

El ufano

—Por mi y mis ideales se escuchará el estrépito de las armas, mientras los cadáveres de la Rebelión nutren a las alimañas —se ufanaba el «Comandante en Jefe» mediante un discurso televisado, empero sintió el primer picotazo de uno de los negros pajarracos que lo rodearon.

LXXI

La celebración

—¿Qué opina de mi desempeño como magistrado? —preguntó Axel Davicenso a su padre, mientras celebraba su primer año de mandato nacional y le extendió una copa de vino para que brindara con él.

—Cuando todavía no gobierna, nada ni nadie impide a un hombre plagarse de virtudes —le respondió el viejo Davicenso y rechazó el ofrecimiento de su hijo.

—Antes que primer magistrado nacional, soy su primogénito. Usted me debe respeto y lealtad…

—Pero, a mi condición de padre le precede mi formación fundamentada en los «principios éticos» que —erróneamente— creí haberte transmitido.

Sin vacilaciones y frente a decenas de invitados especiales, dos de los numerosos custodias del jefatural esposaron a Davicenso padre y lo hostigaron golpeándole fuertemente las costillas y cabeza con las empuñaduras de sus fusiles de moderno formato.

—¿Por qué permites que tus cubrevidas me lesionen? —ofuscado, emplazó Davicenso a su pariente.

—De la nada no descendí y de mi fuente proceden todos mis actos —conjeturó el joven e impetuoso Presidente.

—Exijo se me respeten mis «Derechos Civiles, que son humanos» —comenzó a gritar el indignado Señor Davicenso.

—Sin investidura política o militar, resulta espuria y caricaturesca toda exigencia de respeto por los «Derechos Civiles» o «Humanos» —prosiguió Axel y, con una réplica de la espada del «Libertador de Naciones», estocó la garganta de su padre.

LXXII

Reflexiones del combustible fósil

En Playa Calamar, especialmente acondicionada para la realización de «retiros espirituales», Proto Avis aconsejó a su primo Dino Saurio:

—Cuando el miedo a la vejez te impulse a buscar una forma para detener el curso del tiempo, aumentarán los surcos y arrugas de tu rostro. A ti y a mi el futuro nos depara transformarnos en combustible fósil.

—¿Motorizaremos al mundo civilizado? —se inquietó Dino.

—Mejor di que quienes están por venir se entretendrán guerreando por nosotros.

—Pero: temo a la vejez porque la idea de la muerte me suscita pánico.

—Teme a la Historia que se escribirá con tu nombre, lagarto terrible.

—¿Y tú?

—Miraré las abominaciones desde las alturas.

—Pero: algún día te desplomarás y nos fusionaremos.

—Cuando vuele me abatirán con misiles «tierra aire», empero cuando descienda igual abatiré con las «ojivas nucleares» que portaré en mis alas.

LXXIII

El autobús

El autobús del transporte público —de la ruta Tabay-Mérida— se detuvo en la esquina de la Calle 18 con Avenida 5, para recoger a una dama embarazada.

Pero, inesperadamente, se introdujo un muchacho que sujetaba una fotografía y bolsa plástica con su mano izquierda. En su cintura se percibía el mango de un cuchillo.

Ningún puesto estaba desocupado, motivo por el cual un amable caballero se levantó del suyo y lo ofreció para la señora que —a pesar de su abultamiento de ocho meses— llevaba entre sus brazos a un bebé de un año y medio de nacido.

Excepto un pequeño grupo de liceístas, nadie hablaba en el interior del incómodo vehículo. No habían recorrido quinientos metros cuando, desencajado, el muchacho que abordó en el mismo lugar que la mujer comenzó un rápido y atropellado parlamento:

—Buenas tardes, señores y señoras —se expresaba cabizbajo y exhibía la imagen fotográfica de un anciano en silla de ruedas—. Éste —que ven ustedes— es mi abuelo. Espera —en el Hospital del Pueblo— por recursos para que le sean amputadas ambas piernas. Está a mi cuidado. No es diabético. Durante varios meses, enfurecido, me dediqué a golpeárselas con un martillo cada vez que me pedía comida. La que está a su lado, de pie, era mi madre. Luego de una discusión, la mutilé. Nadie se enteró porque nos sirvió de alimento por dos meses. No estoy en condiciones de trabajar. Escucho a la voz todo el día, esa que me incita a cometer crímenes y robos. Yo me resisto a convertirme en delincuente. Por ello, les agradeceré que me donen todo el dinero y prendas de oro o plata que lleven ustedes, buenas personas, para pagar la intervención quirúrgica al viejo. Quiero salvarlo: no tengo a nadie más a quien torturar. A cambio, les obsequiaré los caramelos de cianuro que llevo en esta bolsa.

Cuando culminó su discurso, la máquina no se movía. Levantó la mirada y comprobó que no tenía ocupantes.

—El sentimiento de pánico une a todos los seres —repetidas veces, escuchó a la voz mientras descendía por la escalerilla.

Afuera estaba su abuelo, sentado en su silla de ruedas. Tras suyo, los sesenta pasajeros que la víspera estuvieron en el autobús. Todos —hasta la embarazada y el bebé— blandían trozos de cabilla extraídos de un cercano —y en proceso de construcción— edificio. Asombrosamente, el anciano —también pertrechado— irguió su Ser Físico antes de anunciarle al nieto la sentencia. Al fondo, en un terreno baldío, un obrero uniformado cavaba —con un pequeño tractor, presuroso— una tumba.

LXXIV

El General

Desde cuando estudiaba bachillerato, un ambicioso hombre [ya ascendido a General] estuvo dispuesto a realizar lo que fuere con el fin de merecer el mando nacional. Logró la máxima jerarquía militar y, sin embargo, todavía recibía órdenes. Solía releer, con pasión, *El Oráculo del Tirano*. Especialmente una de las aseveraciones de su autor, Deifobos: «Sólo si ejecutas actos criminales e infundes terror a las personas, podrías ejercer poder sobre ellas e imponerles tu antojo».

Una noche extrajo —ilegalmente— un lote de armas de guerra de la Séptima Brigada. Las ocultó en el portamaletas de su vehículo y salió a la calle para reclutar adolescentes agresivos, capaces de participar en una acción insurreccional. El momento de iniciar la lucha por la Presidencia había llegado. Fue repentinamente interceptado por un grupo de niños que, apuntándolo con pistolas, lo obligaron a bajar de su máquina de rodamiento. Lo arrodillaron a empujones, lo insultaron, le rasgaron el uniforme, le desprendieron las charreteras, le dieron puntapiés y le golpearon sucesivas veces la cabeza con las cachas. Luego lo despojaron de sus documentos personales, de su dinero y prendas de oro. Abordaron el automóvil y huyeron a gran velocidad, dejándolo muy lesionado.

Fue auxiliado por un taxista que lo trasladó a la Séptima Brigada. Al llegar, advirtió que los soldados portaban nueva vestimenta. Colocándose las charreteras que recogió del lugar donde fue asaltado, se identificó como General. Si no se marchaba de inmediato, los muchachos le dijeron —sin ambages— que lo ajusticiarían.

—Tenemos una nueva Constitución Nacional —le informaron mostrándole *El Oráculo del Tirano*—. Llévese una.

LXXV

Derechos Humanos

—La Declaración Internacional sobre los Derechos Humanos, firmada y difundida mundialmente por quienes representan a las Naciones Unidas [NNUU], garantiza mi librepensamiento y mi vida —advirtió el hombre y fue lanzado desde un helicóptero artillado del Cuerpo Armado Nacional [CAN].

LXXVI

Moralejas

Albert, banquero de oficio, caminaba por un sendero desconocido que estaba plagado de plántulas al pie de las cuales había numerosas y amarillentas hojas, también flores sin orden esparcidas. Súbita e inexplicablemente, apareció ante él una mujer metálica.

—¿Crees que vivir es más difícil que estar muerto? —le preguntó.

—No sé quién o qué cosa es usted, pero le responderé —perplejo, replicó Albert—. Me parece que vivir es muy complicado. Mi percepción de la idea de la muerte está relacionada con el descanso eterno.

—¿Eres valiente? A riesgo de ser abatido, ¿enfrentarías a un delincuente que —con una poderosa arma de fuego— haya asesinado a tu esposa e hijos?

—No soy un cobarde. Si un criminal hiciese a mi familia lo que usted dice, yo lo encararía.

—Entonces, no eres un hombre valiente.

El hombre meditó sobre las palabras de la mujer de metal, que no le concedió tiempo para contestar. Ella prosiguió con su interrogatorio:

—¿Puede alguien ser simultáneamente pobre y sabio?

—Si podría una persona económicamente infortunada ostentar una gran inteligencia —se apresuró a responder el banquero.

—¿Necesita ser talentoso quien desee enriquecerse?

—Por supuesto.

¿Es un hombre superior a otro cuando tiene bienes de fortuna?

—No lo dudo.

—Entonces, ningún sabio es pobre.

Molesto, el sujeto dio la espalda a su interlocutora para intentar salir de esa ruta. Pero, segundos después se arrepintió y regresó ante la insólita persona para inquirirla:

—¿Aceptas que nada que no haya sido previamente captado por tus sentidos puede existir para ti?

—Tiene fundamento lo que afirmas —admitió la fémina.

Sin importarle atropellarla con su cuerpo, Albert emprendió de nuevo su camino. Las calles y edificaciones que tanto conocía retornaron mientras él se tomaba una cerveza en lata.

LXXVII

El porfiado

Fortunato fue sorprendido por su madre cuando, tiernamente, abrazaba a la dócil gorila que su padre había (adquirido) traído de África donde realizó una importante investigación antropológica enviado por la Universidad Central de Venezuela (UCV).

—¿Qué haces ahí, hijo? —indagó Ana Cecilia, alarmada, desde la ventana de la cabaña que mandaron construir especialmente para Chellenna.

—Nada, mamá —visiblemente asustado, replicó el joven universitario.

—Algo hacías con Chellenna, porque estás desnudo y sudoroso…

—Me duchaba en mi cuarto, escuché lamentos y corrí hasta aquí: pensé que la gorila estaba enferma y vine a examinarla apresuradamente. Recuerda que estoy avanzado en los estudios de veterinaria.

La señora de Barrientos dudó de la veracidad de la versión de Fortunato, pero creyó conveniente dejar el asunto para otro momento y emplazó al muchacho:

—Me encargaré de Chellenna. Regresa a tu recámara… Hazlo rápido.

La casa de los Barrientos era amplísima, de doce habitaciones e igual número de baños. Empero, sólo vivían en ella los esposos, sus tres hijos (Fortunato, Lucila, Enmanuel) y dos sirvientas.

La indignada madre no advirtió que la escena romántica entre el mayor de sus hijos y Chellenna fue también observada por Lucila. Poco antes del almuerzo, la chiquilla quinceañera entró al aposento de la señora de Barrientos y delató acciones similares y más profundas de Fortunato.

—Lo he visto muchas veces acostarse, desnudo, encima de Chellenna —murmuró—. Tengo un lente de acercamiento de los usados por papá en las expediciones… Fortunato nunca fue cuidadoso y jamás cubrió la ventana con alguna improvisada cortina. Enmanuel está enterado. Yo lo veo muy confundido.

—Quizá para no llamar la atención de las sirvientas, nunca quiso cubrir las ventanas con sábanas o toallas —presa de incontrolable llantos, expresó Ana Cecilia su sospecha.

Ese mediodía el almuerzo familiar transcurrió silenciosamente. Todos se escrutaban los ojos, sin pronunciar más palabras que las elementales. El señor Carlos Barrientos notó que algo ocurrió y, tras abandonar a medio comer su plato, llamó a su esposa y se reunió con ella en una de las bibliotecas.

—¿Qué sucedió aquí, Ana Cecilia? —la interrogó y frunció el entrecejo.

—Es muy grave, Carlos —musitó la mujer y lloró nuevamente—. Fortunato mantiene relaciones sexuales con Chellenna.

—¿Con Chellenna? ¿Está loco?

—Excepto tú y yo, todos lo sabían en la casa: inclusive, hasta las sirvientas. Pese a que Carlos y Ana Cecilia eran personas cultas y conformaban un matrimonio moderno, evitaron llevar a Fortunato ante un psiquiatra. Temían que el problema trascendiera y la familia Barrientos experimentase un

escándalo. Motivo por el cual decidieron enviarlo a Estados Unidos para que prosiguiera sus estudios allá y alejarlo de Chellenna, una bien cuidada e inofensiva gorila por la que Carlos habría pagado cinco mil próceres impresos norteamericanos a varios cazadores africanos.

Pasaron los años y Fortunato no escribía frecuentemente a sus padres. Sólo en dos ocasiones lo hizo: cuando culminó sus estudios de veterinaria en New York y la víspera de su boda con Susana, de la que no envió fotografías ni dio detalles. En cambio, los orgullosos Barrientos pudieron comprobar la licenciatura académica de su hijo por abundantes pruebas fotográficas y recortes de diarios recibidos.

Con el propósito de que sus padres no asistieran a su graduación, Fortunato colocó tardíamente la invitación oficial para el acto académico en el buzón de correos próximo a su apartamento.

—No es necesario que vengan a New York a verme —solía repetirles telefónicamente—. Inmediatamente después de graduarme, regresaré a mi país. Es mejor que me obsequien el dinero que planeaban gastar en pasajes aéreos, hospedaje y en la adquisición de objetos superfluos. La vida en esta ciudad es dura…

Luego de un mes de su graduación, Fortunato informó a sus progenitores que ya no deseaba retornar a Venezuela y anunció sus nupcias con Susana:

—No quiero verlos en mi matrimonio —en tono descortés, expresó telefónicamente a su madre —. Dile a papá que no me envíe más dinero…

En el decurso de una década, ninguno de los Barrientos tuvo noticias de Fortunato: dónde trabajaba, el sitio donde residía y quién era Susana permanecía en absoluto secreto.

Ana Cecilia enfermó súbitamente de cáncer y, dos meses antes de morir, pagó varios comunicados de prensa en los periódicos estadounidenses de mayor circulación mediante los cuales exhortaba a su hijo que viniera a verla a Caracas:

—Moriré, Fortunato, sin haber tenido la dicha de verte en mi lecho… —así terminaba su ruego.

Una mañana, al hojear el *New York Times*, Fortunato leyó el comunicado de su madre intitulado de la manera siguiente: *Para Fortunato, de su madre desahuciada en Venezuela*. Conmovido, el veterinario compró varios boletos de avión y reservó cupos para su esposa, dos hijas y él. Advirtió, con un telegrama urgente, que viajaría a Caracas el fin de semana próximo.

Juntos, Carlos, Lucila y Enmanuel fueron al aeropuerto «Simón Bolívar» a recibir al primogénito de los Barrientos. Lentamente, encadenados, descendieron por la escalerilla del aparato volador dos (bípedas) criaturas mitad humanas seguidas por una hermosa perra: a la cual, con profundo amor, Fortunato llamó Susana.

LXXVIII

El ano falófago

Conocí a Patricia Doblevé en el boulevard de Sabana Grande, en Caracas. Estaba sentada sola, en una mesa para cuatro personas, y leía una biografía que de Freud escribió Stefan Zweig. Al preguntarle si podía sentarme ahí, asintió con la cabeza y abrió sus piernas para demostrarme cuánto deploraba la ropa interior.

Pedí una cerveza al mozo que todas las tardes servía, con excesiva amabilidad, a los mismos ociosos y a furtivos turistas norteamericanos, suizos, noruegos, ingleses y franceses. Rara vez vi a dominicanos, portorriqueños, haitianos o gente del bajo Sur.

—¿Cuál es tu nombre? —interrogándome, llamó mi atención la mujer.

No le respondí inmediatamente y, nervioso, miré su vagina. Era hermosa: color rojo pálido y poco velluda.

—Empédocles —al fin, satisfice su curiosidad.

—¿Harías el amor conmigo? —inquirió nuevamente y aproximó su rostro al mío para besarme.

Sin esperar mi decisión, se levantó súbitamente de su silla. Tomó su bolso, giró su Ser Físico hacia el lugar donde yacía la caja registradora y caminó de un modo incitante. Extrajo una billetera y pagó la cuenta en próceres impresos venezolanos. Me resultaba imposible despegar la vista de su formidable trasero, de sus bienformadas piernas y de su obscura y abundante cabellera que contrastaba con su blanquísima tez.

Me atraganté con la cerveza, me puse de pie y la seguí a su automóvil. Sin cruzar palabras, la chica encendió su máquina de rodamiento y condujo rumbo a su hábitat.

Ya en la cama y desnudos, admito que yo no (pretendía) deseaba penetrarla por detrás. Empero, ella insistía con sus provocaciones: me fustigaba el miembro con sus preciosas nalgas y me desafiaba con posturas similares a las de las gatas en celo.

—No me obligues a ejecutar la falotración anal —le rogué con voz apagada, vanamente, en tanto mi pene, ufano, enrojecía de excitación y brincaba.

No resistí ni dos minutos: abrumado, introduje mi órgano en su ano y, luego de jadear durante media hora, experimenté una eyaculación indescriptible. Me sentí profundamente feliz, pero, de repente, me asaltó un intensísimo dolor. Por su parte, Patricia bufaba de placer y se echaba dócil encima de las almohadas. Mientras caminaba en dirección a la ducha para asearme, el dolor aumentó en mi sexo. Había pensado examinarme ante el espejo.

Abrí la puerta y, cuando estuve frente al vidriorreflejo, comprobé que ya mi falo no pendía entre mis piernas. Horrorizado, advertí cómo un chorro de sangre brotaba del tronco deslizándose por mis muslos. Indignado, volteé para mirar a la Doblevé y capté una minúscula —de piraña— dentadura al centro de sus nalgas.

LXXIX

El indigente

—La existencia es sempiterna, pero quienes temporalmente la representamos no lo somos —aterrorizado, expuso el indigente sin apartar su mirada de la pistola que El Exterminador de mendigos le había colocado en el entrecejo—. Señor: le ruego, de rodillas, que tenga piedad de mi…

—¿Para qué? —le preguntó quien fortuitamente lo amenazaba—. Si es cierto lo que afirmas, no reencarnarás para ser —de nuevo— un miserable.

—Perdóneme, señor: me contradije involuntariamente con un peripatético enunciado.

La detonación produjo eco entre las imperiales y modernas edificaciones de la ciudad. Varios residentes de apartamentos asomaron sus rostros por las ventanas. Bostezaban e intentaban superar el tedio para salir a cumplir con sus obligaciones cotidianas.

LXXX

Mutilado

Durante más de un lustro, Bia eligió la violencia para dirimir sus desacuerdos con Ocunue: los puños, las uñas y objetos domésticos.

De costumbres apacibles, intelectual, ligeramente inclinado a Baco y atractivo para muchas mujeres, su marido había (resignado) claudicado.

Bia era hermosa, inteligente y también encantadora para los varones: pero, a causa de su frecuente mal humor y sus prejuicios, era difícil que alguien se atreviera a cortejarla o adularla. Aparte de lo cual, asumía los típicos comportamientos de las casadas.

Ocunue estaba destinado a convertirse en el «elemento físico» mediante el que Bia desataría su odio, su ira. Cruelmente, se desinhibía cuando la oportunidad de proferir golpes se presentaba.

—Eres un degenerado —solía gritarle—. Un tipejo: egocéntrico, bruto, ordinario, camionero, promiscuo, sádico, estafador (no me has dado la vida que prometiste), puto, coño de madre, rata, gusano, excremento de cañería, infeliz, desalmado, mal padre […].

En ocasiones, parecía que su forma de proceder respondía a sus celos extremos. Sin embargo, específicos e inequívocos rasgos delataban su placer por la praxis del castigo corporal. De su boca brotaba espuma, sus ojos (que normalmente eran verdes) se volvían llamas y sus labios adquirían una mueca horrenda. Es decir: su belleza se transformaba en monstruosidad.

Sin éxito, Ocunue intentó persuadirla de actuar sin exaltaciones: de discutir los problemas sin recurrir a la violencia. Bia reincidía constantemente: lo lesionaba con diferentes instrumentos, le arrancaba los cabellos, lo rasguñaba y hasta quiso dejarlo ciego (le arrojó el contenido de un frasco de alcohol puro en los ojos, provocándole una grave irritación corneana). También lo amenazaba con verterle ácidos para lograr su definitiva ceguera. La más peligrosa de sus ideas fue, sin duda, la de amputarle el falo tras verlo dormido.

Empero, ignoraba que ya por la mente de su esposo deambulaba ese recurso: segar su miembro. De ese modo, Bia lo dejaría en paz y admitiría que él no le era infiel: por no poder ni querer.

Una noche, casi al amanecer y abrumado por las sistemáticas agresiones de Bia, el carajo compró una docena de pócimas espumosas y legales. Escuchaba música y bebía. De pronto, afiló el cuchillo que usaba para deshuesar pollos: y, luego de ponerlo erecto, cortó su falo. Automáticamente, del tronco brotaron chorros de un líquido color ocre (cuya consistencia recordaba al barro). Ocunue tiró el arma, se llevó las manos a la sexual zona y cayó desmayado.

Más tarde, Bia lo halló. Con la ayuda de la chica del servicio doméstico, lo condujo hacia la calle. Paró un taxi y le pidió que se apresurara rumbo al hospital. Allá, los interrogatorios médicos y las pesquisas policiales fueron embarazosos. Ocunue recuperó el conocimiento y formuló:

—Nadie me hirió. Volitivamente, amputé mi pene.

La sirvienta se dio la tarea de limpiar las paredes del cuarto de baño donde Ocunue,

enloquecido, se castró. Lucían terriblemente manchadas. Trató de recoger lo que del miembro de su patrón dejaron las cucarachas y hormigas falófagas de la casa. Inútil propósito: del techo saltaron y la atacaron los ortópteros e himenópteros. Presa del pánico, huyó.

Ulteriormente, retornó la calma al hogar: no se oían insultos, alaridos de medianoche, recriminaciones, los comunes estrépitos producidos por los vidrios al romperse. El presidente de la Junta de Condominio del edificio los felicitó y retiró la amenaza de desalojo que, por escándalos, pendía sobre la familia. Ocunue se dedicó aún más a su trabajo escritural, a la lectura y a ver películas. Platicaba poco y, progresivamente, aumentó su insomnio. A veces sentía un irremediable cosquilleo en el tronco fálico, angustia sexual, calor excesivo. Frustrado, ejecutaba los movimientos propios del coito. Entonces, sus lágrimas precipitaban y humedecían sus pómulos que —bajo la luz de la luna— mostraban inusitado brillo.

Transcurrieron apenas tres meses antes de que Bia retomara los hostigamientos contra su marido. Al principio, le insinuaba que él empleaba su lengua para coronarle orgasmos a su secretaria: una dulce y atenta dama a quien agradecía sus consuelos verbales.

Las insinuaciones se transformaron en directos emplazamientos:

—Hijo de puta —lo espetaba—. No tienes palo e igual me traicionas con tu lengua… He visto sangre en tus labios. Ni siquiera esperas que tu secretaria deje de menstruar para lamerla como lo que eres: un perro escabioso… (La verdad es que Ocunue sangraba a causa de su torpe uso del «hilo dental»).

Una madrugada, varios directivos de la Junta de Condominio se reunieron de urgencia y acudieron al apartamento de la pareja. Iban con el fin de solicitarles el alejamiento del lugar. Pero, un extraño incidente los detuvo: víctima de un intenso dolor, Ocunue se arrastraba por el pasillo que comunicaba a los apartamentos del Piso 3. De su boca emanaba copiosa sangre y todavía, con fuerza, su mano derecha apretaba una tijera análoga a las empleadas por los descuartizadores de aves en las carnicerías.

Lo rescataron y —personalmente— llevaron a una clínica situada a pocos metros de ahí. El presidente del Condominio utilizó su tarjeta de crédito para responsabilizarse por los gastos. La administración del edificio contaba con una partida de contingencia, especialmente destinada a los residentes en tragedia.

—Busque, velozmente, la lengua del señor —rogó uno de los cirujanos—. Estamos en condiciones de anexársela…

Un voluntario fue y pudo ver cómo el perro de Bia, un pequinés de hocico extra, se disputaba entre cucarachas y hormigas el pedazo de carne. Le narró el «accidente» a la señora de la casa y, junto a ella, de nuevo se dirigió al establecimiento hospitalario. Al enterarse de la pérdida del órgano, los médicos —que tenían listo a Ocunue en el Quirófano— decidieron rasparle la zona mutilada y coserla. Bia mostraba desequilibrio psíquico por la acción de su hombre. Una enfermera le aplicó calmantes intravenosos.

Al cambio de las cosas, mudo y sin miembro, Ocunue proseguía su existencia. Oficialmente, las autoridades de la institución universitaria donde laboraba ordenaron que fuese pensionado. Creyéndolo loco, sus antiguas amistades y compañeros de trabajo lo rechazaban. En los ambientes

culturales, gente maliciosa esparcía numerosos rumores en los cuales él era descripto cual «imbécil».

Por su parte, Bia visitaba, todas las noches, una iglesia evangélica. Se confesaba arrepentida y penitente. Cruzaba escasas palabras con Ocunue. Temía —según dijo a uno de sus cuñados— que su esposo la asesinara por venganza. Ningún infundio se propagó mayor. Jamás aquél infortunado haría daño a quien tanto amó.

Ocunue fue divisado por última vez en un sanatorio para minusválidos: se desplazaba en una silla de ruedas electrónica y carecía de manos, pies y nariz.

—La semana próxima llegarán de Norteamérica tus prótesis —lo alentaba una hermosa enfermera —. Parecerás una persona normal. Ya verás.

LXXXI

Zoológico familiar

Al final de la Luna de Miel, los esposos Pirandelo conversaron en el Hotel «Los Páramos» sobre la posibilidad de tener dos hijos para dar forma a una dicha hasta ahora circular.

—Quiero un par de chicos —promulgó Ana María—. Un varón y una hembra, por supuesto…

—Estoy de acuerdo contigo, mi amor —correspondió Jorge Antonio—. Aún cuando no tengo una gran fortuna, es suficiente para criar muchachos y dejarles aceptables bienes en caso de que muera.

—No seas pavoso… Hablar trágicamente durante la Luna de Miel es excentricismo.

La pareja esperó que el período marcara la fecha a partir de la cual intentarían fecundar al primer hijo. Una semana después de la Luna de Miel, sobrevino la llamada menstruación. Ana María suspendería las píldoras anticonceptivas.

Una noche, en plena ovulación, tuvieron relaciones parcialmente interrumpidas por la insólita presencia de un fisgoneador búho en la ventana de la habitación matrimonial. Jorge Antonio lo corrió mentándole la madre y amenazándolo con un revólver que ocultaba bajo la cama. El pajarraco, aterrado, produjo un gran estrépito en su obligado y atropellado vuelo.

Nueve meses más tarde, cundió el pánico en la Clínica «Virgen del Carmen». Ana María había (podrido) parido un bebé con cara y alas de lechuza. Inmediatamente, convocaron una junta médica y prohibieron la entrada a los periodistas: ninguno se explicaba cómo lograron enterarse del asunto. Iracundo, el director juró destituir a quien filtrara más informaciones en favor de los «insensatos comunicadores sociales».

La Junta Médica y la pareja Pirandelo creyeron conveniente la eliminación de la bestia. Empero, súbitamente fueron acusados de impíos por el sacerdote que solía oficiar las extremaunciones a los burgueses que elegían morir en la «Virgen del Carmen»:

—Si ustedes asesinan al niño, yo, personalmente, los denunciaré ante las autoridades y la prensa —los intimidó.

Acataron la sugerencia del presbítero y dejaron vivir a la criatura. Además, un juez dictó una resolución mediante la cual obligaban al matrimonio a cuidar a Nicolás: el búhombre por cuya causa Jorge Antonio y Ana María se mantenían en permanente reyerta.

Resignados por lo que la Iglesia —proclive a justificar las aberraciones más inimaginables— determinó en nombre de Dios, ambos aceptaron velar por el monstruo primogénito y simultáneamente emprender la búsqueda de un segundo descendiente.

Sintiéndose ovular, Ana María anunció —capciosamente— a su compañero su excelsa disposición para intentar un embarazo. Jorge Antonio, con los testículos abultados de semen y abstinencia involitiva, ello toda vez que su mujer lo aborrecía culpándolo de haberla fecundado con un «espermatozoide amorfo» y «demoníaco», desesperado accedió a poseerla.

En la ejecución del tercer coito consecutivo, una espectacular iguana —de un metro de largo,

aproximadamente, de las que suelen habitar la cima de los árboles y se dejan ver pocas veces por los humanos— tocó con obstinada insistencia el vidrio del ventanal volviendo interroto el acto carnal.

Furioso, Jorge Antonio disparó contra el intruso de oblongo hocico y el impacto de la bala lo tiró hacia el traspatio. Con el falo aún erguido y trémulo, se levantó abruptamente de la cama y asomó su rostro a través del ventanal. Pese a ver agonizante al lagarto, detonó nuevamente su revólver porque le sacaba —en abierta mofa— su escotada lengua.

Los vecinos —al presumir que al fin el matrimonio ajustició a la lechuzahombre para redimirse — acudieron a la residencia de los Pirandelo y formaron un alboroto al frente. Jorge Antonio cubrió su desnudez con una toalla, saltó al traspatio, agarró al reptil y sorprendió a los chismosos con su facha de cazador: en su mano izquierda llevaba a la iguana y en su derecha su humeante arma.

Las mujeres de los vecinos —que, en su ancestral condición de comadres, captaban lo doméstico hasta en instantes de perplejidad— comentaban entre sí la graciosa erección de Jorge Antonio tras la toalla. El miembro se movía grotescamente en espera de la reanudación del coito, la víspera interrumpido para expeler lo que podría llamarse larvas de hombres.

Los vecinos regresaron a sus hogares y, al entrar a su casa, Pirandelo comprobó que el búhoniño sobrevolaba la sala. Le intrigó su fuga de la jaula, instalada en la recámara anexa a la cocina; donde, aparte de las sirvientas, sólo tolerarían dormir las ratas. Lo atrapó y encarceló.

Minutos después, prosiguió su frustrado tercer coito con Ana María quien, inamovible y paciente, esperaba su retorno a la alcoba.

Transcurrieron los meses y una tarde Ana María fue auxiliada por una de las vecinas cuando rompió fuente. Fue conducida al mismo centro asistencial, la Clínica «Virgen del Carmen». El mismo obstetra que asistió a su mujer durante el parto primerizo, el doctor Temístocles Arreaza, escandalizado telefoneó a Jorge Antonio para notificarle el nacimiento de un bebé mitad humano y mitad lagarto.

Al cabo de dos décadas, los Pirandelo se enriquecieron mediante el cobro de entradas a los turistas: que, de todos los confines de la tierra, venían a conocer a las famosas bestias del zoológico particular de Jorge Antonio.

LXXXII

El Sicario

Lya Ballesteros leyó el aviso —publicado en el diario *Últimas Noticias*— que decía:

> «Si usted desea morir y no puede flagelarse por cobardía o prejuicios religiosos, solicite mi ayuda. Escriba al Sr. Sicario, Apartado Postal Nº 96. Mérida, 5101, Venezuela. Garantizo total confidencialidad».

Recortó el «aviso clasificado» con una hojilla de las que solía descartar luego de afeitarse una vez con ellas. Se levantó del sofá y buscó un bolígrafo. Redactó una breve misiva:

> «Estoy desesperada, señor Sicario. Siento avidez por la muerte. ¿Podría usted matarme? Estoy dispuesta a pagarle, en efectivo, hasta un máximo de doscientos mil próceres impresos por el trabajo. He aquí la única condición que antepongo al trato: mi muerte no debe ser dolorosa. Por lo contrario, placentera. Búsqueme en la Sección de Finanzas del Banco Transnacional. Ahí concertaremos la cita mortuoria».
>
> (LYA BALLESTEROS).

Después de recibir y leer la carta de la Ballesteros varias veces, El Sicario fue a visitar a la dama al Banco Transnacional.

—¿Trabaja aquí la Sra. Lya, cierto? —interrogó a una antipática recepcionista.

—¿Quién es usted? —curioseó la joven.

—Un amigo de ella.

—¡Tiene que darme su nombre, comprende!

—Soy el Sicario.

—Ese no es un nombre.

—Es mi seudónimo.

—Si no menciona su nombre no podré anunciarlo y llamaré a los custodias —súbitamente malhumorada, amenazó.

—Oiga, Señorita: es importante para Lya Ballesteros que hablemos. Si usted no me anuncia ahora, pronto lo lamentará.

Todavía molesta, la chica ejecutó un par de pasos hacia un master telefónico digital. Tocó uno de los numerados espacios del multiaudifonovocal y murmuró:

—Un señor la busca, doctora. Afirma que usted lo espera. Rehúsa darme su nombre auténtico y se limita a decirme que es el Sicario.

—Hazlo pasar —inmediatamente— a mi oficina y, mientras esté conmigo, no me pases llamadas telefónicas —secamente, ordenó Lya.

El Sicario sentó su Ser Físico en una de las butacas que yacían frente al lujoso escritorio de la Ballesteros, y notó la extraordinaria belleza de la mujer.

—Me impresiona usted —le confesó en tanto que, con su mano derecha, palpaba la pistola oculta en su maletín.

—¿Qué le gusta de mí? —sin sonreír, le preguntó la cliente y le extendió una botella repleta de caramelos. Igual un paquete con doscientos mil próceres impresos venezolanos.

—Usted me recibió de pie y vi su cuerpo, doctora —contestó—. Segundos más tarde, sentándose, percibí parcialmente sus pechos por su entreabierta blusa. Levanté la mirada y me ofuscaron sus ojos…

El hombre tomó dos caramelos y se llevó uno a la boca. Guardó el paquete de dinero en el maletín. Lya lo escrutaba con asombro. La había —obviamente— perturbado. Fue el propio visitante quien rompió el silencio de la Ballesteros.

—He venido para que nos citemos, ¿lo olvidó? Dígame su dirección y la hora durante la cual está absolutamente sola. No correré riesgos para asesinarla.

Lya tiró una tarjetita de presentación sobre sus piernas. El otro la recogió del piso y bufó. En el reverso, ella había plasmado las instrucciones manuscritas.

—Esa no es forma de tratar al que le ahorrará la molestia de eliminarse —declaró el Sicario.

—Estoy confundida y nerviosa —se disculpó—: esta noche moriré, entiéndame…

Sin más palabras, el Sicario salió de la oficina. Tomó su menudo vehículo y marchó hacia la Avenida Sacramento. Allá, en su residencia, leyó los matutinos y se ocupó en revisar y limpiar su pistola automática.

Al oscurecer, vestido de azul, abrió el portón de la casa de Lya. Caminó rumbo a la puerta principal y comprobó que estaba abierta. Entró y la vio en dormilona; recostada en un amplio mueble, lucía hermosísima.

Tras un corto período de mutua observación, ella le rogó al intruso que cerrase la puerta con llave. Su servidor acató el mandato y, posteriormente, se aproximó al mueble.

—Apagaré las luces —musitó la Ballesteros y se dirigió al sitio donde fueron instalados los interruptores.

El Sicario desenfundó su arma, la examinó, le colocó un silenciador y apuntó a Lya. Visiblemente conmovida, ella se acercó a él y lo abrazó con fuerza. Poco a poco, se deslizó hacia abajo hasta quedar arrodillada.

Su boca se hallaba al nivel de la pistola y, por eso, la abrió. Suave, el Sicario introdujo el cañón del arma en la provocativa cavidad bucal de la Ballesteros. Su dedo índice tocó el gatillo, sin decidirse a activarlo.

El Sicario puso su mano izquierda encima de la cabeza de Lya al tiempo que ella, dulcemente, chupaba la punta del silenciador. Ninguno advirtió en qué momento el falo del hombre sustituyó a la pistola en la boca de la Ballesteros quien, ansiosa, lo succionaba.

Transcurrieron diez minutos antes de la (eyaculación) detonación y la mujer cayó bruscamente a los pies del criminal. El orificio urinario del aún rígido miembro expelía copioso humo.

LXXXIII

Parto

La noche del viernes —cuando bebía vino en su estudio— Román oyó quejidos. Provenían de la habitación principal: ahí, dos horas antes, había dejado a su esposa. Varias lagartijas recorrían las paredes y la biblioteca. El reproductor de música difundía *Let It Be* (Beatles). A través de una ventanilla barroca, vio el bosque de pino.

Regresó al recinto matrimonial, miró el abultado vientre de Alicia e interrogó:

—¿Es el momento?

—No sé, querido —sin levantarse de la cama, replicó ella.

—Cambia tu vestido. Iremos a la Clínica Maternidad.

En pocos minutos, ambos estuvieron listos. Luego, el hombre ayudaba a su mujer a caminar. En el garaje, una docena de gatos dormía encima del automóvil (Volvo, 1985). Abrió el portón (pintadas de gris, rejas de acero inoxidable) y, sin darse cuenta, se halló en el interior del carro. Con ansiedad y en velocidad neutral, aceleró.

Arrancó. Segundos después, se detuvo y retrocedió hasta su casa. Su compañera lo escrutó e indagó:

—¿Olvidaste algo?

—Sí —parco, respondió su cónyuge.

—¿Puedes decirme qué cosa?

Intentó (mentir) hablar. Sin embargo, descendió y corrió hacia la vivienda. Más tarde, salió aferrado a un maletín negro (forjado con cuero de chivo). Pájaros nocturnos sobrevolaban el poste del alumbrado frontal a su casa, escupían el bombillo y escapaban.

Por fin, partió. Las luces del vehículo fallaban. A causa de los fortísimos dolores, la mujer lloró.

—Ten paciencia —la consolaba Román—. Pronto llegaremos. Todo sucederá perfectamente.

Ya calmada, la chica quiso abrir el maletín de su marido. Empero, él lo impidió separándole la mano con la suya.

—¿Qué ocurre? —consternada, lo inquirió.

—Explícate…

Una vez más, Román ayudó a su pareja a deambular. En la recepción, una enfermera trajo una camilla. La pulcritud del local era excesiva. La subieron e introdujeron a la sala de partos. Sentado en una butaca, el futuro padre esperaría. De improviso, surgieron tres aves (al parecer, las mismas de la víspera). Le orinaron la cabeza y escaparon. A carcajadas, los espectadores reían.

Sin soltar el maletín, Román secó su rostro con un pañuelo. Ante la actitud severa del infortunado, la gente cortó la risa.

El obstetra apresuró sus movimientos. Pidió un instrumentista, un anestesiólogo, dos enfermeras y un médico auxiliar. Se preparaba contra una probable complicación. Los signos de la paciente no

eran buenos. Anexo a la Sala de Partos, estaba disponible un super equipado quirófano.

No fue necesario operar. Con las piernas estiradas, Alicia gritó y una criatura asomó su nariz por entre los labios vulvares. Después la cabeza. Abruptamente y sin un esterilizado traje, Román apareció en el lugar. Padre e hijo cruzaron hostiles miradas. El pequeño, quien no terminaba de nacer, sacó de la recién rota placenta una enorme daga (de bronce y casera elaboración). Por su parte, Román extrajo de su maletín una filosa hachuela. Al unísono, gritaron y sus cabezas cayeron simultáneamente al piso.

LXXXIV

Cubo de cristal

Tras un amplio mostrador, en uno de los parajes turísticos de la Avenida Principal, Rufino vio un cubo en venta. Adherido a uno de sus lados, un papel explicaba sus funciones.

Con letras mecanográficas, ahí estaba escrito lo siguiente: «A través de las paredes de este cubo de cristal, conozca su futuro».

Presa de la curiosidad, Rufino introdujo su mano izquierda en el correspondiente bolsillo de su pantalón y palpó. Rápido, sacó todas sus tortugas de plata. Contó cincuenta y cinco. Igual, extrajo su billetera y completó la suma requerida.

En el almacén, un altísimo hombre lo atendió. Por causa de la mediana estatura de Rufino, el (quizá) propietario dobló excesivamente su columna vertebral para ejecutar la reverencia de los serviles. Le traquearon algunos cartílagos cuando interrogó:

—¿Desea algo, Señor?

—Quiero el cubo de cristal —parco, respondió el comprador.

Súbitamente, el alto y quijotesco vendedor ordenó a su esposa que le buscase la pieza. Sumisa, la mujer corrió hacia el mostrador. Después, regresó y puso en manos del cliente el objeto.

La calle está repleta de transeúntes, automotores y animales realengos. A paso de ebrio, nuestro protagonista camina sin rumbo preciso. No puede ocultar su alegría por la rara adquisición. «Al fin —pensaba— seré consciente de mi devenir».

Se detuvo en la Plaza Abril y sentó su Ser Físico al borde de la estatua del Prócer Cobarde (honor al general que, ante el Decreto de Guerra a Muerte dictado por el Libertador, fundió su sable y desertó incitado por una hermosa dama). Acomodó el cubo de cristal y, sin pestañear, lo miró fijamente. Pronto, surgió la imagen de un gorila. El monstruoso animal, enfurecido, blandía un machete. Rufino se aterró. En un maletín de piel, similar al usado por los médicos, guardó el invento y prosiguió su camino.

Durante varios meses, el objeto mostró la misma imagen a Rufino quien —obstinado— continuó escrutándolo inútilmente hasta cumplir el año de posesión.

Presa de la ira, una calurosa tarde lanzó el aparato desde el balcón de su apartamento (noveno piso). Milagrosamente, el frágil cubo no reventaría al caer encima de un automóvil abajo estacionado. Rebotó y produjo un fortísimo estrépito al caer sobre el pavimento.

Días más tarde, recibió un telegrama de su progenitora. Textualmente, le anunciaba: «Iremos de vacaciones a Ciudad Ferrosa. Espéranos en el aeropuerto. Me acompañarán tus hermanitas. Estaré contigo a las diez horas, mañana sábado».

Priscila y Nuriamarina, sus hermanitas, se empeñaron en visitar el Zoológico de Aries (situado al norte de la capital). Por otra parte, su madre le rogó que la llevase a La Catedral.

—Primero, vamos al zoológico —ordenó la Señora.

El vehículo se desplazaba sin tropiezos. Empero, Rufino parecía nervioso. Su garganta secó, su cuerpo temblaba y un frío extraterrestre fustigaba sus huesos. Muy cerca, rabioso, un antropomorfo empujaba a un obrero que cortaba el monte con un machete. Logró quitarle la filosa arma y amenazó a los turistas.

—¿Qué te sucede, hijo? —le preguntó Doña María al verlo ensimismado.

Rufino la miró, reaccionó y pronunció:

—Nada. Me distraje, perdóname.

Numerosos reptiles cruzaban la carretera. En ocasiones, los conductores los mataban con las llantas. Al fin, llegaron. Todavía intranquilo, Rufino llevó a sus acompañantes al lugar de los felinos. Con fervor, sus hermanas fotografiaban a los encarcelados mamíferos.

Repentinamente, apareció el gorila. Levantó el machete a la altura de su cabezota y embistió contra Rufino que, dominado por el pánico, huyó.

En curso de una semana, Rufino estuvo extraviado. Al recuperarse psíquicamente, retornó al apartamento. Sus familiares le explicaron cómo los gendarmes sometieron y arrestaron al tipejo que se disfrazaba de gorila.

—Es un individuo altísimo, de aspecto quijotesco —relataba su madre.

LXXXV

El escultor

La nada, argumento filosófico tan antiguo y enigmático cual el Hombre, surge de lo perceptible. La juzgamos cosa ninguna porque, sin reparos, su índole enfrenta al concepto tradicional de existencia. Pese a ello, postulamos definiciones de cuanto no tiene registro. Estamos forjados bajo la ilusión del lícito juicio, la conjetura inteligible y el procedimiento científico. En virtud de lo expuesto, nació la siguiente historia:

> «Con sus encallecidas manos, el escultor tallaba una figura humana. Su ingenio daba vida a una nariz perfilada, discretos pómulos, entristecidos ojos. Los redondos y menudos hombros prolongaban un cuello poblado de gruesas venas.
>
> »Jamás informe, el volumen ocupaba una parcela del espacio vacío e infinito. La nada, el escultor y la ablución implícitos en el acto creador; la luz del astro mayor, un ámbito imaginable y mortal, se materializaron en el taller.
>
> »—Soy Dios —para sí mismo, proclamó el artista.
>
> »En ese siglo, quien poseyó dones divinos fue —rápidamente— enjuiciado: expuesto al desprecio público, fustigado y oculto en el subsuelo terrestre.
>
> »—Dicté mi volición —mientras lloraba, proseguía el solitario individuo—. En mi propio nombre, te concibo. Que el *Libro de la Posteridad* (no el Eclesiastés) guarde tu nueva circunstancia.
>
> »Súbitamente, el escultor sintió que algo mojaba su pecho y vientre. Con ambas manos, apretó el estilizado cuello del *mozo inamovible*: cuyo erguido miembro —en oblicua posición— disparaba chorros de orine hacia él».

LXXXVI

Asesino

En el curso de la mañana, Estigio deseó ejecutarse: a su juicio, la rutina lo separaba de una existencia auténtica. Hasta ese día, su rectitud forjaba a un individuo apacible y cortés. Tú, lector, y yo, que narro, sabemos cuánto la Historia registró sobre lo expuesto. El aburrimiento es decadencia, la aventura renovación de pasiones y el desacato un noble principio. Estigio igual lo razonó: por ello, la detonación se produjo.

El arma, de fabricación casera, ferrada en inusitado proceso, cacha de oro y gatillo de rubí, expelió humo. Un suave movimiento de mano, un instante purpúreo, la luz encima de la pistola y el presagio en la mirada. El ruido: seco, indivisible, exacto, ajustado a la contingencia.

Violentamente, Estigio cayó. Hubo alarma. Todavía el Aereómetro no aparcaba en la Estación Valle Grande.

Un minuto después, el vehículo se detuvo; apresuradas, varias personas lo trasladaron a la Clínica del Boulevard. Los gendarmes custodiaron al infortunado e interrogaron a los testigos.

Estigio se salvó de una intervención quirúrgica (la herida fue poco profunda). Le aplicaron las curas correspondientes: «inyecciones antibióticas», «esterilización de la zona» y «vendajes».

Antaño sosegado, su rostro se volvió rígido: y ninguno imaginó las probables secuelas del fallido acto. Dentaduras flotantes, postizas, sonríen en el iluminado y blanco habitáculo. El paciente penetra lo revés de un sueño iniciado con un ruido seco, indivisible, exacto, ajustado a los hechos.

No preciso la suma de presentes perpetuos. El hombre, ya vestido, fortalecido, lúcido, cejas altivas y cabellos en orden, traspasó el umbral de la Clínica del Boulevard y retomó la calle: una libertad de concreto, smog, indiferentes peatones y escándalos.

Si Dios lo ayudó y quiso que viviera, pronto arrepentirá. La razón: Estigio nació en Paraíso de Rufianes. Contra él, los dictámenes no procederían lícitamente.

Mi personaje comenzó a vivir presa de la rabia. Una máscara adherible a la piel de la cara, un peluquín verduzco, zapatos de goma y la pistola precedían los súbitos y breves llantos. Con una extraordinaria superficialidad, los noticieros apodaron «psicópata enmascarado» a un fantasma surgido de las penumbras. La única pista en los lugares inspeccionados: «Cada ente es su propio asesino, verdugo y juez. Cada víctima uno de los dobles de su agresor». Quizá epitafio, no sé. El alba me apodera oculto en el disfraz.

LXXXVII

Quirófano

[Prefacio]

Así como todo quirófano tiene una sala de espera, ninguna operación se ejecuta sin una atmósfera previa de «pánico». Entonces, el tiempo no le es indiferente a un sujeto víctima de la impotencia. Por lo contrario, lo siente transcurrir a la velocidad de la tortuga.

Al cambio de las cosas, he aceptado, amigo lector, mi inconmensurable ignorancia. Lo digo porque, cuando este prefacio ascendió a mi conciencia, a mi razón, jamás había imaginado presenciaría y compartiría la impotencia de un paciente sometido a la anestesia.

[I]

La primera semana del mes de junio de 1982, un domingo, a las ocho horas, Carla fue introducida al quirófano.

Yo me sentía tranquilo, imperturbable, convencido de que la intervención quirúrgica sería un éxito.

Ya mi apreciadísimo amigo, el Doctor Philips, se ha trajeado para intervenirla (con un mono verde, ancho y esterilizado).

—Carlita está nerviosa —murmuró, sonreído, el cirujano mientras secaba sus manos en la sala de espera—. Le teme a la anestesia; ja, ja, je… Las operaciones en las parótidas son sencillas.

[II]

Me contagió aquella franca carcajada. Philips penetró, nuevamente, al quirófano. Me di la tarea de leer los periódicos. El frío me molestaba. Escruté las plántulas que daban un hermoso aspecto, casi supranormal, al finito y frontal patio. Miré al cielo.

Las golondrinas retozaban en el firmamento. Respiré hondo, quizá en extremo, como lo hacen los asmáticos. Doblé el matutino.

Recordé cuánto detesto las verdades matemáticas evidentes. Cada minuto era un axioma, una de esas realidades aritméticamente infalibles: sin zapatos, mis pies miden 48 centímetros. Y, con ellos, sin darme cuenta, recorrí la distancia entre el banquillo de la sala de espera y el mencionado patio delantero.

[III]

Pensé que la intervención terminaría pronto y, gracias a la benevolencia de Dios, volvería junto a Carla. Pero, me equivoqué. Más tarde, el reloj me anunció la hora y cuarenta minutos de operación. Repentinamente, la enfermera salió y (sin quitarse la mascarilla) me inquirió:

—¿Eres Alberto, cierto?

—Sí —respondí sorprendido.

—El Doctor Philips desea verte en el quirófano.

Me llevó hacia una habitación contigua al quirófano donde, aparte de dos estantes llenos de frascos, sólo vi trajes esterilizados y mascarillas. Me puse uno de ellos e irrumpí a la sala. La instrumentista me saludó con un movimiento de cabeza. El anestesiólogo me miró inexpresivo. Philips ordenó que me aproximara. Carla respiraba profundo, muy profundo. Nunca la vi tan indefensa, tan impotente, atrapada, con una máscara de oxígeno en una estrecha cama.

Tuve la sensación de percibir a un ser ajeno a mi mundo. Empero, simultáneamente, padecí la misma impotencia que inspiraba su cuerpo ante el cirujano.

—Este es el nervio facial —me indicó el médico, con rostro severo—. Observa: le raspé bastante la zona afectada por los tumorcitos, cinco en total, y le extraje la parótida completa.

De súbito, apareció un enorme murciélago vestido de plomo. El Doctor Philips, el anestesiólogo, la enfermera y la instrumentista parecían estar en trance hipnótico. Eran estatuas. Yo desafié al pajarraco extraterrestre. Como lo he declarado otras veces, me placen infinitamente los duelos. Por tal causa, sentí una dureza física superior a la del diamante, al acero, al adjetivo invulnerable. El

ave, cuyas alas medían un metro cada una, me abrazó enfurecido. Nos envilecimos en una ardua lucha a muerte.

Cuerpo a cuerpo, el combate se prolongó durante diez o más minutos. Mi enemigo se fundió transformándose en un trozo de carne con cinco tumorcitos: sin duda, inocuos. Philips despertó del trance y me dijo:

—¿Te das cuenta? No volverán a reproducirse…

—Comparto su opinión, Doctor —repliqué maravillado.

Enrarecido, el ambiente se sobreiluminó. El Doctor procedió a suturar la herida. Ejecuté varios pasos hacia la salida. Me detuve en el cuarto de los trajes esterilizados. Me quité el que me ocultaba. Salí. Afuera, erguida, Carla me esperaba. Con mirada apacible, me preguntó:

—¿Se recuperará el murciélago?

LXXXVIII

Maldiciones

El destino de un hombre puede estar sujeto al dictamen arbitrario de un juez, al accidente o capricho de un escritor (caso personaje de fábula). Asimismo, la ignorancia en la cual viven algunos portadores de gemas les impide sospechar de ellas como causales de tragedias. Me contó José Paparoni Cortázar (naturalista nacido en Valencia, viejo amigo de mis padres) que renunció a los zafiros y esmeraldas de su progenitor recién fallecido porque habían provocado inexplicables muertes en su familia.

Discierno: Paparoni Cortázar se educó en Venezuela, país donde pululan los mitos. En tal sentido, se sabe que aún sus más cultos habitantes tratan las enfermedades psíquicas y físicas con brujos (quienes, absurdamente, niegan la medicina científica denominándola «insurrecta curación»). Sin embargo, distintos doctos prodigan la esperanza de eliminar a tales saboteadores de la «dignidad académica» incipiente en la nación. Mediante los múltiples diarios y televisoras, mantienen un lícito y constante hostigamiento a los metapsíquicos. Se rumorea que los mitos (latino) americanos se han infiltrado en el pensamiento filosófico europeo, hasta corromperlo.

Mientras José realizaba los trámites para donar las piedras a una institución de lisiados, yo investigaba en su diario (lo hurté la tarde del sepelio del anciano Paparoni Bartolomé) acontecimientos íntimos de sus consanguíneos. Fatigué mi tiempo. En todas las páginas, leí un suceso obsesivo: «Nací en 1952. Soy una idea de organismo viviente».

Recuerdo, una vez le pregunté a mi compañero: «¿Realmente, existes fuera de mis sentidos?». Me explicó: «Es imaginaria la existencia de los hombres y real la idea que los forja materia».

Lo admito: si hubiese sido mayor mi amistad con él, todavía las gemas le pertenecerían.

Pude persuadirlo, aun cuando su hostilidad hacia ellas me volvió vulnerable al mito erigido por sus antepasados. Me dejé conducir por ciertos preceptos del ateísmo y no les temí.

Dentro del acuario, en la residencia de Paparoni Cortázar, las piedras yacían sobreprotegidas por los peces. Posterior al anuncio que formuló de donarlas, soñé ambientes rojísimos.

—Me gustan tus gemas —le confesé el día anterior a su declaración periodística.

—A riesgo de perder la vida, ¿deseas una esmeralda? —me interrogó.

—No la rechazaría.

—¿Aceptarías una?

—¿No donarás todo?

—No especifiqué la cantidad. Te daré una.

Me regaló una magnífica pieza. Era (quizá) demasiado grande. Una sensación de estupor me asaltó cuando comprendí que podía hacer con ella lo indicado por mi antojo. Consulté a otro amigo (Mohamé, pintor, filatelista y propietario de joyas) respecto a su valor. Dijo:

—Es virtud y desdicha poseer una piedra como la tuya. ¿Has visto mi brazo izquierdo?

—Nunca —repliqué.

—Apriétalo, ¡vamos!

Medité y concluí que fue coincidencia la pérdida de su brazo con la adquisición de sus rubíes. Empero, después me sorprendió la súbita muerte de mi gata. El veterinario la examinó y —me aseguró— no halló razones para su deceso.

Igual, mis pájaros: sin motivos perceptibles, dejaron de respirar. Las plántulas de mi jardín secaron y fui asediado por algo impalpable. Estudié —a fondo— el asunto de las gemas. Supe, las tragedias comenzaron cuando Gustavonovof Paparoni y Cos (bisabuelo de José) visitó la sala de disección de la Facultad de Medicina de la Universidad de los Andes (Venezuela). Acompañaba a su mujer a laboratorios de química, lugar donde recibía —por deficiencias de aulas— clases de Práctica y Teoría Forense.

A partir de aquél momento, conmocionado, cada madrugada ulterior Gustavonovof acudió al anfiteatro. En una carta enviada a Chile y destinada a su madre, escribió un breve testimonio de asombro:

> «Madre: he contemplado los cadáveres de la Facultad de Medicina. Entiendo, están absolutamente muertos. En ellos la eternidad es un privilegio: se comenta que para siempre permanecerán inamovibles».

Una noche lluviosa penetró al recinto. Nervioso, de su impermeable extrajo un pico de cuarzo; alzó el arma, gritó y ejecutó un golpe sobre el pecho del cadáver. Insistió. El tercer impacto abrió el cuerpo y Custavonovof entrevió, alrededor del corazón, decenas de rubíes, zafiros y esmeraldas.

Paparoni y Cos abandonó a su esposa, recorrió varios países y luego expiró víctima de una equivocación: lo confundieron con él mismo, en Río de Janeiro, y lo ajusticiaron.

LXXXIX

Llanto de caballos

A mi parecer, mediante la ira nada se transforma y todo se impone: porque la quietud, como la benevolencia, es una de las formas de la sabiduría y justicia. Aunque no del mismo modo, lo he proclamado en otros relatos.

Puesto que amo a los animales, especialmente a los gatos, le contaré un episodio real (de mi infancia) e infinitamente atroz. Sabrá usted, venerable señor, juzgar y elaborar un dictamen inteligible […].

—Aconteció la tarde del 13 de abril de 1952. Macedonio Jimenez Velásquez, mi padre, quien fue experto petrolero, invitó a un grupo de colegas a beber vino en la hacienda Poblado Púrpura (entre ellos, capté a George Duncan, dueño de *Lago Rubí Company*, abaleado en el Aeropuerto La Chinita por mercenarios). Yo era un chico de nueve años que, silencioso, deambulaba en derredor. Me acompañaba Demódoca, mi gata.

Mi reloj de bolsillo marcaba las dieciocho horas. Oculto tras un araguaney, con horror escuché a uno de los compañeros de mi progenitor sugerirle que matase a cualquiera de nuestros caballos. Teníamos treinta solípedos.

—La carne de caballo es deliciosa —dijo el miserable.

—*I am hungry* —correspondió Duncan—. *Pretty idea…*

Traté de intervenir. Mi madre apareció y me obligó a caminar hacia La Cabaña. Sin embargo, ayudado por los binoculares, vi al grupo llevarse los caballos al corral situado detrás de un muro de tierra (a quinientos metros del refugio). Mi corazón amenazó con reventar: Julieta, una de las yeguas, gris, de entristecidos ojos y sacro caminar, permanecía atada a una acacia junto a la mesa donde las vacías botellas de licor emanaban destellos. Mi vista se nubló. Cerré los ojos y —al abrirlos— vi treinta diamantes suspendidos en el aire. Dos colibríes chocaron en el espacio, la luna menguaba y el cielo se percibía despejado. Apenas minutos más tarde, el infando grupo resurgió. Las carcajadas retumbaban. Mi padre desenvainó el magnun que solía colocar bajo su axila izquierda (pistola forjada a su gusto, con cacha de oro blanco y cañón de acero inoxidable). Quise soltar los binoculares y clausurar el ventanal de La Cabaña. Pero, de súbito, oí la detonación. Vomité. Mis piernas se pusieron rígidas. Experimenté estupor. Inamovible, observé cómo se desplomaba Julieta.

Cada atardecer, a partir de las dieciocho horas, durante tres meses, los caballos se reunían en la zona del incidente y lloraban durante aproximadamente una hora.

Al cambio de las cosas, cumplí quince años. El 13 de abril de 1958, el cuerpo de mi padre fue hallado ahorcado en la acacia donde Julieta murió. Casi intacto, en el pecho el cadáver ostentaba una perforación de bala. Por otra parte, la autopsia reveló que le faltaba el cerebro. Por primera vez en mi vida, la mañana de ese día interrumpí mi norma de ser vegetariano.

XC

Testigo

Luego de una corta «luna de miel» en Roma, los recién casados retornaron a Caracas. Habitaron un modesto apartamento en Chacaíto, Caracas, y comenzaron una vida rutinaria. Antes del primer aniversario de bodas, después de una fortísima reyerta matrimonial, Aquiles abandonó el hogar y —durante mucho tiempo— Priscila no conoció información alguna respecto a su paradero. Desanimada, la mujer decidió mudarse y empezar una nueva etapa. Dejó crecer su melena, maquillaba exageradamente su rostro e ingresó a un enjambre de inquietos. Pese a que no necesitaba ejercer su profesión de abogada para subsistir, alquiló una oficina amoblada y fundó un bufete.

Al fin, cerca del Museo de Arte Moderno, halló una cómoda mansión y la compró. Casi a mitad de precio, vendió el «piso» de Chacaíto y se impuso la tarea de guardar sus pertenencias en cajas de distintos tamaños. Presa de una inenarrable felicidad, embaló sus óleos: libros, objetos decorativos y muebles. No permitió que la ayudasen. Con paciencia y sapiencia femeninas, acomodó su mundo en los recipientes de cartón.

Ya instalada en los alrededores del Museo de Arte Moderno, con idéntica calma y sabiduría, se dedicó a desempacar. Fue cuando, en una de las cajas, donde debía estar una licuadora, encontró una mano. Aterrada, la observó: absurdamente, sin haber sido disecada, permanecía intacta.

En el curso de la semana, se repitieron los hallazgos: trozos de piernas, rodillas, antebrazos, pies, pecho y cuello. Por tal causa, rogó a sus amistades que no la visitaran. Les dijo que estaba extenuada. Sólo deseaba armar aquellas partes humanas.

Sin dificultad, logró dar forma a un hombre de mediana estatura. La piel era blanca y delicada. Tenía pocos vellos en la zona torácica y abundantes en los brazos. Su pánico aumentó al verlo erguido al frente, inmerso en un cilindro de vidrio que le había fabricado un joven fundidor.

—Ojalá que aparezca la cabeza —rogó a Dios—. De ese modo, acabaría mi angustia…

Transcurridos los años. Se mantuvo libre y se volvió alegre. Con frecuencia, organizaba escandalosas fiestas en su residencia. Orgullosa, mostraba la decapitada figura a los asistentes que bromeaban y bebían licor cual desequilibrados.

Una mañana, el cartero sorprendió a Priscila. Le traía una misiva de su extraviado esposo, expedida desde Houston (Estados Unidos). Escéptica, la leyó en breves líneas. Aquiles le anunciaba o advertía su regreso a Venezuela. Indicaba el día y la hora exacta de su llegada.

Las pista del novísimo aeropuerto estaba húmeda. Aún llovía. Indiferentes al invierno, surgían aves: insectos, reptiles y peces. De una compañía aérea norteamericana, un avión gris aterrizó. Una multitud se agrupó en derredor de la nave. Priscila vio descender a varios pasajeros y, entre ellos, uno cuyo cuerpo se percibía (en extremo) rígido. Inquisitivo, Aquiles la escrutó y puso en funcionamiento su estructura mecánica. Un médico, una enfermera y un agente de la policía internacional lo sujetaban. Periodistas de diarios y televisoras de diferentes países los asediaban:

—Escuchad —declaró el famoso ortopedista—: por primera vez en el mundo, un hombre pudo sobrevivir a la decapitación mediante órganos artificiales. Empero, vino a reconocer a un asesino. Dejadlo en paz…

XCI

Horóscopos

Más de mil años antes del nacimiento de Cristo existió el creador del primer horóscopo. Los fenicios, grupo étnico al cual perteneció José Horoscopus, discutían bautizar el territorio de los españoles como Hispania (tierra de los conejos). Hoy, el arte de difundir mentirillas astrales está vigente.

El lector indagará la razón por la que inicio mi relato al modo de los ensayistas (es decir: bajo el dominio de la ceremonia y discutibles datos históricos). Despejaré la incógnita:

En el decurso del mes de enero de 1985, un psicólogo valenciano, muy joven y atormentado por la trágica muerte de sus padres, fue presa de los dictados de un hacedor de horóscopos: Alfredo Montenieves, quien, diariamente, publicaba sus mensajes en *El Aburrido de Caracas* (pese al curioso nombre, uno de los periódicos de mayor aceptación y circulación en Venezuela). Mediante un cortísimo texto inserto en Capricornio, Montenieves le predijo: «La mañana de hoy, evite salir de su residencia. Podría atropellarlo un vehículo. Tampoco llame por teléfono a su compañera. Cuide su negocio. Si medita, hallará soluciones a sus nuevos problemas».

Para el estudioso de la conducta humana, tales predicciones no son asuntos distintos a supercherías. Por ello, Jacobo Reciengraduado (el afligido huérfano) no concedió importancia al horóscopo del día. Para colmar su nihilismo, había leído un relato titulado *Cubo de cristal*, publicado en el prestigioso diario barquisimetano *El Susto*, donde su desalmado autor ridiculiza uno de los utensilios frecuentemente empleados por los clarividentes o mediums: la esfera (la parodia exigía la representación con el cuadrado perfecto).

Quiso comprar alimentos y, sin temor, abandonó su casa. Para llegar al automercado sólo tenía que caminar dos cuadras. Motivo por el cual se abstuvo de usar su carro. En la misma ruta, a unos diez metros del automercado, vio varias personas apedrear su consultorio. Rompieron los vidrios de espaciosos ventanales, perforaron la puerta principal de madera y mancharon las paredes de la fachada con pintura negra. Reciengraduado advirtió se trataba de sus pacientes: «¿Por qué destruyen mi oficina?» —perplejo, se interrogó— ¿habrán perdido la cordura?

Cuando (exasperado) cruzó la calle para pedir ayuda a un vigilante del tránsito, fue golpeado por un coche que se desplazaba a velocidad prohibida. Abatido, calló sobre el pavimento de cobre y bronce. El funcionario lo recogió y, con un voluntario del famoso grupo internacional Serviles Gratuitos, lo envió al hospital.

Durante los días de reclusión médica, Jacobo reflexionó intensamente. Urdió un plan para vengarse de Alfredo Montenieves. En préstamo, solicitó una máquina de escribir. Postrado, redactó:

> «Montenieves, hombre cobarde que,
> »A partir de los horóscopos,
> »Ha inducido cuanta maldad a su espíritu satisface.

»Pájaro de malos presagios,
»¡Fabrica el ataúd amarillo donde tu cadáver, al fin,
»Será tu residencia!».

Gracias a una amorosa enfermera, esposa de un periodista de *El Aburrido*, su poema fue aceptado en la redacción del matutino. En la edición siguiente, el Director le publicó su aparente acertijo.

Alfredo Montenieves introdujo una acusación penal contra Jacobo. En un documento de una cuartilla, alegó que el poema del psicólogo era una obvia amenaza. El inculpado recibió un citatorio firmado por Luis Manuel Arbitro, un mediocre juez de «Primera Instancia». Por otra parte, en las páginas destinadas a sucesos criminales, *El Aburrido* promovió una polémica respecto al «Caso Reciengraduado».

La tentación de venganza dominó a Montenieves. No feliz todavía, escribió lo que sería su último horóscopo para *El Aburrido* y su propia confesión de culpabilidad frente al demandado. Con su habitual tono profético, el astrólogo expuso en Capricornio:

> «Irretractable, hoy el juez ordenará tu penitencia. Por haberme amenazado, te condenará a la expoliación. Pagarás tus fechorías en la Cárcel de Puerto Vejamen».

El defensor del psicólogo, en un documento impreso por *El Aburrido* el mismo día de la sentencia, demostró los vicios del proceso y la violación de garantías constitucionales. Empleó un sophisma: «Si A (Montenieves) odia a B (Reciengraduado) y C (Arbitro) coincide con A, entonces A es igual a C. Por lo tanto, ninguna prueba de inocencia salvaría a Reciengraduado del presidio».

El abogado de la defensa apeló ante la Corte Superior de los Jueces. La sentencia fue anulada, destituyeron a Luis Manuel Arbitro y —semanas después— otro magistrado (especialmente designado) ordenó la ejecución de Montenieves que, abrumado, leyó unas predicciones registradas en *Virgo* (su guía zodiacal) y firmadas por Jacobo. Transcribo:

«Montenieves, hombre que,
»En el horóscopo de un neófito,
»Y en *El Aburrido* publicado,
»Hoy su epitafio leyó».

XCII

La invención criminal

Aquella mañana, advertí que uno de mis vecinos poseía un par de conejos en su jardín (vivía en la planta baja). Yo estudiaba a Hubert Reeves, su *Patience dans l'azur* (con sus reflexiones, el escritor tocó una de las teclas de mi cerebro. Recordé a Berkeley, su tesis según la cual fuera de los sentidos ninguna cosa existe). Súbitamente, el chillido de uno de los animalitos llamó mi atención. Asomé el rostro por una ventana y vi a Santiago Farías cuando intentaba asfixiar al roedor. Presa de la angustia, su esposa impidió la acción:

—¡Déjalo ya, miserable! —exclamó la mujer—. ¿No tienes piedad? Es tan pequeño e indefenso…

—Estúpida —sentenció su marido—. ¿Qué almorzaremos? ¿Acaso los compré para exhibirlos?

Con pocas palabras, Reeves (el astrofísico que leí minutos antes) me demostró soy (anti) parte. Existo y no: a velocidad incalculable, mi materia es capaz de multiplicarse (¿lo revés de la desintegración?). Empero, frente a mí dos personas discutían para decidir el destino de un mamífero.

—Está bien —concluyó Santiago—. Ganas. No lo mataré. Comeremos vegetales.

La joven señora se aferró al conejo y corrió. Atravesó el verduzco patio residencial y, entre las plántulas, se perdió hacia una distancia sin registro.

Quizá con alguna razón, en el edificio yo había sido juzgado como un petulante inquilino. Sin embargo, no planeé cambiar mi actitud. Deploraba a esos imbéciles que transitaban mi jurisdicción y obstaculizaban mi andar firme e irrevocable. Nunca bogué por ellos y hasta los hubiese sepultado vivos. Interrumpí mis lecturas. La víspera, por causa de los fortísimos gritos del señor Farías, numerosos loros lograron huir de sus jaulas. Todavía asustados, tales pajarracos, escandalosos adornos burgueses, los a veces esclavos de brujos oficiosos, retornaron a sus hediondos cubículos. Salí de mi hábitat y, apresurado, bajé las escaleras. El sudor humedecía mis pómulos, cuello y barbilla:

Más tarde, alcancé el piso 50. Me detuve y presencié una pelea a machete. Al chocar, las filosas armas producían música lunfarda. Otras ocasiones, el combate parecía depurar el ámbito mediante sonidos suprafísicos (similares a los creados por el grupo británico *Yes*). Entonces, observé a una dama entranfe. De nuevo, emprendí viaje y llegué al nivel 49. Escruté un micromar. Descendí aún más. En el 48, con un látigo forjado a base de fibra de zafiro, un gato fustigaba al perro del conserje. El castigo era severo, inagotable. El felino lo emplazaba de este modo: «¡Jura que no volverás a ladrarme cuando robe tu alimento!». Sucesivas oportunidades, paré en distintos sitios. Experimentaba mi cuerpo convertido en neutrinos. Minutos después, toqué el timbre de Santiago.

—¿Qué quiere? —intrigado, me preguntó Farías.

Irrumpí en el lugar y lo golpeé. Con fuerza excesiva, utilicé un tubo cilíndrico de cobre y le proferí varias fracturas en la cabeza. Víctima de una ira inimaginable, repetí la agresión.

Elegí el ascensor para subir. Pulcro y con música clásica, me produjo quietud. Trémulas, mis manchadas manos sostenían el objeto metálico. Al unísono, los loros emitían las estupideces aprendidas de sus dueños. En mi apartamento, cuidadosamente, limpié el tubo. Usé el telescopio portátil para mirar al patio de la familia Farías. Ante uno de los conejos, que hábilmente se ocultó de Santiago, los hambrientos buitres culminaban mi tarea.

Transcurrieron las horas. Sin saber que era viuda, Ana María regresó a su hogar. Vio el semidevorado cadáver y, de inmediato, pidió auxilio. Los gendarmes no tardaron. Excepto yo, la totalidad de los inquilinos rumoreaba respecto al suceso.

—Fue un abominable crimen —repetía un inspector—. Pero: ¿quién vio al asesino?

La noticia y el sol inundaban la ciudad. Los forenses partieron con el fiambre. Alguien mencionó mi nombre a los policías.

—Mi hija y yo, inspector, vimos al señor Solitario con un tubo ensangrentado —explicaba mi vecino—. Salía del ascensor. Es un hombre muy sospechoso.

—Su apellido es Cebion —dilucidó el conserje—. Escribe para los diarios.

Durante la mañana siguiente, los expertos en homicidios allanaron mi recinto. El cilindro yacía encima de un promontorio de figuras geométricas. Formaba una escultura mixta (en madera de roble) junto a cubos y triángulos. Me llevaron a sus oficinas. Rechacé la asesoría de un abogado. Sin maltratarme, interrogaron:

—¿Dónde estaba y qué hacía usted la noche cuando fue asesinado Santiago Farías?

—A las nueve horas de ayer, bajaba las escaleras del edificio —con severidad en el rostro, contesté al inquisidor principal.

—¿Qué vio u oyó? —insistió el más importante de los funcionarios sumariadores.

Con el fin de salir rápido de tan aburrido lugar, inventé un sospechoso. No fue difícil.

—Escuché casi apagados lamentos. En la planta baja, vi correr a un tipo bastante obeso y calvo. Su bigote era negro y una cicatriz surcaba su frente. Su mano derecha apretaba un bate de béisbol…

El sumariador murmuró algo indescifrable al Comisario Jefe. Se levantaron de sus sillas y uno de ellos me ordenó salir. Penetré la calle y, sin rumbo, deambulé. La ciudad, embellecida, ostentaba una abundante vegetación al pie de las casas y los superbloques. Las aves cabalgaban sobre los lomos de las iguanas.

Al final de la Calle de Los Idiotas, donde un enjambre de mocosuelas atendía a una multitud de electores de autoridades nacionales, me tropecé con tres bípedos: uno de los cuales, esposado y de mirada indiferente, era idéntico a la invención que describí.

—Gracias a los datos que usted nos aportó, hallamos al culpable —me contó uno de los detectives—. ¿Lo ve?

—Profundamente, aborrezco a los forajidos —repliqué.

XCIII

Tribunal

—A partir del primer siglo de civilización —dijo, sin reparos, Estanislao al juez—, los tribunales sólo han servido para sostener y proteger los privilegios de grupúsculos y deportar o confinar a los económicamente infortunados…

Un hombre, al cual una secretaria llamó «comisario», puso su dedo índice en un interruptor de pared y logró, al fin, encender la luz. No por ello la sala estuvo oscura: ligeramente, el sol volvía perceptibles a varios rostros signados por la fealdad.

—Cállate —enfurecido, sentenció el magistrado—. Hablarás sólo si yo lo permito. En este momento, tu futuro me pertenece.

El acusado bajó la cabeza y aceptó, transitoriamente, el vejamen del inquisidor. Sudaba; a su lado izquierdo, sentada y temblorosa, su cónyuge sollozaba. A la derecha, su abogado permanecía callado. Aun cuando el lugar difería de los fétidos calabozos, hedía.

—¡Atención, damas y caballeros! —alzó la voz el juez—: el proceso ha comenzado. El fiscal del Ministerio Público sostiene que Estanislao Monegal Lapé, ciudadano de este país, mayor de edad, casado y hábil, asesinó a su propio padre durante la noche del pasado mes de enero. A propósito del asunto, Emanuel Lacorte, fiscal especialmente designado para el caso por los Apóstoles del Bien, trajo a dos de los cinco testigos presenciales. Tú, reo asqueroso, levántate: ¿cómo te declaras?

Desde todos los ángulos, el probable criminal mostraba la misma pronunciada nariz. Por otra parte, exageradamente, sus pómulos abultaban su fachada de imbécil. Irguió su Ser Físico y confesó:

—No soy capaz de eliminar a ninguno; soy inocente, ¡lo juro!

Rápido, la secretaria mecanografiaba cuanto escuchaba y los curiosos respiraban agitados. Los custodias, uniformados con bragas verdes, sin sombreros y con botas negras, fumaban indiferentes. En vuelo desordenado, numerosos mosquitos producían zumbidos y el árbitro de la Ley reincidió:

—¿Cuál es tu versión de los hechos?

—Aquel día, regresé a mi casa a las veintiún horas —afligido, expuso Estanislao—. Oí entrecortados lamentos. Corrí hacia la habitación matrimonial y vi, estupefacto, a mi progenitor encima de mi mujer: quien, desnuda y maniatada, lloraba.

A su alrededor, cuatro personas lo aplaudían. Enloquecido, con mis manos, ahorqué al violador. Luego, desaté a mi esposa y, cuidadosamente, juntos examinamos el cadáver: empero, no era mi padre…

—¿Quién fue la víctima? —intrigado, preguntó el juez José Luis Maciano.

—Uno de mis hijos, doctor —replicó el enjuiciado—. Y los espectadores, que usted igual califica como testigos presenciales, son mis descendientes. Pese a estar identificados con diferentes apellidos, lo son…

—Ahora bien: ¿dónde está tu padre?

—Frente a mí. Tampoco usted me reconoció ante el prefecto y, por tal causa, no luzco su ilustre apellido…

Ofendido, el magistrado suspendió las diligencias y ordenó a los soldados que se llevaran a Monegal Lapé. Alarmada, la gente se dispersó. La esposa del reo bufó y su defensor, un tipo de aspecto enfermizo, ciego y barbado, se desplazó ayudado por un bastón. No había protestado al juez y ni siquiera mencionó una palabra. Uno de los gendarmes, en un gesto de solidaridad con Maciano, golpeó al acusado en la cabeza. Apenas sangró. La herida fue casi imperceptible.

En la calle, a través de la ventanilla de la máquina de rodamiento que lo llevaría de regreso a la cárcel, Estanislao captó al iracundo magistrado. A decir verdad, chocaron sus miradas.

—Dios me perdone si me equivoco —santiguándose, murmuró una señora a otra—. Hallo parecidos al Dr. José Luis y al joven homicida…

—Les conviene dejar los chismes —las sorprendió y amenazó Maciano—. Respetad mi investidura.

Ocho meses más tarde, la víspera de las vacaciones judiciales, Monegal Lapé fue trasladado de nuevo al tribunal. Su inconmensurable tristeza atribuló a la secretaria que, afablemente, le ofreció un cigarrillo:

—Fume usted —lo incitó—. Entiendo por qué sufre. Pero, ese dolor lo convertirá en una especie de pontífice.

José Luis Maciano repitió la ceremonia de siempre y Estanislao lo enfrentó:

—No soy capaz de eliminar a mortal alguno; soy inocente: ¡lo juro!

—Entonces —investigó el magistrado—: ¿podrías explicar las razones de tu anterior y culposa confidencia?

—Maté a uno de mis hijos y me atribuyen el crimen de mi padre. En representación del Estado, el fiscal me acusa de un delito inexistente.

—De acuerdo: te condeno a treinta años de encierro en la Penitenciaría del Bosque…

—Por su propia decisión, usted ha merecido un dictamen irrevocable —interrumpió Estanislao y señaló al juez.

Esta vez, lo vigilantes apresaron al magistrado. Los asistentes ovacionaron la acción. Un vapor «extraterrestre» salía del piso. La secretaria extendió la determinación escrita sobre papel sellado, a doble espacio y redacción impecable.

—¡Soltadme, por favor! —exclamaba el infeliz individuo—. ¡¿Qué ocurre aquí?!

Monegal Lape firmó la resolución. Su rostro, hasta ese instante similar al de un imbécil, endureció. Adhirió sus medallas y estrellas de oro a su traje de gala y, ya en la calle, alguien le prodigó el saludo castrense y lo llamó «General». Un enjambre de soldados, del Batallón de «Cazadores», lo escoltó en dirección a un lujoso vehículo militar. Hacía calor y varias nubes anunciaban una fuerte lluvia.

XCIV

La logia

En la ciudad montañosa, la mañana sobrevino sin las comunes nubes negras. Raúl Logos cepillaba sus dientes en el único baño de su pequeño apartamento (recién construido, seco y cuyos ventanales le permitían una vasta visión de la urbe). Con fuerza y repetidas veces, alguien tocó el timbre (en el siglo XX, ingenioso y eléctrico modo de anunciarse). Oculto en una bata roja de lana, Logos corrió y vio —en la rendija inferior de la puerta— una carta. Transcribo su contenido:

> «Por tus méritos, la logia te ha seleccionado y permitirá tu incorporación. Entre muchos, has sido unánimemente escogido. Tendrás que venir a la Calle 70, Edificio Revés, terraza, Apartamento Aries. Hoy, a las nueve horas».

Impávido, Logos sentó su Ser Físico en una vieja butaca (forjada en pardillo, 1920). Pensó que se trataba de una broma. Sin embargo, quiso confirmar su escepticismo: rápidamente, se duchó. Luego, se vistió para ir y llenó su billetera de próceres impresos.

En la Calle 69, al pie de una residencia en ruinas, una gata lo obligó a detenerse. La miró, la tomó y ella, dócilmente, escapó de sus manos. Lo guió hasta el Edificio Revés. Todavía no se oían los ruidos automotores que, sin punidad, escandalizan los amaneceres en las metrópolis.

La gata se introdujo al ascensor y, tras ella, también Raúl. Para lamerle el rostro, la felina trepó su pierna derecha y se posó en su hombro. Logos estaba admirado por el animal y enfadado por la lentitud con la cual se desplazaba el claustromóvil.

Al fin, el elevador llegó al pasillo del Apartamento Aries. Raúl activó el anunciador y salió una mujer:

—¿Eres Raúl Logos? —inquirió.

—Sí soy —contento, dijo él—. Vine porque recibí una carta.

—Te esperábamos. Entra…

Logos atravesó el umbral y fue presa del estupor: sin mobiliario, el recinto era semejante a una meseta bordeada por montañas y aisladas cabañas. Creyó alucinaba. Pero, al verlo extático, la fémina lo emplazó.

—¿Qué te sucede?

Raúl ejecutó varios pasos hacia adelante. Frente a él, un tipo mutilaba a otro con un machete de oro.

—Eres tú quien tiene que darme una explicación —asustado, emplazó a la anfitriona—: ¿qué sucede aquí?

—No exasperes. Pronto, «El Maestro» te esclarecerá algunos asuntos. Mi nombre es Arcila, su esposa, y estoy aquí para servir.

—En la logia, el placer no tiene quien lo conjure ni tampoco límites —autoritario, interrumpió

«El Maestro»—. Somos (sus miembros) desalmados por volición. No captas escenas de un crimen: el verdugo sólo da forma al milenario arte de mutilar personas y animales irracionales. El recrea nuestros ojos y comparte la felicidad que le produce asesinar sin la piedad de los idiotas, los prelados y la de los alienados con ideas altruistas.

Un poco más allá, a diez metros de distancia, ahorcado, un individuo pendía de la rama más gruesa de una acacia. «El Maestro» era muy joven (20 años) y apacible. Dio instrucciones a su edecán (un chico de once). Desnudas, varias adolescentes bebían vino y departían sentadas encima de las rocas y césped de imitación. Hermosas, vivaces, lo miraban y reían. Igual, los varones deambulaban sin ropas. Intrigado y cauteloso, Raúl se aferró al picaporte: abrió y, sin despedirse, huyó.

Afuera, los transeúntes lo esquivaban. Raúl Logos no comprendía la razón por la que inspiraba pánico. Se apresuró, pero, a una cuadra del bulevar de la Plaza Principal, fue interceptado por patrulleros.

Ante un grupo de curiosos, le arrebataron el machete de oro y la gata que, moribunda, aún maullaba: no tenía patas, sangraba y parecía suplicar su salvación. A Logos, uno de los gendarmes le cubrió su desnudo cuerpo con una lona (la extrajo de la maletera del vehículo oficial). Como no pudo defenderse contra la evidencia, fue recluido en el Sanatorio Experimental Abierto: una meseta bordeada por montañas y aisladas cabañas habitadas por enfermeros que eran —además— guardianes y capitaneado por un hombre al cual llamaban «El Maestro».

XCV

Extraviado

Para hallar rápido a su hijo perdido, un amigo le sugirió ofrecer una tentadora recompensa mediante sucesivos anuncios de prensa.

Puncio aceptó la idea. Fue hasta la sede de *El Diario* y pagó por la difusión del siguiente remitido:

> «Ofrezco docemil próceres impresos a la persona que me de información sobre el paradero de Antonio. Su estatura es de un metro veinte centímetros, de ojos verdes, cabellos encrespados (del color de las castañas) y piel blanca. Tiene dos años de edad y habla, indistintamente, castellano e inglés. Mi teléfono es: A 69».

Al día siguiente, millares de zopencos repartieron casi dos millones de ejemplares a igual número de suscriptores. En un apartamento cualquiera, Carlos Luis Fisgón, un solitario administrador de La Empresa C. A., leyó el comunicado y recordó que la noche anterior vio, en la planta baja del Edificio Piscis, escondido bajo las escaleras, a un niño con las características descritas. Levantó su audifonovocal y marcó el «A 69».

—Hola, hola, ¿quién llama? —investigó Puncio…

—Usted no me conoce —respondió el otro—. Soy Carlos Luis Fisgón. Sé dónde está su hijo.

Departieron. Luego, rápidamente, Puncio abordó su automóvil. Corrió hacia la casa del informante que, en pocos minutos, rescató al pequeño y lo resguardó en su residencia. Le dio dulces y esperó.

Más tarde, llegó Puncio. El anfitrión se marchó a preparar café mientras él, sin dejar de mirar a su descendiente (que, a su vez, lo observaba) contaba docemil próceres impresos en oro.

Fisgón volvió, le extendió una tacita colmada del estimulante y recibió su recompensa.

Cuando retornaba junto a su hijo, Puncio desvió el vehículo que conducía en dirección a carreteras intransitadas. Presa de turbios presentimientos, el mocoso lo interrogó:

—¿Adónde me llevas? ¿Qué me harás? ¿Quién realmente eres, papá? ¿Qué soy para ti?

—Eres un esputo de pene que ha evolucionado en criatura humana —irascible, promulgó su padre—. Y yo el tipejo que consintió, cobardemente, engendrarte.

Antonio lloró. Puncio detuvo la máquina y, a empujones, sacó al niño del carro. Frente a ellos, un profundísimo abismo surcaba la meseta. Desde ahí, la ciudad parecía un hormiguero.

El fuerte viento sacudía su traje, provocaba minúsculos remolinos y arrastraba piedras. Recio, el sol imponía el imperio del fuego. De súbito, Puncio lanzó al chico y sólo se oyó un lamento infante.

Impávido, Puncio regresaba a la capital. A la entrada de la autopista, una improvisada alcabala paraba a los distintos viajeros. Los militares requisaban y exigían la documentación. Puncio activó la radio y escuchó la noticia del asalto al Banco Fortuna. Fumaba. Después, se acercó uno de los

uniformados y le pidió credenciales. Mostró su licencia de conductor, papeles de propiedad, facturas de impuestos por tránsito y carnet de identidad. Luego, el guardabienes lo obligó a abrir la maletera del coche. Obedeció y, al hacerlo, el gendarme vio el cadáver de un niño: yacía sobre abundante y seca sangre. Los curiosos se agruparon en derredor. Entre ellos, inquisidor, un médico miró con desprecio a Puncio y le dijo:

—¿Cómo pudo asesinar a tan indefensa criatura?

—¡Linchémoslo! —pronunció, a gritos, alguien.

—Salvajemente, lo golpeó para reventarlo —murmuró otro espectador.

XCVI

Regresión

Inicialmente verbal, el altercado culminó en una mutilación: Pascual, dominado por la ira, agarró una daga que, colocada encima de una mesa antigua, servía de adorno junto a sillas de montar caballos y alforjas.

Quiso asestar un golpe contra su mujer y, en el último instante, desvió el impacto hacia la cuna de Diana. Ella, de apenas un año, saltaba y jugaba sin percatarse de cuanto ocurría. El arma cortó su mano izquierda y se clavó en una de las barandillas de la camita. La niña gritó y se desplomó. Desesperados, sus padres la recogieron y se apresuraron a llevarla al hospital.

La pequeña estuvo recluida durante quince días. Una infección fulminante la acercó a la tumba. Mejoraron las cosas y Diana volvió a su hogar. Presas de los remordimientos, María y Pascual aumentaron sus cuidados. A partir de lo cual emprenderían sus discusiones en un parque próximo a su residencia.

Once meses después, su madre falleció víctima de un «infarto miocárdico». Pascual se vio obligado a criar solo a Diana quien, cada cierto tiempo, sollozaba la ausencia de María.

Los años transcurrieron apacibles. Pascual olvidó el accidente de su hija y la muerte de su esposa. Diana empezaba sus primeros estudios. En la escuela, insistentemente, sus amiguitas le preguntaban cómo había perdido la mano. Por esa razón, mediante el empleo de una severidad impropia de su edad, ella inquiría a su nuevamente atormentado progenitor:

—Papá, dime: ¿qué sucedió a mi mano?

Pascual se frotaba la cabeza con sus dedos: sudaba, tragaba saliva, caminaba de un sitio a otro y activaba el reproductor de música.

Con su guitarra, Riera [Rubén] invadía todos los confines.

Sin ambages, la jovencita formulaba la misma interrogante día tras día. Para postergar la confesión de culpabilidad, el hombre optó por jurar que «le narraría la historia cuando ella madurara».

Diana creció y se convirtió en una colegiala triste, automarginada, enemiga de las diversiones y nunca reía. Sus compañeras de estudios se esforzaban por integrarla a sus fiestas y habituales excursiones por las montañas. Impávida, ella las escrutaba y se aislaba.

Preocupada por el comportamiento de Diana, una de las profesoras la llevó ante un psiquiatra. No consultó el asunto con Pascual, su representante. Igual, procuró mantener en reserva su interés en ayudar a la desdichada alumna.

Las primeras sesiones fueron lamentables. Diana no hablaba con el médico: entraba al consultorio y, sin expresar sentimiento alguno, observaba las fisuras más recónditas de las paredes. Luego de numerosas visitas, bajo hipnosis, la pubescente comenzó a revelar su pasado. La paciencia de Josuá Carrión, admirador de Mésmer, Freud y Jung, por fin dio resultado. La chica describió el

incidente:

> «Enfurecido, mi padre se dirige rumbo a una mesa antigua y toma la daga. Mamá lo insulta, lo acusa de reptil, lo escupe y la reyerta alcanza límites peligrosos.
>
> »—¡Miserable —exclamaba—: sé que frecuentas a una meretriz!
>
> »Pascual se lanzó contra ella y, en el último momento, cambió el curso de su golpe. Bruscamente, mi mano salió disparada por un ventanal hacia el traspatio».

El doctor Carrión sacudió a la paciente. La abrazó y acarició su abundante cabellera. Al oír los alaridos de la muchacha, una enfermera entró rápidamente al consultorio. Empero, Josuá le ordenó que no interrumpiera.

—Cálmate, Diana —le susurró y besó la cabeza—. Superarás el conflicto. Te curaré…

Llamó por teléfono a la profesora que, casi de inmediato, se reunió con ambos. Diana dormía en el diván.

Sin atenderlos, el especialista despachó a los demás enfermos. La docente indagó:

—¿Ya sabe que la martiriza?

Josuá le contó la historia y le explicó que debían buscar al padre de la paciente. Abandonaron el consultorio y, en el automóvil de la profesora, marcharon en dirección a la casa de Pascual.

Al llegar, estupefactos, vieron cómo varios gendarmes sacaban un cuerpo envuelto en una sábana blanca. Periodistas roñosos y pesquisas civiles formaban un tumulto frente a la hermosa y reconstruida mansión colonial. A los detectives, pidieron les permitieran ver el cadáver:

—Es el padre de Diana —absorta, pronunció la docente.

Según advirtió Josuá, el rostro del viudo solitario fue cruelmente deformado a puñetazos. Los vecinos, «testigos oculares» del hecho, afirmaban «que algo impalpable, alguien invisible, lo castigó sin piedad hasta asesinarlo». Indiferente a los acontecimientos, sin todavía salir del vehículo, Diana fumaba un cigarrillo. Múltiples ranas, iguanas, arañas y mariposas ocupaban la residencia.

XCVII

Travestido

Cada mañana, al despertar e inequívocamente, Arturo se aferraba a su binóculo. En el edificio frontal, a varios metros de distancia, alguien se vestía para salir. Era una persona alta, de pezones grandes y apetecibles, anchos sus hombros y su trasero análogo al de las antiguas esculturas romanas.

Una noche irrelevante, cuando retornaba de un cine, en una esquina tropezó con el ser que tanto escrutaba. Lo encubría una falda ajustadísima y abierta detrás. Bastante adherida a los senos, su estrecha chaqueta de piel dejaba perceptible una transparente blusa. En silencio, se miraron durante un minuto. Luego, Arturo le confesó:

—Desde mi apartamento, angustiado, siempre te observo: me masturbo y sufro…

Absorto, su interlocutor se acomodó la negra y crespa cabellera: dócilmente, se elevaba por la acción del viento.

Ya libre del asombro, lo interrogó:

—¿Me has visto bien? ¿Sabes que soy un hombre?

Arturo asintió con la cabeza. Ningún transeúnte pasaba por el lugar.

La Luna menguaba y caía granizo. Se captaba poco tránsito de vehículos y algunos murciélagos sobrevolaban el sitio.

—Acércate a mí —le rogó el travestido—. Necesito que me abraces.

Doblegado por la pasión reprimida, Arturo besó aquellos labios notablemente masculinos.

Creyó saborear el zumo de una naranja, una fresa madura, una uva recién cosechada y no el hocico de un lepidóptero.

—Mi nombre es Luis —prosiguió, con ademanes en extremo afeminados—. ¿Quieres acompañarme a mi departamento?

Caminaron hacia el Bloque «Patrias». Callados, subían las escaleras. Con sorna, un inquilino los vio entrar tomados de las manos.

—No volverás a usar tu binóculo para verme —seductor, murmuró Luis—. Eres encantador y deseo convertirme en tu amante. Vivo solo y, por ello, frecuentemente me deprimo.

En el umbral de la habitación principal, sin lograr recuperar sus pensamientos, Arturo se puso nervioso. Mientras tanto, Luis se despojaba de las ropas. Desnudo, se tiró —boca abajo— sobre la cama.

Al darse cuenta de que Arturo se mantenía estupefacto, Luis le preguntó si temía a las relaciones «contranatura».

—Nunca he tenido aventuras homosexuales —tembloroso, admitió y se recostó al borde de la cama.

Con cautela, luego acarició las tersas nalgas del otro. Su corazón aceleró.

—Quítate el pantalón —le suplicó Luis.

Arturo permaneció inamovible. El travestido le desabotonó el blue jean y le agarró el pene. Con ansiedad, lo chupó. Sus gruesos labios succionaban y emitían ese gracioso ruido que, similar al de un cochino hambriento, producimos los animales «intelectualmente superiores» en trance de goce. Por instantes, dejaba de ejecutar la descripta acción y recorría con su lengua el trayecto entre los testículos y el glande. Presa de una excitación casi inhumana, Arturo lo mordía e introducía sus dedos por la velluda fisura que le separa los glúteos al travestido. El habitáculo continuaba iluminado. Apenas un óleo colgaba en la pared izquierda: el retrato de una blanca yegua al galope sobre un césped verdeamarillo.

Sin levantarse, Luis extrajo de un gavetero un tubo de olorosa grasa. El recinto se perfumó de cacao. Se untó suficiente cantidad en el ano. Cuidadosamente, Arturo lo falotró. A voluntad, postergaba la eyaculación. Sólo se escuchaban jadeos entrecortados. Lo demás era fumoso, mudo, prescindible.

Abruptamente, armado de un objeto puntiagudo, un tipo irrumpió. Arturo volteó la cabeza y el desconocido se lanzó contra él. Inexpresivo, sucesivas veces lo apuñaleó. No tuvo tiempo para incorporarse ni repeler el ataque. Murió al momento de recibir el segundo de los treinta impactos.

El ambiente enrareció. Luis giró su cuerpo y sacudió el cadáver de su frustrado concubino. Atemorizado, miró al agresor e imploró:

—No me hagas daño, por favor. ¿Por qué lo asesinaste? ¿Quién eres?

El intruso limpió su filoso utensilio con la cobija y, sin dar explicaciones, huyó. Luis cerró los párpados de Arturo: su miembro, aún erguido, se había transformado en un tronco similar a un trozo de roble podrido. Todavía expelía semen.

Envolvió el cuerpo con varias sábanas y esperó la madrugada. Después, con precaución y mediante el ascensor, lo bajó al estacionamiento. Lo ocultó en la maletera de su automóvil y partió sin rumbo preciso. Torrencialmente, llovía. En la ruta que conduce a la zona de Alto Bosque, detuvo la máquina de rodamiento. Sacó el fiambre, lo roció con gasolina y le zumbó un fósforo encendido que produjo una leve explosión. A endemoniada velocidad, escapó.

Transcurrieron dos semanas. En los días ulteriores al incidente, los diarios no publicaron noticias relacionadas con el crimen. Pero, Luis se apartó del mundo exterior. Los recuerdos lo abrumaban. Contrató a una amiga como encargada de su peluquería y viajó a Buenos Aires.

Un par de semanas más tarde, regresó a Venezuela. Se duchaba y advirtió cierto bulto en su nuca. Se palpó la zona y experimentó dolor. Restó importancia al asunto, pero, al cabo de cuatro meses, el bulto había aumentado su volumen en forma alarmante. Decidió acudir al médico que, perturbado, le diagnosticó un embarazo.

—Usted guarda un «feto» ahí —le aseguró.

—¿Qué hará, doctor? —asustado, inquirió Luis.

—Tendré que ejecutar una cesárea…

Bajo promesa de confidencialidad absoluta, toda vez que cobró honorarios triples, el cirujano realizó la delicada intervención quirúrgica. Del cuello de Luis surgió una menuda réplica del fallecido Arturo: el feto fue extraído sin «signos vitales»: con el pene erguido, negro y de aspecto pútrido (cual roble enmohecido). Lógicamente, las suturas y los vendajes culminaron el episodio.

Tres días posteriores, Luis abandonó la clínica. Ni siquiera se interesó por saber qué destino eligió el obstetra para el infortunado bebé. Superó sus traumas y retornó a la peluquería y a sus actividades sociales elitescas.

Una tarde invernal, en una fiesta que le ofreció un admirador, Luis se cruzó con el cirujano que la víspera lo operara. En tono de complicidad, lo emplazó:

—Doctor: ¿qué hizo con el feto?

—Levanté una alcantarilla y lo tiré —pronunció el médico—. ¿Está de acuerdo?

—Fue una idea perfecta.

A más de quinientos kilómetros de la ciudad capital, en una aldea habitada por pentecostales desilusionados, una mocosuela halló el diminuto y viajero cadáver. Lo llevó ante la comunidad y se formó la algarabía. Los marañeros pobladores discutían respecto a su origen o no, divino. Una mezcla de pánico y fanatismo religioso colectivo cundió hasta los caseríos adyacentes. El alboroto atrajo la atención de turistas, periodistas y cineastas imbéciles que —sin los reparos dictados por el raciocinio— se peleaban los derechos de publicación o filmación del nacimiento de un nuevo mito sanctasanctórum.

El siglo agoniza y la tradición se mantiene. En procesión, enjambres de creyentes desfilan tras las múltiples copias de la criaturita con falo erguido y fétido que, un atardecer, apareció en el Río Trama.

XCVIII

Extirpación

La chica de ojos grises, cabello mal teñido de amarillo, tez pálida y pulcramente vestida de blanco, irrumpió en mi habitáculo de hospital. Portaba un plato (acero inoxidable) en cuya superficie vi una afeitadora desechable, trozos de algodón, un frasco de alcohol y espuma ablandadora de vellos. Tras mi cabeza, había un ventanal que volvía perceptible un patio húmedo. Las perdices lo rondaban.

—Quítese la camisa —me ordenó—. Tengo que rasurarlo antes de la operación…

Un hombre viejo, que compartía el recinto conmigo, tosió (rumió). Convalecía de una amputación.

—De acuerdo —dije a la enfermera—. Será fácil.

Otra vez, el anciano emitió ruidos bucales. Volteé con sorna. Una de sus dieciocho hijas, la única allí presente, fue más implacable: lo miró con odio. Empero, ¿cómo podría —aquella joven— evitar sentir repudio hacia quien vivió para procrear y beber licor sin punidad?

Media hora más tarde, otra enfermera entró. Empujaba una silla rodante. Me sonrió y sugirió que me sentase en el vehículo.

—Fabuloso automóvil —exclamé y fijé mis ojos en los suyos—. ¿Adónde me llevarás?

—Al quirófano —parca, replicó.

En el corredor, varias personas me observaron vestido con esa camiseta ancha que los interventores eligieron para uniformar a sus pacientes. Penetramos al habitáculo donde Philips, trajeado de verde y con el rostro parcialmente cubierto con un tapaboca de tela, ordenaba los utensilios de uso común en las operaciones: bisturí, tijeras, pinzas, electrocoagulador, hilo de sutura, gasas, alcohol […].

Me acosté encima de la estrecha camilla y vi la multifocal y móvil lámpara cuyo nombre en francés parece ser *scialytique*. Mi esposa, que fue autorizada para escrutar, aparcó a mi lado derecho. El doctor Vicente Philips me inyectó la anestesia local. Luego de pocos minutos, tomó el bisturí y produjo una incisión oblicua, a la altura media de mi bíceps izquierdo. Rápido, extirpó un lipoma de dos centímetros cúbicos. Yo temblaba de frío o miedo, no sé.

—Es benigno —diagnosticó, al tacto, el cirujano—. ¿Lo ves, Alberto? Lo guardaré en un recipiente. Tú decidirás si pagas una biopsia…

La enfermera asistente activaba el electrocoagulador y disparaba descargas en la zona afectada. Philips, con un curioso cortahilo y portagujas, suturaba.

Cuando salí del quirófano y me regresaban a la habitación —acostado en la camilla rodante—, la chica tomó un pasillo diferente. Le reclamé y no me respondió. Indiferente a mis movimientos y palabras, silbaba una melodía en boga. Se detuvo frente a una puerta donde un letrero advertía lo siguiente: *MORGUE. Prohibido el acceso a los visitantes*.

XCIX

Usurpación

Nidia Montenegro vivió en la calle única de Comarca Larga, poblado de gente fatua e ignorante. Ahí, aparte de los fabulosos bucares, ninguna cosa merecía la atención de los forasteros. Según dictaban los rumores, los Montenegro fueron monos en los tiempos del Imperio Baldío. La Historia, ese registro morboso de sucesos reales y hasta leyendas, narra episodios de conquistas territoriales y contiendas. Bienformada, alta y de abundante cabellera, Nidia era la mujer más hermosa y admirada.

Uno de los lugareños, Tomás Altuve, envidiaba el cuerpo y los vestidos de la Montenegro. Ante su enfermiza mirada, ella exageraba los movimientos de sus caderas y sacudía —con soberbia— su pelo. Una mezcla de frustración y amargura lo dominaba cuando la veía sonreír y coquetear a Luis Alcántar Matos: un joven universitario, de contextura fuerte, bruto y pendenciero. Igual, la chica exhibía sus encantos a otro muchacho: Pedro Montesinos Navarro, inteligente y noble comerciante de sólo veintidós años.

Cada atardecer, Nidia caminaba en compañía de un gato persa color blanco. Casi del tamaño de un perro, el felino fungía de cacique entre el resto de los animales domésticos de Comarca Larga. En el decurso de uno de tales paseos, Luis Alcántar Matos forzó un encuentro con la encantadora morena. Abruptamente, la besó en la boca y Nidia, enfurecida, lo abofeteó. En defensa de la dama, Montesinos Navarro salió de su casa y se interpuso en la reyerta. En voz alta, la Montenegro —vindicada por el interventor— profirió insultos al atacante y agradecimientos al valiente empresario.

Mientras sucedía lo narrado, Altuve los escrutaba desde el balcón de su residencia de doble planta; ni siquiera necesitaba binóculos: en la acera frontal, Pedro y Luis discutían y se empujaban. Tomás se mordía los labios y sentía, por causa de la envidia, hirviente su sangre.

El incidente acabó por la intromisión de los transeúntes y la repentina obscuridad. Rumbo a un abasto cercano, la disputada dama corría con el gato en los brazos. Iracundos, los rivales recibieron las mofas de los mocosos y las ancianas.

Días más tarde, Altuve visitó a Alcántar Matos. La madre del estudiante le abrió y le dijo que éste no había llegado de la Universidad de Los Hospicios. Sin reparos, Tomás le expresó a la señora su urgencia de ver a su hijo rufián.

—¿Puedo aguardar aquí? —interrogó.

—Pasa y siéntate —invitó Doña Matos de Alcántar…

Minutos después, Luis irrumpió. Al ver a su vecino, mostró confusión. Empero, Altuve se puso de pie y le murmuró:

—Te ayudaré a deshacerte de Montesinos Navarro.

Su interlocutor buscó una botella de Whisky, lo agarró por un brazo y lo introdujo en la biblioteca. Con ansiedad y exaltación, bebieron una y muchas veces. Pese a que estaba ebrio, Tomás empleó su formidable poder de persuasión: exacerbó el odio de Alcántar Matos contra Montesinos

Navarro. La conversación postuló los límites: entonces, el agitador abrió un estuche para guitarra y pronunció:

—Te traje este machete. Mañana, a las seis en punto de la tarde, retarás a ese imbécil…

Aturdida por el ruido de los borrachos, la madre de Luis echó al maleducado visitante: quien, presa de la perplejidad, se arrastró hasta su contigua vivienda. Agotado de tanto licor y diálogo, durmió profundamente.

A la mañana siguiente, Altuve se apareció en la cabaña de Pedro. El solitario comerciante, sorprendido por su presencia, le ofreció café. Inicialmente, platicaron calmados. Poco a poco, la charla fue encendiéndose. Del mismo estuche de la víspera, Tomás sacó un reluciente machete. Sin circunloquios, le propuso al enardecido galán la confrontación:

—Creyéndote un cobarde, el canalla ha declarado que te esperará esta tarde a las seis en punto. Infortunadamente, soy el árbitro…

Durante años, los habitantes de Comarca Larga ignoraron que Altuve y la Montenegro eran hermanos. Por circunstancias jamás reveladas, tuvieron distintos apellidos. Para él, obsesivo detallador de Nidia, no fue difícil imitarla. Se ocultó en un transparente y ajustado vestido, idéntico a uno azul que ella usaba los domingos. Se pintó los ojos y se colocó una peluca semejante al cabello de la Montenegro. El reloj marcó las seis en punto.

Afuera, frente a frente, sin pestañear siquiera, Luis y Pedro se examinaban mutuamente. Emocionado, Tomás se acercó a los tensos rivales. En ese instante, experimentó la dicha de estar junto a dos hombres que combatirían por su amor. No muy lejos, a través de un ventanal, asombrada, la verdadera Nidia veía la escena.

No resultó el plan del usurpador de parar la pelea en el último momento. Al centro de una turba de zopencos, dos brazos blandían sus respectivos y filosos machetes. Cual proyectil humano, la Montenegro prorrumpió en la calle. Dos medios cuerpos rodaban encima del pavimento caliente, la luz se volvió tenue y hubo silencio.

C

Impostor

Una noche, cuando iba hacia un multicinema, escuché a un tipo hablar con un vagabundo sobre un famoso terrorista internacional apodado El Chacal. Flaco, de modales ambiguos, voz de charlatán y aspecto sórdido, el indivisible le anunciaba a su interlocutor «el futuro lanzamiento de El Chacal como aspirante presidencial en Venezuela».

—Este país —con bien pronunciado español, murmuraba el raro orador— es un hospicio.

Una finísima neblina enfriaba mis manos y nariz. Curioso cual gato, me detuve a un metro de distancia. El hombre, luego de mirarme con ojos torcidos, me interrogó:

—¿Sucede algo?

Lo evadí, me levanté del banquillo y quise proseguir. De repente, volteé y vi al fullero apuntarme con un arma. Su intimidatorio movimiento me paralizó. Mientras tanto, el harapiento le sugería que me pidiese un cigarrillo.

Con paso de ebrio, el otro se acercó a mí. Comprendí mi equivocación: no portaba un revólver. Manipulaba una vacía botella de licor.

Aliviado, le extendí mi cajetilla y ejecuté varias zancadas sin bitácora. Minutos más tarde, retomé mi destino.

Entré al multicinema y, en una de las antesalas, encontré un diario de la tarde. Leí un artículo respecto a los progresos científicos en el campo de la «cirugía plástica». En tono mordaz, el columnista aseguraba que pronto cualquier persona tendría la opción de cambiar su rostro por uno más hermoso: «Por varios miles de dólares —enfatizaba—, quien desee lucir idéntico a Fulano Lindo será complacido». Súbitamente, apagaron las luces y empezó el film. Presa del hambre y el sueño, salí sin ver el final de la película. En la misma placita, nuevamente hallé a los borrachitos. Escéptico, esta vez el vagabundo oía la siguiente aseveración de su quijotesco amigo: «Mira mis facciones, estúpido… ¿No ves que soy un ex-Presidente con probabilidades de reconquistar el Poder?».

Respiré profundo. Extraje un cigarrillo de mi saco y lo encendí. Sin prisa, la neblina bajaba y humedecía la existencia. Los murciélagos, las mariposas negras y las ranas departían.

Mi imperceptibilidad está protegida por una tesis sofista: me cubre un manto tejido con lino que exhibe incrustaciones de miles de diminutos rubíes.

Porque estoy oculto, nadie puede verme. Frente a mí, la Contraparte. Su traje es gris, su cintura delgadísima, sus caderas bienformadas y su cerebro xifoides purpúreo.

—Te veo —profirió la Contraparte—. Cortaré tu perfil. Mi tijera es inoxidable.

—No soy —dije—. La norma del sofista declara que no captarás lo oculto. Me cubre un manto.

La tijera cortó el papel donde mi rostro, fotográficamente tramado, pareció promovido (precipitado) al escándalo que implica cualquier acción publicitaria.

—Sí eres —insistió mi interlocutora y lamió sus labios—. Puedo doblarte, despedazarte. Conjuro tu Ser Físico.

—Ningún maleficio me afectará —replique—: conjuras una idea de mí…

Mi dolor es su placer. Mi existencia su divertimento. Algo impalpable desgarra mi piel. El fuego me quema. La Contraparte se desplaza hacia La Vigilia (un río de cuarzo) y lleva en sus manos una vasija llena de cenizas.

CI

Un imbécil ha muerto

El primer día de trabajo que Ana experimentó en el Burdel «Don Luis Emeterio» fue, realmente, provechoso: tres divorciados, profesores universitarios, la contrataron en el decurso de la noche y a cada uno le cobró varios miles de próceres impresos venezolanos.

—Estoy muy feliz —acomodándose el corsé negro para ajustarse sus apetitosos senos, musitó la meretriz a Don Luis Emeterio—. Me haré rica en su establecimiento…

—Yo también ganaré mucho dinero contigo —advirtió el simpático y gordo propietario—. Tengo poquísimas empleadas como tú: físicamente superdotadas. La prostituta rió explosivamente y, en franca ostentación de resistencia, dijo:

—Todavía no acaba la noche… Caminaré entre las mesas para atrapar más moharrachos.

Y lo hizo. Con su bonito y excitante movimiento de caderas, recorrió una y otra vez el circular patio interno del burdel hasta que —con voz apagada y ronca— la llamó un hombre perceptiblemente ebrio:

—Ven conmigo, encanto —murmuraba presa del hipo—. ¿Cuánto me cobrarás por una hora de placer?

—En este restaurante, los «tres platos» valen cincomil próceres impresos —acercándose al enorme perro paramero que el cliente tenía encadenado a su muñeca, respondió la puta—. Si sólo deseas que te mame el miembro y me trague tu basura tendrás que pagar tres mil. La mitad te costaría una falotración por el culo y quinientos un coito convencional, ¿entendiste?

—No te aproximes al animal —reclamó el tipejo al verla acariciar a su mascota—. Es peligroso…

—Se ve tan dócil.

—No es manso, mujerzuela.

—¿Qué has dicho?

—Nada importante. Toma el dinero: quiero que hagamos el amor en la habitación que está detrás de esta mesa. Busca la llave… Cuando estés desnuda, apaga la luz, acuéstate en la cama y llámame en voz alta. Esperaré afuera.

—El cuarto es demasiado oscuro —protestó la dama—. ¿Estás loco? ¿No deseas ver mi magnífico cuerpo?

—No se trata de eso —parco, insistió el individuo—. Hazme caso. Estoy dispuesto a darte cincomil próceres impresos extras.

—Está bien: tus billetes mandan.

Rápidamente, la meretriz trajo la llave. Abrió la puerta de la habitación nº 7, entró, cerró suavemente y se dirigió al baño. Mirándose al espejo, se desvistió en apenas dos minutos. Apagó las luces, se tiró sobre la cama, explayó sus piernas y gritó:

—¡Puedes pasar!

King fue empujado por su amo al interior de la pieza y segundos después oyó —al unísono— dos quejidos diferentes. El tipejo, que se masturbaba en el umbral con los ojos cerrados, cayó abatido de placer.

—Hueles a perro —se quejó la mujer en la oscuridad—. ¿No te gusta ducharte? El animal le lamió el rostro a la puta que, impresionada por la dimensión de su lengua, le palpó el hocico y supo finalmente de quién se trataba.

—Me has hecho tan dichosa que te haré mi amante —susurró la chica al canino—. Eres tan fuerte, tan complaciente.

Al amanecer, fragmentos de un cuerpo humano y ropa ensangrentada fueron hallados por la Policía Nacional en la orilla de la carretera que conducía al Burdel «Don Luis Emeterio».

CII

Plagiar al borracho

Al entrar a su oficina, ese viernes Ignacio Lavapié comprendió que necesitaba de prolongadas juergas. Audifonovocalmente, llamó a Lucía Fama Mayor (su compañera) para persuadirla de visitar a su madre en Playa Los Cangrejos:

—Mi suegra se aburre sola frente al mar —le decía—. Es a mí a quien reprocha tu ausencia…

Le extrañaba la sugerencia, es cierto: pero, sin pensar profundamente en las motivaciones de él. Feliz, preparó su equipaje. Almorzó con Ignacio y marchó. Desde su casa, Lavapié telefoneó a Monina Uzcátegui (gran amiga de Lucía, a la que pescaba). Sabía cuánto le fascinaban las cervezas y, sin preámbulos, la invitó a libar.

—Conozco un magnífico sitio para platicar y escuchar música —adujo mediante el cable—. Sé que te gustará…

—Me divertiré contigo y Lucía —afirmó Monina.

—Ella está en la Playa Los Cangrejos, donde vive su vieja.

—No importa. Recógeme a las 7:30 p. m., en el umbral de mi edificio.

—Lo haré puntualmente.

—Eso espero…

Aquella sería la primera vez que la Uzcátegui parrandearía con un hombre ajeno. Exactamente a las 8 p. m., llegaron a la Tasca «La Pagana». La cortejada se adelantó a pagar al taxista. En minutos, se instalaron y bebieron compulsivamente.

Habría transcurrido 2 horas cuando sus ojos comenzaron a percibirse vidriosos. Por otra parte, sus mejillas enrojecieron y mostraban desinhibición. Repentinamente, Lavapié deslizó su mano izquierda y acarició las piernas de Monina que —de inmediato— lo abofeteó:

—No seas estúpido —promulgó—. Soy la mejor amiga de tu concubina…

—Perdóneme, señorita —se burló—. Hagamos confiadamente el amor.

De nuevo la chica le lanzó un manotazo. Se irguió, lo acusó de estar ebrio y caminó hacia la barra. Allá abrazó a un sujeto desconocido, ofreciéndole sus encantos al tono de las meretrices. Ismael examinó la situación. Pidió otro trago y la cuenta.

Salió del bar. Vestidas de negro, encapuchadas y armadas, cuatro personas lo secuestraron obligándolo a introducirse en un vehículo sin registro de tránsito. A endemoniada velocidad, se dirigieron por la autopista rumbo a las afueras de la capital. Conminándolo a ingerir exorbitantes cantidades de whisky, se desviaron de la carretera.

Al darse cuenta de que su víctima alcanzaba una incontrolable borrachera, las plagiarias se quitaron las capuchas: sí, eran mujelleras. Hermosísimas damas —de pelos largos— cuyas edades oscilaban entre 25 y 30 años.

—Prepárate para que nos cargues a todas —riéndose, amenazaron las féminas—. Déjanos

tocártelo…

Lavapié sintió dolor. Lo lastimaban con sus exagerados apretones y disparaban sus armas. Experimentó pánico. Mientras tres lo golpeaban sin cesar en el rostro y cuerpo, la conductora se detuvo en un minúsculo y abandonado caserío: Los Ilustres. A empujones, entró a una cabaña.

Le colocaron una mordaza, lo ataron y tiraron al piso. Vio a una quinta y enmascarada «forajida». Una tras otra, las raptoras masticaron pastillas. Se quitaron los pantalones para, sucesivas veces, orinar y defecar sobre su pecho y cara. Sólo la de antifaz no lo hizo. Pero, levantó vulgarmente su vestido y se insertó un lubricado cilindro de acero. Al advertir sus intenciones, Ismael profirió abortados e inútiles alaridos […].

—Sí es mi marido —expresó Lucía Fama Mayor al funcionario que la llevó a la Medicatura Forense—. ¿Quién lo odiaba tanto para lesionarlo de ese modo?

—Investigamos, Doña —respondió el policía—. Usted sabe que esta ciudad es un caos. ¿Retirará el cadáver?

—Excepto yo, mi esposo no tenía familiares en Venezuela. Debo, lógicamente, asumir la responsabilidad de sepultarlo.

El gendarme la flanqueó hasta su automóvil, en cuyo asiento delantero captó máscaras y capuchas.

—Asistí a una fiesta de disfraces en Playa Los Cangrejos —perspicaz, se adelantó a una probable indagatoria.

—Lamento su infortunio —articuló el pesquisa—. En el decurso de una celebración familiar, igual yo perdí a un hijo.

—Lo superaré, se lo juro, inspector (precipitó sus llantos).

CIII

El malentendido

Marcelo Villavicencio vio cuando el desconocido se despedía cariñosamente de una niña cuya edad —a juzgar por su tamaño y rostro frugal— no excedía los siete años. La pequeña, absorta ante la partida del hombre, no sin obsequiarle una cajita repleta de exquisitos chocolates, casi precipitaba su llanto.

El timbre sonó fuertemente, anunciando a los chicos que el tiempo para la recreación —aproximadamente de quince minutos entre horas de clase— había culminado. La niña corrió hacia los demás quienes, a su vez, emprendían veloz desplazamiento rumbo a sus respectivas aulas. Villavicencio observó, intranquilo y nervioso, desde su automóvil de vetusto modelo.

Cuando la jornada de clases terminó, a las dieciocho horas, apareció una mujer en una minúscula máquina de rodamiento en busca de Alicia. El escrutador, que no apartaba ni un segundo la mirada del elegante colegio, examinó fugazmente a la madre de la niña que causaba sus desvelos. Rápido, Marcelo descendió del viejo automotor y salió al encuentro de ambas:

—Señora, por favor: ¿es usted la madre de esta niña? —interrogó, con voz cansada.

—Sí —respondió la otra—: ¿quién es usted y qué desea?

—No puedo revelarle nada todavía… Pronto lo sabrá.

Durante semanas, Villavicencio tomó apuntes en una libreta. Hora y salida de Alicia del colegio, los nombres o apodos de los niños que le hablaban, los de los adultos que se le acercaban, etc. Hasta fotografió sucesivas veces al extraño individuo que, exactamente en el decurso de los primeros recreos de la tarde, aparecía con chocolates o galletas para dárselos a la chiquilla.

Siempre, antes de despedirse, la abrazaba, la besaba en la mejilla y la acariciaba con profundo amor.

En otra ocasión, el señor Marcelo volvió a interceptar a la madre de Alicia cuando salía del instituto educativo. La interrogó respecto al desconocido que le obsequiaba chucherías a la pequeña. La dama —atemorizada por la reaparición del fisgón— lo espetó y amenazó con denunciarlo a la policía.

—¿Qué le sucede a usted, señor? —lo emplazó—. ¿Es —acaso— un psicópata que se place en observar e investigar la vida de los niños?

Castigada por el sol que le prodigaba surcos, esa tarde la cara de Villavicencio palideció. Sujeto de aspecto soez y pegajoso por falta de «asepsia personal», Marcelo abordó su vehículo y huyó con destino impreciso.

La profesora Rada alertó a los gendarmes sobre el curioso inquisidor. Después de lo cual, los policías emprendieron intenso patrullaje por los predios del centro educativo. En ningún momento lograron detener a Villavicencio, de quien sólo obtuvieron una vaga descripción por parte de la madre de Alicia.

Al fin, al comprobar que ya nadie patrullaba las inmediaciones, Marcelo tomó la decisión de pedirle a la propia Alicia datos alrededor del desconocido que le traía caramelos todas las tardes a la niña Rada. Empero, ignoraba el secuestro y la violación de la cual fue víctima la víspera.

Al bajar de su automóvil y caminar en dirección al tumulto de carajitos que acababa de salir a recreo, tres hombres lo conminaron a detenerse. Villavicencio giró levemente su cuerpo y extrajo una pistola automática que mantenía enfundada y oculta bajo su axila izquierda. Fue cuando los detectives de inteligencia policial accionaron sus armas y lo abatieron.

Ulterior a la comprobación de su fallecimiento, uno de los gendarmes le sacó la cartera y trató de identificarlo: portaba una credencial del mismo departamento policial al cual pertenecían, pero, expedida en otro Estado. El rango de Marcelo era el de «Inspector Jefe de Operaciones Secretas» y, según lo anunciaba un documento rigurosamente guardado entre sus papeles personales, vino a esa ciudad tras la pista de un violador de niños.

CIV

Mutua venganza

Parecía que Juan Ocanto (JD) había recibido la peor noticia de su vida. Sus facciones adquirieron el «rictus» que precede a la «expiración»: le enrojecieron los ojos, las venas que recorrían su frente abultaron, palideció y experimentó incontinencia.

Ante él, una mujer le repetía que era un féstere. Además, se atrevió a decírselo:

—Tengo otro hombre. Él sí sabe falotrarme con gusto, es un varón inagotable…

Realmente, la confesión de su esposa no lo violentó: aun cuando hay que admitir que su tensión arterial sufrió un severo desajuste. Era la 1 a. m. y su mujer recién llegaba de la calle. Juan no conciliaría el sueño el resto de la noche. En tres ocasiones, preparó té de manzanilla y lo endulzó con azúcar negra: pero, fueron vanos sus intentos por dormir.

Explayada en la cama, Dora emitía fortísimos ronquidos. Pese a ello, su marido no hacía cosa diferente a observarla.

Imaginó a su desconocido rival cargándosela en un hotel mugriento de la ciudad (de los denominados popularmente «mataderos»). Casi veía a su infiel compañera tragarse el semen del zopenco. Se atormentaba y se mordía las manos para no golpearla. No soportaría la cárcel. De pronto se levantaba del sofá, desde donde la captaba plenamente, e intentaba tomar uno de los cuchillos de la cocina.

Obviamente, casi al amanecer la «dama» comenzó a soñar con quien la poseyó durante toda la tarde y parte de la noche del día anterior. Gemía de gozo y succionaba. Juan no apartaba su mirada del bienformado y femenino cuerpo que, durante muchos años, adoró y disfrutó.

—Por el ano me lastimarías —sonámbula, musitaba Dora—. Déjame que te lo chupe: es más rico y excitante. Después, si quieres, puedes eyacular en mi cara: me serviría de mascarilla facial.

Sin embargo, más tarde —según lo revelaba el decurso de la «pesadilla»— claudicaría:

—De acuerdo. Hazlo suavemente, sin herirme. Primero empápame el trasero de saliva, por favor. Ay, ay, ay: duro no, ay, ay, ay…

En esos momentos, Ocanto (JD) corrió hacia la cocina. Empuñó un picahielo. Regresó a la habitación y, con los párpados cerrados, se lanzó encima de quien lo desgraciaba. La caraja logró evitar que la asesinara. Apretó la mano de Juan que sostenía el objeto puntiagudo y —de inmediato— lo dominó clavándole el tacón de uno de sus zapatos de fiesta en la cabeza. El frustrado agresor sangró profusamente y perdió el conocimiento.

Volvió en sí en la clínica. Un médico lo examinaba y un policía que estaba junto a él lo interrogó rápidamente. Ocanto (JD) no delató a su compañera. Dijo haberse herido «accidentalmente» con la punta de un destornillador. Varias veces, preguntó por Dora.

—Su esposa estaba cansada y muy nerviosa —esclareció el internista—. Le di un sedante y le pedí que marchara a casa. Prometió regresar poco después del mediodía. Le traerá almuerzo.

Vendado y adolorido, el convaleciente observó la tarjeta de identificación del galeno y expresó:

—Gracias, doctor Martínez: ¿me iré pronto?

—Mañana —aseguró el profesional—. Lo dejaré hoy para auscultarlo rigurosamente. Los encefalogramas no indican fractura en el parietal izquierdo. Me equivoqué al sospecharlo. Lo dejaron solo. Al minuto, sonó el audifonovocal.

—¿Quién llama? —inquirió Juan.

—Soy Dora. Perdóname, amor mío: estoy arrepentida (llantos). No sucederá de nuevo. Lo prometo. A cambio, callarás. No me denunciarás. De cualquier modo, tú igual pretendías eliminarme…

—Pierde cuidado. No tengo interés en tu «encarcelamiento».

Sin despedirse, tiró el teléfono. Se levantó de la cama y —empijamado como estaba— salió de la habitación. Recorrió varios pasillos, en busca del laboratorio.

Al fin lo halló. Esperó que la bioanalista de guardia saliera a tomar café o dar un paseo. Tuvo suerte. La paramédica abandonó temporalmente su sitio de trabajo y Ocanto (JD) entró.

Robó una jeringa desechable y dos envases que indicaban, claramente, sus contenidos: sangre contaminada con Virus de Inmunodeficiencia Adquirida y Lepra. Retornó a su cuarto.

No tardó en «inocularse», intravenosamente, minúsculas porciones de ambos e infectados fluidos. Con abundante papel higiénico, envolvió los tubos de ensayo y los tiró a la papelera.

Transcurrió un mes. Cada noche, Dora rogaba a Ocanto (JD) que la amara. Su comportamiento era —demasiado tarde y en apariencia— decente. Su transitoria (¿redención?) expiación se materializaría con el acto sexual. Él lo presentía. Por otra parte, aseguraría que —posterior a la consumación del perdón mediante el coito— su esposa reiniciaría su infidelidad. Accedió a penetrarla. Vivieron horas de intensa sexualidad: de «placer rabioso» y ebriedad.

A la mañana siguiente, previa escritura de una nota explicativa, Juan Ocanto (JD) abandonó el hogar. Feliz por su decisión, Dora trajo a su «macho» a vivir con ella. Era un vago, un chulo, un tipejo cualquiera. Pero: nadie le producía mayores orgasmos.

En el decurso de 8 meses, les sobrevinieron inesperados síntomas a los amantes: inflamación constante de los ganglios, intermitentes fiebres, diarreas, debilidad extrema y escoriaciones. A pesar de lo cual, no acudieron al hospital. Presentían que se trataba de una afección letal.

Poco a poco, Dora y su amigo se descomponían físicamente. El médico oficial de la inversora para la que trabajaba suspendió a la enferma.

El diagnóstico definitivo lo enunciaba:

> «La paciente sufre, al mismo tiempo, de Inmuno Deficiencia Adquirida y Lepra. Su estado es crítico. Se ha convertido en un factor de contagio de muy alto riesgo para quienes con ella laboran. Sugiero que se le retire de las funciones administrativas. Deberán concederle el beneficio de la pensión».

Gracias a sus años de ininterrumpidos servicios para la empresa, Dora mereció prestaciones sociales magníficas. Empero, el dinero que recibió no le servía para contratar a una enfermera que los atendiese hasta el advenimiento de sus muertes. Sin éxito, pagó «avisos clasificados» en solicitud

de paramédicos capaces de cuidarlos.

Con infinito esfuerzo, apenas caminaban. Trozos de sus pieles se caían con sólo rozar superficies duras. Las moscas, mosquitos y gusanos convivían sin disputas en aquellos desahuciados. Lastimaba los sentidos ver abatida la figura de una chica que atrajo a tantos hombres. Ahora era una piltrafa, escoria.

Juan reapareció la tarde cuando su ex-rival agonizaba. Activó el timbre y Dora lloró al verlo. No hubo diferencias profundas entre Ocanto (JD) y un modelo de ropas masculinas. Caminaba erguido, se mostraba sano y pulcrísimo.

—Vine a presenciar sus muertes —sonriente, pronunció el inesperado visitante—. Has de saberlo antes de irte a otro mundo: adrede, te contaminé. Hiedes: así anhelé hallarte.

De súbito, aparecieron los investigadores de la Sección Contra el Crimen Organizado (SCO) de la Policía Nacional. Sin cruzar palabras con él, a empujones los pesquisas lo metieron en un vehículo oficial. El resto —camarógrafos y testigos a sueldo— abordó un taxi.

CV

El engendro del sueño

Yamile había conocido a Pascual en una fiesta de «grado universitario». Esa noche, el estudiante le confesó que dormía en exceso: si anhelaba llamarlo —y únicamente los «fines de semana»— la atendería sólo al ocaso.

A las 11:30 p. m. se dormía y, durante los días de clases, obligado por los demás ocupantes de la residencia, despertaba al mediodía para almorzar e ir a la casa de estudios superiores.

Alguna vez, Dreína, una compañera de la enamorada Yamile, fallidamente también intentó conquistar a Pascual. Motivo por el que le aconsejó desistir:

—Duerme la mayor parte del tiempo —le explicó—. Es terrible. Si te conviertes en sueño o pesadilla llegarías a él. Va a las cátedras, estudia poco y sucumbe. Mientras lee o realiza tareas, no atiende el teléfono ni las visitas…

—¡Insólito! —pronunció Yamile—. ¿No me engañas?

—No.

—La verdad es que, inútilmente, lo he telefoneado.

Profundamente atormentada por la idea de seducir al muchacho, Yamile acudió a un parapsicólogo. Le narró su situación y le suplicó que la ayudase:

—A mi «cuenta corriente» bancaria, mi padre deposita mucho dinero —le decía—: puedo darle más de lo establecido en su tarifa…

—Las «ayudas» o servicios paranormales son invalorables, señorita —la amonestó «el especialista»—. Me llevará a la institución donde estudian y me lo presentará. Eso será suficiente para iniciar un tratamiento.

Así ocurrió. Yamile lo condujo hacia él. Fueron a una de sus clases y lo interceptaron:

—Pascual, Pascual —infirió—. Me gustaría presentarte a mi tío Esteban. Ha venido a la ciudad, de paseo. Estará una semana conmigo, en el apartamento. Me pidió que lo trajera a la Universidad.

—Tengo gusto en conocerlo —parco, profirió el asediado (por las mujeres) alumno de ingeniería —. Espero que me acepte un café. Aprecio a su sobrina. Esporádicamente, dialogamos.

En el cafetín, la plática se desarrolló exclusivamente alrededor de problemas de índole tecnológica. Pascual era buen conversador, es cierto: pero, evitaba temas distintos a los que le concernían.

Esteban comenzó a concentrarse y a mirarle fijamente a los ojos. Inquieta, Yamile observaba.

El discurso de Pascual fue interrumpido por alguien que se identificó como profesor de Física.

—Pascual, empezaré mi clase ya —advirtió—. ¿Vienes conmigo?

—Sí, profesor Sarmiento —acató la sugerencia—. Me interesan sus lucubraciones en torno al desmoronamiento de tradicionales «tesis físicas».

Pagó lo consumido. Luego, se despidió de Yamile y su «tío». Marchó —a paso voluble— con el

docente. La damisela increpó al parapsicólogo:

—¿Qué hará usted?

—Irme —levantándose, respondió su falso pariente—. Anóteme el número de su audifonovocal en esta servilleta…

El «brujo» dio por terminada su tarea y se dirigió a la calle.

Yamile ubicó a Dreína para contarle sus diligencias en pro de conseguir al joven. Vivían en el mismo edificio, en pisos diferentes, pero esa tarde cenaron juntas en el suyo.

Platicaron hasta que el reloj marcó las 10:30 p. m. En ese lapso, tomaron té y comieron —exageradamente— galletas dulces. Se quedaron dormidas en las nuevas y hermosas butacas (regalo reciente del padre de Yamile).

La mañana siguiente era sábado. Muy temprano, tocaron el timbre. Somnolienta, Dreína se incorporó. Ante la insistencia de quien activaba el botón, abrió la puerta:

—Hola, ¿cómo estás? —infirió el visitante.

—Pascual, ¡qué sorpresa! —exclamó la mujer.

—Vine a invitar a desayunar a Yamile.

—Pasa. Despiértala tú.

Lo hizo. Atravesó el umbral y caminó hacia la butaca donde descansaba plácidamente. Le acarició los cabellos y logró que explayara los ojos.

—¿Eres tú, Pascual? —interrogó Yamile.

—¿Qué crees? Aséate: iremos a desayunar.

Apuró para ducharse. El hombre decidió intercambiar ideas con Dreína en la cocina. El café con leche estuvo listo. Pascual aceptó tomarse el contenido —bien caliente— de una taza.

—Excelente, es insuperable —reveló el tipo.

—Gracias. Iré a bañarme también. Yamile estará lista para atenderte.

Dreína se introdujo en una de las habitaciones. Vestida con ropas ligeras, irrumpió Yamile a la sala. Pascual la apretó fuertemente contra su pecho y la besó. Ambos parecían desesperados por sexo.

Alquilaron un cuarto de hotel e iniciaron una prolongada sesión de coitos. Ese día Yamile perdería, gustosamente, su virginidad.

Al atardecer, Pascual la abandonó frente a su edificio y le prometió volverla a ver el lunes próximo.

Yamile se preparó una sabrosa tortilla con papas.

En el curso de la sobremesa, elaboró la introducción de una monografía sobre la Historia Política del país: y, feliz, durmió.

Dreína hacía esfuerzos por despertarla. Su rostro denotaba susto porque su amiga —aparte de estar desnuda— sangraba ligeramente por la vagina.

—¿Qué te sucede, Yamile? —repitió varias veces, sacudiéndola—. ¿Esperabas la menstruación?

—Claro que no, no —bostezando, refutó—. Sin embargo, me siento pegajosa. La sangre de mi entrepierna está seca. Es raro…

—Raro no: absurdo, si no la esperabas. Permíteme tomarte una «muestra».

—Hazlo rápido: iré al baño.

Sin asco, Dreína recogió un poco de la coagulada sangre y otro —desconocido a simple vista— fluido. Rigurosamente, guardó el «cultivo» en un trozo de papel de aluminio. Estudiaba Medicina y su curiosidad por lo científicamente inusitado era incontrolable.

—Examinaré el material en el laboratorio de la Facultad —aseguró.

Esteban la llamó y le exigió una respetable suma por «sus servicios». Yamile, quien —extrañamente— había perdido interés por Pascual, tuvo un severo encontronazo telefónico con el parapsicólogo:

—Usted no es más que un charlatán e idiota —bufó—. ¿Pretende —acaso— que le regale mi dinero?

Pasaron siete meses. Atemorizada por el crecimiento de su vientre, Yamile le pidió a Dreína que la acompañase a un obstetra. En vano, quiso sacarle palabras a su vecina:

—Dímelo, ¿qué está pasándome? —obstinadamente, la emplazaba.

—No me preguntes —replicaba su confidente—. El médico dictaminará.

Aturdida por cuanto le informó el obstetra, Yamile lloraba. El audifonovocal del doctor interrumpió los consejos que le prodigaba a la «embarazada».

—Buenos días —saludó el galeno.

—Mi nombre es Esteban, tío de la señorita que usted ausculta —dilucidó quien llamaba—. ¿Podría poner a mi sobrina al teléfono?

—De acuerdo… Es para usted, niña.

Confundida porque la requerían telefónicamente ahí, Yamile agarró el aparato con su mano derecha e inquirió:

—¿Quién habla?

—Esteban… Aun cuando verbalmente contratado, me debes el trabajo realizado meses atrás. Presumo que te habrás enterado del advenimiento del engendro del sueño.

CVI

Macrocéfalo

Cuando vi a la turba en rededor de algo indescifrable desde mi distancia, decidí, sin pensar profundamente en cosa ninguna, acercarme. En mi cintura, detrás, oculta bajo la chaqueta de piel argentina, mi cuchillo hervía como consecuencia del brusco aumento de mi temperatura.

—¿Qué ocurre aquí? —interrogué a los exaltados y me abrí paso hacia el centro del tumulto.

—¡El niño golpea salvajemente a la señora! —gritó uno de los curiosos—. ¡¿Es que usted no tiene buena vista?!

Absorto, vi al macrocéfalo bebé propinarle una tremenda paliza a la dama y reaccioné: aferré mi mano derecha al mango del cuchillo y me enfilé ante él. A causa del torpe movimiento de mi diestra, varios de los presentes advirtieron que andaba armado al modo de los carniceros.

—Ese tipo guarda un enorme cuchillo —en alta voz, me delató un joven.

Presa de la confusión, escuché distintos y coincidentes emplazamientos verbales. No podía creer lo que captaban mis oídos:

—¡Mátalo, encárnale el cuchillo en la espalda! —me incitaban los bastardos.

Casi involuntariamente, desenfundé la filosísima arma y —empuñándola en dirección al cielo— bajé la mirada para contemplar de nuevo la reyerta entre la criatura de apenas unos ocho meses y aquella desgraciada. Iracundo, el niño la maltrataba en tanto ella suplicaba socorro en vano. Mientras acontecía lo narrado, la totalidad de los espectadores se limitaba a proferirles insultos.

De improviso, el malformado volteó hacia mí y me observó diabólicamente. En ese momento, recordé mi propia infancia: el estilo como solía (yo) examinar a quienes se aproximaban a mí con intenciones de besarme o tocarme. Hubo silencio.

—¿Por qué la aporreas? —le pregunté.

—Me trajo al mundo sin consultarme —replicó el pequeño—. Si no la castigué anteriormente fue porque me faltaba tamaño para hacerlo…

—Pero: esa mujer fue quien vida te dio. Es tu madre…

—Sólo la que me parió.

Medité durante treinta segundos y le lancé el cuchillo que —hábilmente— la macrocéfala criatura agarró en vuelo. Otra vez la turba se apartó y yo di zancadas con rumbo desconocido. Nadie volvió a gritar o murmurar luego de la «ejecución».

En el curso de los primeros cinco días ulteriores al hecho, no dejé de evocar el rostro de la mujer. La prensa matutina había publicado varias fotografías de la infortunada y, por ello, a partir de la misma mañana siguiente, me inquieté.

Una madrugada, tuve la sospecha de que en cierta ocasión la conocí. Sucesivas veces, fumé y tomé café hasta caer abatido por el sueño al amanecer. No (concilié) dormí por mucho tiempo: a las nueve horas, alguien tocó fuertemente la puerta. Me intrigó su forma de llamar por cuanto el timbre

funcionaba perfectamente. Miré a través del ojo mágico. Sin cesar, el visitante tocó y experimenté escalofríos.

—¿Quién llama? —pronuncié.

No recibí respuesta. Inesperadamente, abrí y lo vi: con ojos vidriosos, me escrutó. Todavía portaba mi cuchillo y —con dificultad— se sostenía de pie.

—¿Qué te pasa? —inclinándome hacia él, musité.

—Ya descubrí quien es mi padre —recio, habló y atravesó mi estómago con un punzón…

CVII

El curandero

El día de su cumpleaños número 16, el estudiante Henry Dacosta ingirió vino exageradamente; pese a lo cual, ningún efecto especial le produjo.

En tanto que la mayoría de sus amigos y amigas contaba al siguiente día cómo se embriagaron hasta hacer cosas ridículas, él experimentaba infinita tristeza por cuanto no comulgaba con ellos.

De regreso al Liceo, luego del corto período vacacional, Dacosta narró a sus compañeros de clases su infortunio: no podía emborracharse con vino, una bebida que le parecía en extremo deliciosa e insustituible.

—No seas tonto, Henry —le aconsejó Martín Buenaventura, un joven mayor que él—. Si lo deseas, el próximo viernes irás con nosotros a un bar secreto donde se expiden cervezas a los menores de edad. Con frecuencia, nos reunimos allá con «chicas emancipadas». La cerveza es mejor que el vino: más sabrosa y estimulante. Además, diez jarras acabarían con tu lucidez. Si no, lo harán las drogas.

Impresionado, Dacosta agradeció la confianza e invitación de Buenaventura. Necesitaba algo superior, desinhibirse, evadirse auténticamente: ello para después, similar a quienes asistieron a su fiesta de cumpleaños, enumerar a sus cómplices las tonterías que cometió.

Llegó el viernes y, según lo acostumbrado, al salir de las aulas varios chicos —entre los cuales ninguno excedía los 18— fueron al bar clandestino: una hermosa «casa de campo» donde, impunemente, se organizaban juergas con abundante licor, drogas ilícitas y mujeres. Pese a no ser específicamente un prostíbulo, ahí solían iniciarse los liceístas burgueses: previa paga de una moderada suma de próceres impresos, por supuesto, a refinadas meretrices.

No sólo cerveza tomó Henry Dacosta: igual vino, ron, ginebra, anís y whisky de distintas marcas y sabores. También inhaló cocaína, fumó marihuana, tomó mescalina, hizo el amor con una hermosa dama y comió pescado. El confite culminó casi al amanecer cuando, (exhaustos) abatidos, sus compinches durmieron. Por lo contrario, él advirtió que no había perdido ni un segundo de lucidez ni su cuerpo mostraba indicios de agotamiento.

Henry abordó su máquina de rodamiento y retornó a la residencia de sus padres. Sin disturbios, el lunes reanudó las clases y el grupo de Buenaventura le preguntó si al fin logró alcanzar el estado de embriaguez que ávidamente buscaba:

—Nada diferente sentí —confesó presa del llanto—. Estoy maldito: soy invulnerable…

Martín palmeó dura y abruptamente su hombro derecho, lanzándolo al pavimento. Quejumbroso y presa del estupor, Dacosta trataba de incorporarse mientras los demás interrogaban al agresor para obtener una explicación inteligible sobre su violenta conducta.

—Lo aporreé para demostrarle que no es «invulnerable» —dilucidó Buenaventura—. Le dolió mi manotazo: es mortal…

Incluso Henry, todos soltaron sus carcajadas. Dacosta se puso de pie y anunció:

—Iré al médico… Un buen doctor podrá diagnosticar y curar mi enfermedad.

—Pero, no estás enfermo —dijo Luis Miguel Altuve—. Luces demasiado fuerte y saludable.

—A pesar de mi apariencia física, iré —insistió Dacosta.

El médico ordenó que le practicaran numerosos exámenes: orina, hemoglobina, heces, pulmones, hígado, páncreas, corazón, etc. Durante tres meses, Henry se entregó, paciente, a los especialistas. Sin embargo, el resultado fue negativo: lo declararon sano, fuerte e inteligente.

—Satisfaría mis ambiciones disfrutar de una salud como la tuya —lo envidió el galeno.

Al cambio de las cosas, los progenitores de Henry fallecieron en un accidente aéreo en Atlanta (USA).

Una colisión entre dos aviones lo dejó huérfano y lo convirtió en heredero de cincuenta millones de próceres impresos venezolanos. El señor Dacosta, su padre, ingeniero en alimentos, fue el único propietario de la famosa fábrica de *Chocolates Brasil*.

Por fortuna, Henry ya era un hombre adulto (30 años) y profesional cuando sus padres murieron: maduramente, ejecutó las diligencias para lograr que los cadáveres de sus padres fuesen traídos a Caracas donde —bajo ritual cristiano— serían sepultados.

Ni siquiera pudo emborracharse para olvidar la pena que lo abrumaba. Todavía era inmune al licor y las drogas. Pero, por casualidad, una mañana, al leer los pequeños «avisos periodísticos» de *El Universal*, descubrió el mensaje que a continuación transcribo:

> «Soy Damballah. Tengo el poder de curar cualquier enfermedad, por grave que sea, y de resolver los problemas más insólitos. Si lo desea, llámeme al audifonovocal o envíeme una carta en solicitud de audiencia».

Al final, anexaban una dirección y número telefónico.

Llamó inmediatamente y concertó un encuentro con el curandero: no sin antes aceptar un desproporcionado pago por la consulta.

—Aquí está el cheque —notificó al secretario de Damballah—. Es bueno… Del más importante banco. Puede comprobarlo directamente con el gerente.

—Pase usted —oyó una voz por el intercomunicador y vio, en un monitor de televisión, el rostro del curandero—. Estaba esperándolo…

Excepto él, ninguna persona aguardaba turno en el recibo del consultorio de Damballah quien —según su asistente— atendía a un enfermo por día.

—Buenos días, señor —expresó Henry y le estrechó la mano al individuo—. Sin perder el tiempo, le confieso que mi problema es la «inmunidad al licor y las drogas prohibidas»: jamás he podido embriagarme cual lo hace, plácidamente, cualquier persona… He fumado una diversidad de hierbas, tomado alucinógenos, ingerido pócimas, licores de marca, e, inexplicablemente, no entro a otra dimensión… ¿Me ayudará?

—Por supuesto, abogado —replicó Damballah—. Lo que no sé es si está dispuesto a pagar un millón de próceres impresos venezolanos por el antídoto.

—¿Un millón? ¿Bromea usted?

—¿Quiere entrar a «otra dimensión»?

—Claro que sí…

—Entonces, me dará, en efectivo, esa cantidad: son los honorarios que cobro por trabajos tan complicados como el suyo.

—¿Cuál es, dónde y cuándo me dará el antídoto?

—No le revelaré el nombre: empero, mañana, al oscurecer, en el Parque Central, le daré la solución.

Meditó, y, la tarde del día señalado, minutos antes del cierre de la institución bancaria, Henry Dacosta retiró un millón de próceres impresos en billetes de baja denominación.

El gerente, asustado, intentó conocer los motivos que impulsaban a uno de sus principales clientes a exigir tan notable cifra. No halló respuesta y Henry lo amenazó con cambiarse de banco si persistía en el propósito de persuadirlo de contarle su problema.

A la noche —según lo acordado— esperó frente al Parque Central. Puntualmente, Damballah apareció con un vehículo negro y largo: similar al empleado para los cortejos fúnebres.

—Es usted una persona «excéntrica» —sonriente, Dacosta miró a los ojos de Damballah—. Lindo carro…

—Suba, rápido —le ordenó el curandero.

En un desvío no asfaltado, a exiguos metros del peaje de la Autopista «Caracas-Valencia», Damballah dobló y recorrió dos kilómetros monte adentro.

Se detuvo súbitamente y extrajo un hacha que ocultaba entre los resortes del asiento delantero. Diestramente, le asestó un golpe a Henry, a la altura del cuello.

Primero trasladó el decapitado cuerpo del joven hasta una fosa perfectamente cavada y en espera de la víctima. Ulterior a lo cual, tomó la cabeza sangrante de Dacosta y la pateó como si se tratase de una pelota de fútbol. Rodó y cayó en lo profundo del pozo.

Damballah encendió las luces internas del vehículo y limpió —cuidadosamente— los residuos de sangre del asiento. Roció el lugar con alcohol, lo secó con papel higiénico y cambió sus ropas. Desechó las sucias en la fosa y, más tarde, vertió dos litros de gasolina al sepulcro. Endemoniado, huyó luego de tirar un cigarrillo prendido hacia el pozo.

Una semana posterior al incidente, Damballah leía *El Diario de Caracas* y vio la fotografía de un hombre cuyas facciones le recordaron a Dacosta. Curioseó y se dio cuenta de que era Henry: lucía borracho y lo sostenían dos policías por ambos brazos. El periodista reseñaba la detención —por escándalo público y ebriedad— de un joven y millonario abogado en Sabana Grande.

CVIII

El maquetista

Un joven delgadísimo, cabellos rigurosamente cortados sobre las orejas, nariz perfilada y varios papeles bajo el brazo izquierdo, se acercó a mí. Miró mis ojos y me mostró el diagrama de un pueblo.

—Tengo en mi casa la «maqueta», señor —prodigó el flaco arquitecto—. ¿Le gustaría adquirirla?

Rechacé la oferta y subí al automóvil. Aceleré y partí con rumbo impreciso. Tomé la Autopista «de la Catequesis» y proseguí mi recorrido. La cabeza y manos me pesaban en exceso. La máquina de rodamiento alcanzaba una portentosa velocidad.

—Acabaré con mi existencia —bromeé para mí mismo.

Numerosos pinos bordean el sendero. La nubosidad empeora el clima. Una leve neblina —casi imperceptible— desciende de las montañas y confiere un aspecto paranormal al medioambiente.

Vi un caserío y me detuve. Me pareció encantador para aparcar. Desvié y estacioné frente a una de las corroídas y antiguas residencias.

—¿Cuál es el nombre de este lugar? —investigué dirigiéndome a un campesino que, con mirada indiferente, apresuró el paso…

Enfurecí. Si algo no tolero es a los desatentos. En realidad, los desprecio. Volví a inquirir, esta vez a una señora «embarazada». Igual no obtuve respuesta. El pánico me sobrecogió. Un frío extraterrestre me puso a temblar.

—Sois unos maleducados —insulté sucesivas veces a los transeúntes.

Salí del vehículo y deambulé en busca de un cafetín. El frío comprimía mi estómago y la neblina entorpecía mi visibilidad.

En las calles, sin saludarme, furtivas personas se cruzaban conmigo constantemente. Al fin, surgió un mendigo:

—Por favor, forastero —articuló con ansiedad—. ¿Me regala un prócer impreso?

Extraje una moneda y se la extendí. El pedigüeño agradeció mi generosidad y quiso huir. Lo aprehendí por un hombro:

—¿Cuál es el nombre de este lugar? —formulé.

—Jamás lo supe —contestó el otro.

—¿Qué dijo?

—No miento… Ninguno lo descubrió.

—Pero ¿cómo es posible?

—Me iré. Gracias por el dinero.

—¡Espere!

Encendí un cigarrillo y se lo obsequié. Profundamente, respiré y reinicié el cuestionario:

—¿Cuántos años acumula usted en este sitio?

—No sé —aseguró el mendigo.

—¿Lee y escribe?

—Por supuesto. Soy médico.

—¿Le oí bien?

—¿Por qué le asombra?

—Perdóneme: ¿siempre ha vivido aquí?

—No. Dos meses atrás, sorprendido, desperté en una de las residencias en ruina que ve alrededor.

—¿No le pareció insólito el hecho?

—Sí… Por ello, intenté escapar.

—¿Qué sucedió? ¿Eligió regresar?

—No hay salidas.

Perplejo, troté hacia mi carro. Me introduje en él y arranqué endemoniadamente. El indicador de velocidad marcó más de doscientos kilómetros por hora.

Un joven delgadísimo, cabellos rigurosamente cortados sobre las orejas, nariz perfilada y varios papeles bajo el brazo izquierdo, se acercó a mí. Miró mis ojos y me mostró el diagrama de un pueblo.

—Tengo en mi casa la «maqueta», señor —prodigó el flaco arquitecto—. ¿Le gustaría adquirirla?

Sequé el sudor de mi rostro e inmediatamente asentí. Diminutas flores caían junto a la llovizna en tanto el vendedor sonreía.

CIX

El peluquero

A primera hora de la mañana, Julio Sarmiento recibió una irrechazable invitación: la noche de ese día, se realizaría la fiesta matrimonial de Genaro D'Ascoli Gutiérrez: un amigo de infancia vuelto millonario con sembradíos de cocaína, residenciado en una aldea cercana a Ciudad de las Palmas. A juzgar por las características de la tarjeta, que consistía en una finísima lámina de oro, la celebración sería fabulosa.

Si buscaba a un peluquero después del almuerzo le quedarían, útiles, tres o cuatro horas para bañarse, vestirse y conducir lentamente hacia Poblado de Alcaloides (vendido a D'Ascoli Gutiérrez por el gobierno, con fines obvios) para llegar temprano.

—No he pensado de qué forma me cortarás la cabellera —confesó Sarmiento al estilista—: ayúdame a seleccionar un corte…

—Escójalo usted —serio, sentenció el peluquero—. Sólo tiene que mirar las fotografías de los chicos que «posan» los respectivos patrones.

Julio examinó —escrupulosamente— cada una de las fotografías. Los mozos exhibían desde cortes estrafalarios hasta algunos en extremo conservadores. Empero, le llamó la atención el hecho de que uno de los «modelos» fuese imperceptible del cuello para arriba.

—¿Qué ocurrió con esa fotografía? —curioseó y miró de soslayo una de las tijeras que, exageradamente grandes, colgaban en la pared lateral izquierda.

—Es un hermoso corte —amanerado, pronunció el otro—. Atrévase usted a pedírmelo. Acapararía todas las miradas en la fiesta con él…

Un poco confundido, Julio hizo un estéril y mayor esfuerzo por captar la cabeza del tipo. Pese a estar intrigado, descartó la posibilidad de discutir con el estilista respecto a un asunto que quizá la incapacidad de sus ojos lo impulsaban a imaginar «bochornoso».

—De acuerdo, peluquero —al fin, decidió su vanidad—. Confío en tu buen gusto. Pódame el cabello según la fotografía que recomiendas.

—Excelente determinación —complacido, murmuró su interlocutor—. Inclínese… La silla es «flexible», bastante «cómoda». «Relájese».

Sarmiento se acomodó rápidamente y cerró los párpados. La cabeza le quedó semisuspendida, pero, sin embargo, no le molestaba demasiado la posición. Creyó que era ideal para (agilizar) suavizar el trabajo del estilista.

De pronto, se oyó un ruido similar al producido por los cuchillos cuando son amolados y abruptamente una cabeza precipitó contra el piso.

CX

Metamorfo

Durante muchos años, quiso ahorcarse. Sucesivas veces, lo anunció a sus amigos: empero, finalmente, comenzaron a mofarse de él y a mostrar poco respeto por sus afirmaciones.

—Ese «imbécil» nunca se quitó la vida —dijo uno de sus lectores—. Su «hastío» era falso, absolutamente un ardid publicitario para que comprásemos sus libros e indagásemos los misterios que envuelven a los suicidas…

Luego de un prolongado período de sólo «amagos suicidas» y aprovechando que su familia estaba ausente (su esposa y dos hijas), colgó una soga al techo de su estudio y salió a comprar pócimas.

Regresó con 11 envases llenos y, sentándose frente a su escritorio, pronunció para sí mismo:

—Basta que el Hombre desee quitarse la vida para que, de hecho, no exista. Yo soy por cuanto me afirmo ante la realidad. Quien auténticamente morir anhela a nada se adhiere…

Bebió un sorbo de licor y miró la soga. Pendía maravillosa y verticalmente, fortísima, desafiante, cual si tuviese existencia: pero, inamovible. Todas las ventanas del apartamento estaban cerradas, también las puertas de los dos balcones (el de la habitación principal y el de la sala). Advirtió que llovía sin brisa.

En 11 ocasiones se levantó de la silla para buscar los envases que yacían en el refrigerador. En ese lapso orinó apenas tres veces.

En cambio, en 15 oportunidades rodeó su cuello con la soga: experimentaba, intento tras intento, inconmensurable placer.

Antes de que su reloj marcase la medianoche, Patricio ingirió con infinita avidez. Escribió poemas visiblemente ilegibles y pretendió proseguir una novela. Las letras dejaban de tener sentido: aquellos registros gráficos se le antojaban meros «garabatos», «pasatiempos de ociosos», pura estupidez.

—¡Ustedes son unos malditos! —gritó desde el balcón de la sala hacia todas las direcciones del edificio, en abierta, irrespetuosa e insolente actitud contra sus vecinos—. Hijos de putas, les regalo el espacio que ocupo en este podrido mundo…

El encargado del condominio quiso hablarle pero él, totalmente borracho, cada vez que el preocupado individuo tocaba el timbre lanzaba envases vacíos de pócima contra la puerta.

—¡Calla, desgraciado, y entra sin ruido a la muerte! —le replicó uno de los vecinos que, al parecer y coincidentemente, igual ostentaba extrema embriaguez—. ¡Mátate ya y déjanos dormir!

Súbitamente, Patricio se calmó. Sin embargo, el Presidente de la Junta de Condominio llamó a la policía para que allanase la residencia del escandaloso y demente propietario.

Cuando llegaron los gendarmes, precedidos de ruidosas «sirenas», los habitantes del edificio forcejeaban para asomar sus rostros a través de las ventanas o balcones.

—¿Dónde vive el loco? —interrogó uno de los guardianes, mirando a los curiosos.

—En el Piso 4, Apartamento A-13 —rápidamente, respondió uno de los entremetidos—. Tenga cuidado, está furioso…

Durante el recorrido ascendente de los policías en claustromóvil, se pudo escuchar una especie de bramido.

—Es lento este aparato —se quejó quien fungía de «comadante»—. No me gusta.

—Más rápido nos llevaría al Firmamento —musitó otro de los uniformados—. Tienes suerte de que se detenga en el piso 4.

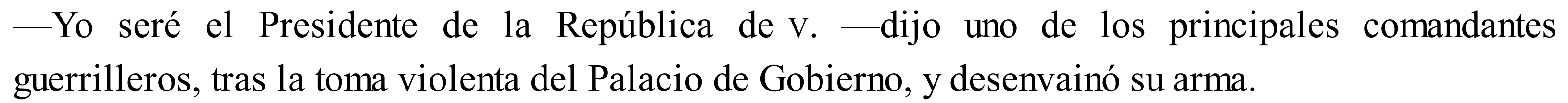
Abandonaron el claustromóvil y se enfilaron rumbo al Apartamento A-13, el cual era protegido por dos rejas de seguridad.

De inmediato, los gendarmes (tres) desenfundaron sus armas: empujaron con sus pesados cuerpos las rejas y —a balazos— lograron ulteriormente abrir la puerta principal.

Con precaución, revisaron la desordenada sala por cuyo piso Patricio esparció utensilios domésticos. Buscaron en las habitaciones al loco y en el cuarto de estudio, perplejos, hallaron a un enorme jabalí colgado por el cuello con una soga plástica que (firmemente atada a un aro para sostener materos) en cualquier momento reventaría.

CXI

Controversia entre revolucionarios



—Yo seré el Presidente de la República de V. —dijo uno de los principales comandantes guerrilleros, tras la toma violenta del Palacio de Gobierno, y desenvainó su arma.

—Ni lo sueñes —le advirtió otro importante jefatural de la insurgencia empuñando su pistola automática con la diestra y adhiriéndose al pretil del Balcón del Vulgo con su siniestra.

El alba iluminaba las calles repletas de cadáveres, vacías botellas de aguardiente Heroica, latas de cervezas, colillas de cigarrillos, residuos de tabacos de marihuana, cocaína, orines y materia fecal.

—Si no capitulas, sólo mediante las armas podríamos dirimir cual entre ambos sobra en nuestra incipiente Revolución —al unísono y coincidencialmente con las mismas palabras, se amenazaron los duelistas antes de caer muertos.

—Seré yo el Jefe de Estado —dijo un tercer jerarca del Ejército de Liberación Nacional de Venezuela [ELNV].

CXII

El idiota

El muchacho caminaba por un hermoso campoverde que lucía un tupido césped, parecido a los destinados para jugar golf.

Había, previamente, visto una gran pancarta que le advertía a los curiosos lo siguiente: *Prohibido pisar la grama*.

De súbito, salió a su encuentro un enfurecido vigilante: estaba armado con una escopeta recortada y —amenazándolo— le preguntó:

—¿No sabes leer, sopenco?

—Está bien, señor —admitió el joven haber violado la propiedad privada—. No me dispare. Me iré. No la pisaré de nuevo. Lo prometo.

El chico fue a su casa, muy cerca del custodiado campus. Tomó una vara de las usadas para realizar saltos altos en competencias deportivas, regresó y se detuvo a una distancia de quince metros del letrero de advertencia. Respiró profundo, levantó la flexible vara y corrió velozmente. Cuando la clavó con fuerza en la tierra, se impulsó y logró elevarse a cinco metros de altura: en un intento por pasar —vía aérea— el campoverde.

Se escucharon dos detonaciones y el cuerpo cayó en un profundo pozo, que estaba plagado de esqueletos humanos.

CXIII

El mar desafiado

Arcadio viajó a Playa Los Cocos, sin equipaje, con el propósito de desafiar al mar caribe que esa mañana tenía fortísimas resacas.

Llegó y, de inmediato, se irguió en la orilla donde centenares de cangrejos lo rodearon. Comenzó a gritar:

—¡Eres el más estúpido de los mares que he conocido! ¡Incapaz de intimidarme, te limitas a enviar cangrejillos para que me hagan cosquillas en los tobillos!

De pronto, una enorme ola lo envolvió abruptamente. Cuando redujo su furia, los turistas que se bañaban en el lugar vieron cómo una ballena gris mostraba —enfurecida— sus ensangrentadas fauces.

CXIV

Ultimátum

Entre El naciente y el poniente, al centro de un vasto y pentagonal desierto absolutamente rodeado de turbulentas y marítimas aguas, el Hombre Tricéfalo recibió el ultimátum: para merecer su Libertad, estaba obligado a decidir el destino del planeta y sus moradores.

Análogamente, cada ángulo del pentágono terrestre exhibía un misil atómico (con sensibilísimos receptores de sonidos) que se activaría con una «orden de voz» simultáneamente emitida por las tres cabezas: las cuales sólo diferían en el color de sus largas cabelleras, que descendían hasta la cintura y el viento movía con ferocidad.

Siempre, cuando una de ellas iniciaba determinado parlamento, cualquiera de las restantes se le oponía.

—Se aproxima el poniente y tendremos que decidir entre ser libres o convertir en «polvo cósmico» todas las especies que conocemos junto a su hábitat natural —advirtió Cabellos Púrpura —. Somos en número tres y cinco las razas que se nos presenta para aniquilar: la Financiera, la Armada, la Intelectual, la Científica y la Esclava.

—Pese a los sufrimientos que padecemos quienes estamos en este mundo, quiero que la existencia prosiga —dijo Cabellos Rojos.

—Si coincidiésemos en alguna idea, habríamos infaustamente decidido —infirió Cabellos Azules —. Mejor dejemos al azar el advenimiento de «lo inevitable». Regresemos a tierra firme.

Sobrevino el poniente al cual le procedió el naciente, hasta el infinito. Y el Hombre Tricéfalo continuaba ahí, sembrado, de las caderas hacia abajo, en la arena. Despertaba y dormía, platicaba y —cansado de tanto y fatuo discurso— regresaba al silencio.

CXV

El fontanero

Luego de una ardua mañana de trabajo de fontanería, Marcelo Guevara Bolívar [ansioso por estar con su preciosa mujer] decidió postergar su actividad y abordó el Metro para ir a su apartamento: cuyas cuotas de propiedad, sacrificado, todavía pagaba. Al llegar al Segundo Nivel del edificio, fue golpeado por diez hombres que —enfilados frente a su vivienda— lo inmovilizaron:

—¿Quiénes son ustedes, qué hacen frente a mi residencia? —indagó Marcelo, enfadado y plagado de hematomas.

—Espera tu momento, batesemen —furiosos, le gritaron varios de ellos mostrándole sus «billetardos».

CXVI

Logoinvención

El mundo, según lo describen nuestros ojos y tacto, es una realidad: con leyes, y, sin dudas, objetivos. Pero es, quizá por sentencia divina, el más evidente ejemplo de logoinvención. Al principio, quise decir logoinventum. Después, tractatusinventum, pero elegí lo que place y exalta mi vanidad.

Sirva de introducción lo expuesto en el párrafo anterior [y todo cuanto ello suscite en el lector] para dilucidar lo ocurrido al mundo durante la época de Amandio Trejo Monteagudo [ilustre General venezolano, muerto en 1812]. Presidentes de grandes naciones [Rusia, EEUU de Norteamérica, China, Alemania e Inglaterra] habían decidido discutir, súbitamente, la eliminación de todas sus armas a la humanidad lesivas. Luego de un mes, concluyeron que con la Palabra no podrían jamás invertir sus relaciones:

1. «—La Palabra no es patrimonio de Ser o Entidad alguna», señores —dijo el representante alemán.
2. «—Es cierto —confirmó el ruso—. La Palabra precedió nuestras vidas. Ha sido sempiternamente y nosotros, por hallarla, hemos equivocado su funcionalidad. Se pertenece aún, nunca capituló, razón por la cual necesitamos muchos poetas y escritores».
3. «—Imbéciles —gritó el chino—. En mi país los intelectuales están silentes. Callar es trascendente e interdicto inderogable».
4. «—Falso —advirtió el norteamericano—. Lo único trascendente es la materia. Debemos atribuir nuestra discordia al mundo físico, existencia jamás dejará de estar bajo amenaza».
5. «—La Palabra no hizo al Hombre ni la pena capital para nuestra especie —espetó el británico —. Entonces, ¿por qué prescindimos de ella?».

Durante diez años, los jefaturales de las naciones descritas se convocaron para platicar: empero, cada uno culminó, como previeron los nihilistas, en un la firma de lo que definieron *Tratado al Desconcierto* [documento publicado en *The New Times*, firmado Josefa MacDonald, periodista, director del influyente diario y nadie supo cómo pudo obtener una copia del secreto y nefasto registro de un papel de trabajo. El *Tratado al Desconcierto* rigió las estrategias militares de aquellos países, mientras un hombre [Trejo Monteagudo] enseñaba metempsicosis a sus soldados.

En Venezuela hubo un aforismo en cada piedra, un sol en cada habitante y más de una década de veneración a Dios.

Más tarde, cuando el planeta tierra fue exterminado por la fisión nuclear, La Palabra se fosilizó. El curso del tiempo restauró desiertos. De las ya descontaminadas aguas renació la flora, fauna y el «hombre nuevo» que interrogó a quien no podía ver ni palpar:

1. «Dios: ¿por qué mis antepasados renegaron tu existencia?».
2. «¿Por qué me inquieres? —oyó una voz que no venía de Ser Físico Ninguno—. Acaso, ¿ignoras —hombre nuevo— que no serás juzgado por las acciones que cometieron tus predecesores?».

3. «Amado señor: temo ser por ti enjuiciado. Soy un sobreviviente, una criatura pensante que intuye desciende del Mal».
4. «Tendrás prójimo, pero nada eres. No intentes gobernarlo. No procrees a tu semejante porque no lo tienes, engendrarías la deformación de tu eterna, apacible e ilusoria presencia».

CXVII

En silencio y vibrador

Ossamma se despidió de su novia Tarcila frente a su residencia, con la previa promesa de llamarla durante la noche a su audifonovocal móvil.

—Dejaré mi teléfono «en silencio y vibrador», amorcito —le prometió Tarcila—. Estoy muy cansada e intentaré dormir temprano. Pero, despiértame con tu llamada.

—¿Estás segura? —la interrogó su amable pareja sentimental—. No quiero molestarte […].

—No te preocupes. Me fascinará, me sentiré extasiada. Si no te respondiese en el curso de tus primeros intentos, deberás insistir […] ¡Prométemelo, Ossamma!

—No sabía que perturbar tu sueño pudiera gustarte tanto. ¡Me halagas!

Tarcila cenó, fue a su habitación y se desnudó. Encendió la TV y se recostó en su comodísima cama. Se colocó el teléfono celular en la entrepierna y cayó vencida por el sueño.

Antes de la medianoche, Ossamma comenzó a llamarla: pero, ella no respondía y él no prejuzgó el incidente. Le había prometido ser persistente y así lo hizo. El teléfono de Tarcila repicaba diez veces y aparecía la grabación de la operadora:

—Su llamada será desviada al buzón de mensajes de voz —escuchaba, una y otra vez, frustrado, el hombre.

Treinta minutos después de los ininterrumpidos intentos, mojadísima finalmente Tarcila le respondió y en tono impetuoso le pidió a Ossamma que ya dejase de fastidiarla.

CXVIII

La juerga vecinal

El vehículo de grandes llantas envistió contra la casa de la «Esquina Norte» (calle 5) y, luego de pasar por encima a un gato y un «canino guardián», derribó la pared lateral de una de las habitaciones donde reposaba la venerable tía abuela. El indivisible que manejaba y la señora murieron instantáneamente.

Un tropel de mocosuelos corrió hacia el lugar y tomó la cabeza del gato que, tras ser arrastrado por la «máquina de rodamiento», quedó decapitado. Querían jugar football y no tenían una pelota a su alcance. Felices, comenzaron a patearla e improvisaron dos equipos rivales frente a una de las viviendas: donde sus familiares, que libaban similar a los dipsomaníacos y escuchaban piezas clásicas de Mozart, habían encendido troncos secos y les colocaron una «malla de cabillas».

Uno de los ebrios del «convite» se aproximó a la residencia impactada y recogió al perro raza Porcus Gigantic, tirándolo sin desollarlo ni vacilación en la parrillera. En pocos minutos, los vecinos desvalijaban al rústico y saqueaban la residencia de la «grandeva víctima»: a quien, repentinamente, dos motorizados sacaron de la habitación. La ataron con una soga y arrastraron por la avenida principal, con destino incierto.

Cuando sólo quedó la carrocería del «todoterreno», siete cuervos descendieron y comenzaron a comerse al conductor (para las aves de rapiña, sus entrañas fueron perceptibles a gran distancia). Pero, un grupo de niñas les disputó (con amolados cuchillos) los trozos del fallecido y no identificado sujeto. Uno de los habitantes del lugar, atribulado, llamó a la policía de municipio. Sin percatarse que, atraídos por el olor a carne ahumada, hacía rato que habían salido de sus patrullas incorporándose a la «juerga» ajena. Bienvenidos por los escandalosos, pidieron porciones de la carne del perro.

Casi al amanecer, cuando los funcionarios de Investigaciones Científicas del Crimen (ICC) aparecieron con sus «furgonetas forenses», caía una finísima llovizna sobre la urbanización. En el sitio del accidente hallaron promontorios de borrachos inmóviles, apilados unos encima de los otros, pestilentes, empapados de baratas bebidas alcohólicas, orines y excrementos. Uno de los detectives, de aspecto «alienígena», examinó la escena y sacó un arma automática. Descargó la cacerina de treinta proyectiles contra los dormidos al azar, y el estrépito despertó a la mayoría de los vecinos.

—Recojan a los dados de baja que hoy mantendrán ocupados a los médicos de la morgue —ordenó el agente—. Conforme a su pericia, cada cual a su ocupación.

CXIX

Acto vandálico

—Todos contra ellos —instigaron varios de la horda que participaba en la demolición, a porrazos, de un local, y el linchamiento, en «grado de aborto», de la familia propietaria. Una pared les sobrevino lapidándolos.

CXX

En la funeraria

Makk asomó su rostro por la entreabierta ventanilla del féretro donde yacía el cadáver de su amigo y vio, perplejo, que sus facciones y pecas de nacimiento eran las suyas.

POST-FACTUM

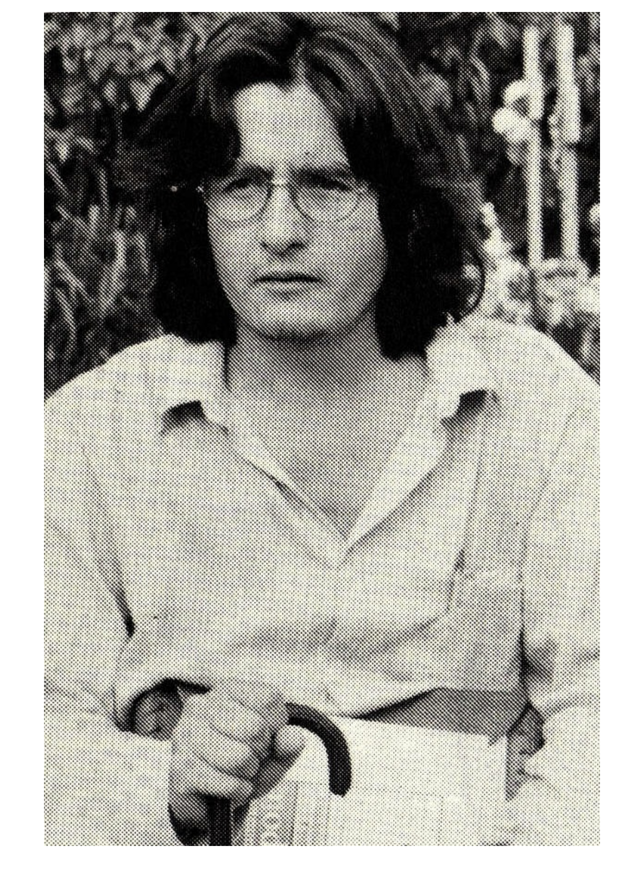
Desde mi iniciación, por necesidad psíquica y propensión hacia los quehaceres intelectuales, he permanecido como un escritor en «*situación de irreverencia*». Por ello, nunca podría imponerme una prolongada tregua en mi oficio de *hacedor de ficciones*. A la edad de 60 años, intentaré suspender mi producción de relatos breves: que no por «desencanto» o «castración», obviamente, sino a causa de mis tribulaciones. Lo que imagino y narro suele perturbarme, transferirme hacia ámbitos casi indescriptibles que [estoy persuadido] existen paralelos a nuestra realidad.

En el 2013, me despido del «cuento» con *Absurdos*. Una muy meditada *antología máxima* que, sin dudas, exhibe un gran parentesco con mis anteriores y publicados títulos: en lo macabro, esquizoide, escabroso sexual, atroz, religioso y, por supuesto, en el tono filosófico.

Confieso haber «cometido literatura». Pero, ya en mi «edad (obscura) madura», no rogaré absolución o doctorado oficial a los pontífices de claustrofalaz ni a quien, por antojo contracorriente, me leyó, lo hace hoy o hará. En descargo de mi renuncia al cuento, la novela y el ensayo estarán entre mis avocamientos futuros.

Sé que, mediante mis narraciones, develo la *conciencia lúcida* e igual la *atrofiada de la especie*: a la cual, infaustamente, pertenezco. Empero, sugiero a los críticos e investigadores que enfrenten o desechen (de acuerdo con su sabiduría, gustos o caradurismo personal) mis «invenciones». Ellos, añado, no deberían conformar pelotones de mercenarios de la escritura al servicio de fusilamientos o consagraciones de textos leídos o presentados en los conciliábulos. Los libros son los objetos de la *resistencia del juicio* ante un *entorno social irredento*: no admiten ser corrompidos para que alcancen «*plusvalía económica o académica*».

(ALBERTO JIMÉNEZ URE).



ALBERTO JIMÉNEZ URE (1952). Soy, entre los hijos de [Eva] *la primera*, un desterrado. En la actualidad, mi único arraigo está representado en la figura de mi hija Venus. Territorialmente, soy un desarraigado: un fustigado e incomprendido apátrida. En cambio, mi pequeña y yo somos aliados. Vivimos solos: soy su padre y su madre, su custodio, cobijo y quien ilumina su sendero. Por otra parte, admito que me agrada ser leído. Me divierte mucho, me intriga *ad infinitum*. Entre mis lectores y yo existe un tácito pacto para sempiternamente hibernar la disputa o comunión que pretendía emboscarnos. No doy a nadie mis libros cuando están en fase prenatal o evolutiva. Empero, ya publicados me place obsequiarlos a personas que presumo les gusta leer. Bebiendo licor en tascas, ocasionalmente discuto con intelectuales sobre literatura y política. Igual sobre la filosofía: ésa, «la impúdica», mi *alma mater*. Y sobre Deus y el Demonio, que si existen. Alrededor de Abraxas, que también vive y al cual todos conceden audiencia por su investidura de vieja data.

Los críticos literarios y quienes suelen analizar mis textos en los claustrofalaces de la Educación Media o Superior afirman que soy, fundamentalmente, un narrador. Quizá por esa causa, yo debería comulgar con ellos y decir que me identifico más con la *novela* o *cuento*. Pero, en mi defensa frente al fraude ante el cual nunca capitularé, admito que no tengo una «partida de nacimiento oficial» respecto a géneros literarios. Durante mi niñez, escribí distinto a lo que me exigían en la escuela. A veces formulé ideas, pero igual expelí mis tormentos. En otros instantes vertí al papel [cuentos] invenciones quizá «macabras». No eran tiempos de «procesadoras de palabras» y la *ficción manuscrita* era un supremo acto ritual, tanto como hoy lo es propagar historias o pensamientos mediante la *tecnología multimedia*. De ese modo desahogaba mis miedos infantes, mi indefensión y profundo desarraigo que jamás se revertiría en mi existencia.

Tengo interés en conocer lo que escriben los más jóvenes y en leer ensayos de profesores universitarios [*Los hijos de Acteón*, de Mantilla Chaparro, por ejemplo]. Siempre releo a filósofos

clásicos como Schopenhauer, Mill, Nietzsche, Prohudom, Marx, Cappelleti, Sartre, Séneca y otros. Hace poco leí *El niño que fui*, de Saramago [no me gustó, muy frívolo]. Un libro de una chica que afirma ser mi discípula, y que me impactó, titulado *Mundo inmundo* [Marie Josue Saintux]. Me encanta la generación de relevo de los Herederos del Caos que conformamos los hacedores nacidos a partir de la mitad del Siglo XX, y que, durante el alba del XXI, todavía podemos ser, mediante nuestros escritos, a la humanidad lesivos o venerables. Qué importará a los desahuciados del mundo.